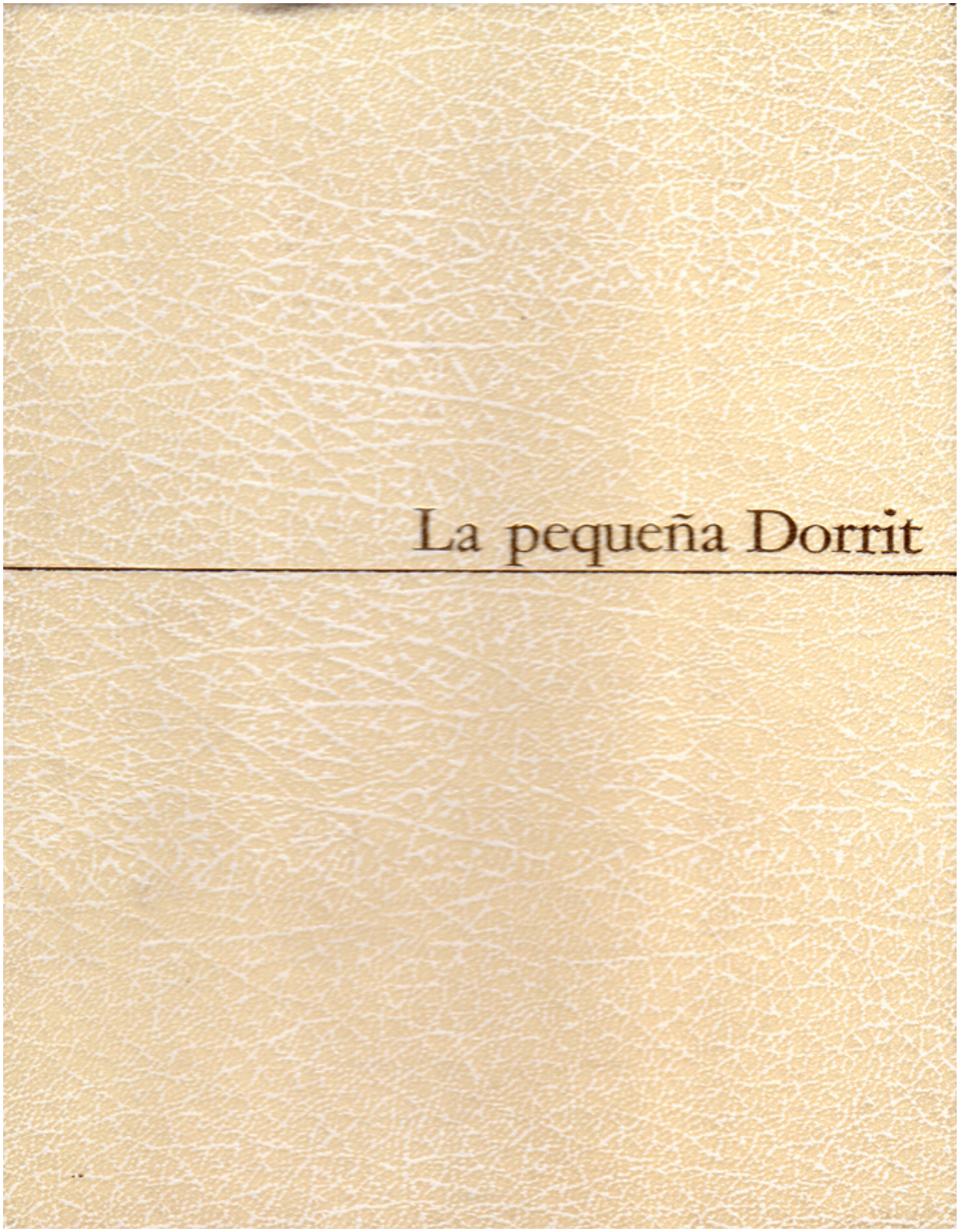
La pequeña Dorrit
CHARLES DICKENS



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO I

Marsella ardía bajo los rayos del sol. El viento no podía formar una sola arruga en la quieta y sucia superficie del agua del puerto, ni en la más limpia de mar adentro. Las barcas, ancladas en el puerto, parecían braseros, e incluso las losas del suelo parecían no haberse enfriado en varios meses.

En aquella época, había en Marsella una repugnante prisión. En una de las salas de la prisión estaban dos hombres. Cerca de los dos hombres aparecía un banco carcomido adosado a la pared, sobre el que había tallado groseramente un tablero de damas a punta de cuchillo. La escasa luz que se recibía llegaba a través de una reja en forma de cruz, de cuya base partía una cornisa en la que estaba medio sentado, medio acostado, uno de los prisioneros, que parecía estar helado, porque estaba encogido y trataba continuamente de abrigarse con una gran capa, gruñendo descontento:

-¡AL diablo el sol, que no brilla nunca aquí dentro! Estaba esperando el rancho y miraba de reojo a través de las rejas, para ver el final de la escalera. La expresión de su rostro semejaba la de un animal feroz e irritado por la espera. Era de fuerte contextura, alto y robusto; sus labios eran finos pese a que el espeso bigote no dejaba apreciarlos a simple vista. La mano con que se sujetaba a los barrotes tenía en su dorso varios arañazos todavía frescos, pero conservaba algo de su finura primitiva.

El otro prisionero estaba tumbado en el suelo y vestía un traje basto. Era un individuo bajo, flexible, rápido y robusto.

-¡Levántate, ramal! -gruñó, el primero-. No puedes dormir mientras yo padezco hambre.

-Me es igual, amo -replicó el otro, en tono sumiso y con cierta alegría-. Me despierto cuando quiero. Duermo cuando quiero. Todo me es igual.

Mientras hablaba se había levantado, se sacudió la ropa y se desperezó.

En aquel momento se oyó el chirrido de un cerrojo y luego, crujiendo, se abrió una puerta, apareciendo poco después el carcelero.

-¿Qué tal están, señores? -les preguntó el guardián, pero dirigiéndose especialmente al prisionero bajito-. Aquí tiene su pan, «signor» Juan Bautista, y si me atreviera le diría que no jugara más...

-Usted no le aconseja al amo que no juegue -replicó Juan Bautista, que era italiano, mostrando todos sus dientes en una amplia sonrisa.

-¡Oh! Es que el amo gana siempre -replicó el carcelero, lanzando una mirada poco amistosa al otro preso-, y en cambio usted pierde. Así las cosas son distintas, ¿no le parece? Ahora tiene que comer pan negro y agua sucia con color de café, mientras que el señor Rigaud se hace traer buen salchichón de Lyon, ternera en gelatina, pan blanco, queso de Italia, vino excelente y tabaco...

Cuando el señor Rigaud hubo colocado los comestibles en torno suyo, en la cornisa donde seguía sentado, empezó a comer con apetito, sonriendo satisfecho. Pero en aquel hombre ocurría algo raro; cuando sonreía, su rostro se transformaba. El bigote se elevaba por debajo de la nariz y fa nariz se inclinaba sobre el bigote, dándole un aire siniestro y cruel.

-Bueno, señor Rigaud -dijo el carcelero-, como ya le dije ayer, el presidente del tribunal tendrá el honor de recibirle esta tarde.

-Para juzgarme, ¿eh? -preguntó Rigaud con el cuchillo en la mano y un bocado entre los dientes.

-Eso es. Usted lo ha dicho. Para juzgarle.

-¿Y para mí? ¿No hay noticias? -inquirió Juan Bautista, que había empezado a mordisquear su pan con aire resignado. El carcelero se encogió de hombros.

-¡Virgen salta! ¡Tendré que quedarme aquí toda la vida! -¡Adiós, señores! -les dijo el carcelero, y se retiró cerrando tras de sí la puerta de la celda.

Cuando el señor Rigaud hubo acabado su comida, le dijo a Carvaletto:

-Toma, bebe, puedes acabarlo.

El regalo no era magnífico, ya que quedaba muy poco vino en la botella, pero el «signor» Carvalleto se levantó presuroso y recibió la botella con muestras de reconocimiento. Llevó el gollete a su boca y cuando acabó de beber, chasqueó la lengua con placer.

-Añádela a las otras -dijo Rigaud.

El italiano obedeció aquella orden y se apresuró a encender una cerilla viendo que Rigaud estaba acabando de liar un cigarrillo. El señor Rigaud, con el cigarrillo en la boca, se tendió en el banco cuán largo era, mientras Carvaletto volvía a sentarse en el suelo.

-Carvaletto, ¿desde cuándo estamos aquí?

-Yo llevo once semanas. Pero usted sólo nueve.

-Ya habrás visto que desde que entré no he hecho nada.

Ni barrer, ni doblar nuestras colchonetas. Nada en absoluto.

-Es verdad.

-Desde el primer momento, te darías cuenta de que soy un gentilhombre.

-«¡Alto!» -replicó Juan Bautista cerrando los ojos y agitando la cabeza en forma vehemente.

Aquella palabra, según el énfasis que le diera, podía tomarse como una afirmación, una contradicción, una negativa, un cumplido, un desafío e infinidad de otras muchas cosas. Pero en aquel momento parecía querer significar: «¡Claro está!»

-Por eso te aseguro que si he vivido y vivo como un gentilhombre, moriré como un caballero que soy. Esa es mi posición y nunca la desmentiré dondequiera que vaya.

Cambió de postura, se sentó y exclamó con aire triunfante:

-Fíjate en mí. Empujado por el destino me veo en compañía de un contrabandista, encerrado con un pobre matutero que ni siquiera tiene los papeles en regla y al que la policía ha detenido por querer ayudar a otras gentes a pasar la frontera en su barca. Y sin embargo, ese hombre reconoce, incluso en tales condiciones, mi innegable superioridad. ¡Es formidable! Dentro de poco, el presidente verá aparecer ante él a un, verdadero gentilhombre. ¡Vamos! ¿Quieres que te diga de lo que van a acusarme? Este es el momento oportuno porque ya no volverá. O bien quedaré tan libre como el aire o me mandarán al barbero. Y ya sabes donde guardan la navaja.

Estas últimas palabras parecieron desconcertar un tanto al «signor» Cavalleto.

-Soy un... -el señor Rigaud se puso en pie antes de comenzar el discurso-. Soy un gentilhombre, un caballero cosmopolita. El mundo entero es mi patria. Mi padre era suizo y mi madre francesa, aunque naciera en Inglaterra. Yo mismo he nacido en realidad en Bélgica. He vivido en todas partes y siempre como corresponde a un caballero. Era pobre, es cierto, pero mi boda fue para mí algo así como si me rebajara. Me casé con la viuda de un posadero a los pocos meses de llegar a Marsella, de eso hace ya dos años y fue ya tarde cuando me di cuenta de que nuestros caracteres no congeniaban. Ella tenía dinero y eso fue motivo de algunas discusiones. Cada vez que necesitaba una pequeña cantidad se producía una pelea en nuestro hogar.

Hizo una pausa breve y continuó:

-Una tarde, mi esposa y yo nos paseábamos como dos buenos amigos por el acantilado que domina el mar y ella tuvo la desdichada idea de aludir a sus parientes. Debo añadir que sus parientes eran unos indeseables que siempre la estaban excitando contra mí. Intenté razonar con ella y le reproché que se dejara influenciar en contra de su esposo. La señora Rigaud replicó airadamente. Yo también. Ella se acaloró y yo me acaloré también y la insulté. Reconozco que le dije unas cuantas cosas bastante irritantes. Finalmente, la señora Rigaud, en un rapto de furor que no dejará nunca de deplorar, se lanzó contra mí lanzando gritos de rabia, me rasgó el traje, me arrancó algunos cabellos y finalmente se lanzó al vacío, creyendo sin duda que lo hacía contra mí. Por desgracia se destrozó el cráneo contra las rocas del fondo del

acantilado. Esta es la serie de hechos que la calumnia ha querido torcer para hacer creer a los jueces que se trata de un intento mío de obligar a la señora Rigaud a renunciar a sus derechos y que según dicen acabó con la violencia ante su negativa. En fin: dicen que la asesiné.

-Es un asunto muy enojoso -exclamó el italiano.

-¿Qué quieres decir?

-¡Están tan cargados de prejuicios los jueces y los tribunales! -añadió con prudencia Cavalleto.

-¡Bueno! -exclamó el otro lanzando un juramento-. Que hagan lo que les venga en gana.

-Es lo que harán, sin duda -murmuró Juan Bautista en voz baja.

No volvieron a intercambiar más palabras, aunque los dos se pusieron a pasear de un extremo a otro del calabozo, cruzándose constantemente. Poco después, el chirrido de un cerrojo les hizo detenerse.

-Vamos, señor Rigaud -dijo el carcelero-. Tenga la bondad de salir.

-Por lo visto me espera ya la gran ceremonia -exclamó el interpelado al ver los guardias que acompañaban al carcelero-. Tengo buena escolta.

Encendió otro cigarrillo, se puso el sombrero y salió del calabozo sin preocuparse más de Cavalleto.

Los soldados iban a las órdenes de un oficial bastante grueso que llevaba la espada en la mano. Hizo colocar al señor Rigaud en medio de la patrulla, se puso al frente de la misma y dio la voz de «¡Marchen!».

La puerta del calabozo volvió a cerrarse, rechinó la llave y el preso, al darse cuenta de que había quedado a solas, corrió a la ventana esforzándose en no perder detalle hasta que el último soldado desapareció de su vista.

Seguía agarrado a la reja cuando en el exterior sonó un enorme griterío: aullidos, amenazas, insultos, todo mezclado como el fragor de una tempestad. El prisionero se tendió en su jergón, cruzó los brazos y apoyó en ellos el rostro confiado en que podría dormir a su antojo.

* * *

La escena transcurría en el lazareto de Marsella el día siguiente de la salida del señor Rigaud de la cárcel, cuando fue insultado con un furor típicamente meridional.

-Espero que hoy no se repetirá el griterío de ayer.

-Yo, al menos, no he oído nada.

-Entonces es seguro que no ha habido ningún escándalo, porque cuando esa chusma se pone a gritar lo hace de manera que se le oiga.

-Tengo entendido que esa costumbre es común a todos los pueblos.

-Quizá. Pero este pueblo grita a todas horas. Si no lo hace, no es feliz.

El que así había hablado lanzó una mirada desdeñosa en dirección a la ciudad. Luego, metiéndose las manos en los bolsillos, continuó apostrofándola.

-Sin gritar tanto, haríais mejor en dejarnos salir, para ocuparnos de nuestros negocios, en vez de tenernos prisioneros con el pretexto de la cuarentena.

-Es altamente enojoso, en efecto -concedió su interlocutor-, pero hoy saldremos del lazareto.

-Ya lo sé que vamos a salir hoy, pero lo que sigo preguntándome es: ¿por qué han tenido que encerrarnos?

-La razón no es muy convincente, lo reconozco, pero cómo se desarrollaba en mi cuerpo... ¡Es insoportable!

-¡La peste! -repitió otro-. De eso precisamente me quejo. Desde que entré aquí no tengo otra cosa. Estoy como un cuerdo encerrado en un manicomio. Esto es insoportable. Llegué

más sano que nunca, pero si esto continúa saldré verdaderamente enfermo. Es más, creo que ya tengo la peste.

-Pues la soporta usted muy bien, señor Meagles -respondió su compañero con una sonrisa.

-No. Estos días han sido un verdadero tormento. Siempre temiendo coger la enfermedad, creyendo tenerla, sintiendo como venimos del Este y el Oriente es la patria de la peste...

-Bueno, no vale seguir hablando de eso. Ya se ha acabado -interrumpió una voz femenina.

-¡Acabado! -repitió el señor Meagles, que parecía (a pesar de no ser hombre de carácter violento) en esa disposición de ánimo tan particular que la última palabra pronunciada por un tercero suena como una injuria-. ¡Acabado! ¿Y por qué no puedo seguir hablando de ello si se ha acabado?

La señora Meagles era quien se había dirigido al señor Meagles. Y la señora Meagles tenía, al igual que su marido, un aspecto completamente saludable.

-¡No te preocupes más, papá, no pienses en ello! -repitió la señora Meagles-. Por favor, conténtate con Pet.

-¡Con Pet! -repitió el señor Meagles con el mismo tono de indignación.

Pero Pet estaba cerca y apoyó su mano en el hombro del señor Meagles, que se apresuró a olvidarse de Marsella y perdonarla desde lo más hondo de su corazón.

Pet tendría aproximadamente unos veinte años. Era una linda muchachita, con una abundante cabellera de color castaño que caía sobre sus hombros formando bucles naturales. Una muchacha encantadora, de rostro franco y ojos maravillosos, grandes, dulces, brillantes, engarzados a la perfección en aquel semblante tan bondadoso. Era rolliza, fresca, y mimada por añadidura. Pero además tenía un aire de timidez que le sentaba maravillosamente.

-Veamos -dijo Meagles, con una dulzura llena de confianza, dando un paso atrás para que su hija quedara más a la vista-, dígame, de hombre a hombre, ¿no le parece una soberana estupidez poner a Pet en cuarentena?

-Al menos esa estupidez ha dado como resultado hacernos el cautiverio más soportable.

-Desde luego -rectificó el señor Meagles-, eso es algo, y le agradezco su observación. Y ahora, Pet, lo mejor sería que fueras con tu madre y os preparaseis para desembarcar. En cuanto a nosotros, antes de salir del encierro, vamos a comer juntos una vez más, como buenos cristianos, y después nos marcharemos a nuestros respectivos puntos de destino. Tattycoram, no se separe de su ama.

Estas últimas palabras se las dijo a una hermosa joven de cabellos y ojos negros, muy aseada, que contestó con media reverencia, alejándose seguidamente tras la señora Meagles y Pet.

El compañero del señor Meagles, hombre grave, de unos cuarenta años, se quedó mirando el arco por el que habían desaparecido las tres mujeres, se volvió hacia el señor Meagles y dijo:

-Me permitirá que le pregunte cómo se llama...

-¿Tattycoram? -replicó el señor Meables-. A fe mía que no lo sé.

-Perdone, había pensado que... Tattycoram era un nombre propio. Y más de una vez la originalidad de ese nombre ha excitado mi curiosidad.

-Verá usted -contestó el señor Meagles-. El caso es que mi mujer y yo somos gente práctica. Ahora bien. una hermosa mañana, de eso hará ya unos cinco o seis años, en la que habíamos llevado a Pet a la iglesia de los niños abandonados, Madre (ése es el nombre que le doy a la señora Meagles) se puso a llorar. Le pregunté qué tenía y me respondió entre lágrimas que al ver tantos niños alineados, sin otro padre que el que todos tenemos en los cielos, se preguntó si alguna vez no vendría una madre y, al verlos, se preguntaría cuál era el suyo, al que no podía besar y que ignoraría siempre hasta el nombre de su madre. Aquélla era una idea muy digna y entonces yo le hice una proposición: Nos haríamos cargo de una de

aquellas niñas para que acompañara a Pet, sirviéndola de doncella. Y como somos gentes prácticas, realizamos en seguida mi idea. De esa manera nos hicimos cargo de Tattycoram.

-Pero, ¿y el nombre?

-¡Por San Jorge! -exclamó el señor Meagles-. Lo había olvidado. Pues bien, en el hospicio la llamaban Harriet Bedeau. Primeramente cambiamos Harriet por Hatty y luego por Tatty. En cuanto a Bedeau, ni que decir tiene que aquel apellido no tenía probabilidad alguna de ser aceptado. Así pues, como el fundador del hospicio se llamaba Coram, dimos ese apellido a la muchacha. Unas veces la llamábamos Tatty y otras Coram, al fin llegó un momento en que confundimos los dos nombres y desde entonces la llamamos Tattycoram.

El señor Meagles, en vena dé confidencias, siguió explicando que Pet había tenido una hermana melliza, pero que ésta falleció y para quitarle la tristeza, según consejo de los médicos, la habían llevado a viajar por todo el mundo.

-Le agradezco mucho sus confidencias, señor Meagles -replicó el otro cuando hubo terminado de hablar.

-Y ahora, señor Clenam, ¿me permitirá usted que le pregunte si ha decidido hacia dónde continuará su viaje? -Francamente aún no lo sé.

-Encuentro extraordinario, si me permite que se lo diga, que no vaya directamente a Londres -añadió el señor Meagles en tono confidencial.

-Tal vez lo haga.

-¡Oh! Es que debe tener algún propósito determinado.

-Lo siento, pero no tengo ninguno. Es decir -añadió Clenam sonrojándose levemente-, ninguno que pueda poner en práctica. He sido educado por una mano de hierro, que me rompió sin derrotarme; obligado a soportar como un galeote el peso de un empleo sobre el que tampoco se me consultó al destinarme a él; embarcado antes de los veinte años, me hicieron ir al otro extremo del mundo, donde he continuado exiliado hasta la muerte de mi padre, ocurrida allí hace dos años. ¿Qué se puede esperar de mí en la mitad de la vida? ¿Voluntad, propósitos, esperanzas?... Todo eso lo he perdido hace ya mucho tiempo. Esas luces se habían apagado en mi interior mucho antes de que empezara a hablar.

-Vuelva a encenderlas -le dijo el señor Meagles.

-Eso es más difícil que hacerlo, señor Meagles. Soy hijo de unos padres muy duros, unos padres que todo lo han pesado, medido, evaluado, y para los que no pueda pesarse, medirse, evaluarse, no puede existir. Pero no hablemos más... Ahí viene la lancha.

La lancha estaba llena de tricornios, hacia los que Meagles experimentaban marcada aversión. Los agentes de los tricornios desembarcaron y a su alrededor se agruparon todos los viajeros en cuarentena. Después de una serie de preguntas y de papeleo, todo quedó en orden y los viajeros tuvieron libertad de ir adonde bien quisieran.

Poco caso hicieron de las gentes que llenaban el puerto. Montaron en alegres lanchas para volver a tierra y se dirigieron a un gran hotel donde el sol quedaba excluido por las tupidas celosías, proporcionando algo de frescor a los agotados viajeros.

Muy pronto, en el gran salón, una enorme mesa se vio cubierta de una gran cantidad de manjares, y comenzó un soberbio festín, a mitad del cual se alzó el señor Meagles para decir:

-Ya no les guardo rencor a los monótonos muros de nuestro lazareto. Uno siempre empieza a olvidarse de los lugares en cuanto los deja atrás. Y no me asombraría que un prisionero sintiera algo de cariño por la prisión una vez hubiera salido de ella.

Se habían reunido una treintena de personas, entre las que se veía a una hermosa joven inglesa, que viajaba sola; tenía en la expresión de su rostro algo de orgullo, y miraba en torno suyo con ojos escrutadores. Se había mantenido apartada de todos, o todos de ella, eso nadie podría afirmarlo, salvo ella misma.

Aquella reservada joven recogió la última observación del señor Meagles.

-¿Quiere decir que un preso puede dejar de odiar a su prisión? -preguntó lenta y enfáticamente.

-Es una simple hipótesis por mi parte, señorita Wade. No puedo pretender conocer los sentimientos de un cautivo. Esta es la primera vez que he sido encerrado. ¿La señorita duda acaso de que sea fácil perdonar? -preguntó a su vez, interviniendo en su lengua natal.

Pet tuvo que traducir aquellas palabras a la señora Meagles, que no se molestaba nunca en aprender ni una palabra de la lengua de los países que visitaba.

-Lo dudo, en efecto.

-¡Oh! -respondió en francés-. ¿No cree que es una lástima?

-¿Que no sea tan crédula? -inquirió la señorita Wade.

-No es eso lo que yo quería decir. Usted da otro sentido a mis palabras. Quiero decir que es lástima que no pueda creer que es fácil perdonar.

-Mi experiencia -respondió tranquilamente la señorita Wade- se ha encargado de corregir poco a poco mis creencias. Ese es un progreso que se opera naturalmente en la especie humana, según me han dicho.

Después de la comida se separaron los viajeros. La señorita Wade rehusó cortésmente los ofrecimientos de los Meagles, se levantó cuando lo hicieron los demás y abandonó la sala. Al pasar por el pasillo adonde daba su cuarto, oyó unos sollozos y una voz que, irritada, prorrumpía en increpaciones. Una puerta había quedado entreabierta y por ella vio a Tattycoram, la criada de los Meagles. Se quedó inmóvil contemplándola.

-¿Qué te sucede, muchacha? -le preguntó la señorita Wade.

-¿Le importa a usted? -replicó Tattycoram con brusquedad-. Yo no significo nada para nadie.

-Claro que me importa. Me da pena verte así. Debes tener paciencia.

-No quiero. Me escaparé y haré algo malo. No puedo soportarlo más. Me moriré si intento soportarlo.

Las exclamaciones entrecortadas de Tattycoram degeneraron en murmullos entrecortados y lastimeros. Se dejó caer en una silla, y después sobre el suelo, junto al lecho, del que cogióla colcha para esconder el rostro avergonzado y también para tener algo a que abrazar en su arrepentimiento.

-¡Váyase! ¡Váyase! Cuando surge mi mal carácter parezco una loca. Ya sé que podría hacer algo para evitarlo si lo intentara con energía. Pero algunas veces ni quiero, ni puedo retenerme. ¡Mire!... Todo lo que le he dicho antes sabía que eran mentiras mientras las estaba diciendo. Deben estar convencidos que alguien se ha ocupado de mí en el hotel, estoy segura de ello. Tengo todo lo que necesito y son tan buenos conmigo como cualquiera puede serlo. Les quiero. Nadie podrá portarse mejor que ellos con una criatura tan ingrata como yo. Pero ahora, ¡váyase! Me da usted miedo, y tengo miedo de mí misma cuando siento que me vienen estos accesos de rabia. ¡Váyase y déjeme llorar y rezar a mi gusto!

CAPITULO II

Era una tarde de domingo en Londres. Una tarde sombría, sofocante y pesada. Todo cuanto hubiera podido ofrecer descanso solaz a la gente fatigada y aburrida estaba cerrado y atrancado. No había espectáculos, ni parque con animales exóticos y plantas o flores raras. Sólo había calles para ver, calles para respirar. Nada para distraer el ánimo o elevarlo.

El señor *Clennam,* recién llegado de Marsella por el camino de Dover, estaba sentado frente a la ventana de un café en Ludgate Hill. El tañido de las campanas había despertado en él la memoria de una larga serie de tristes domingos.

La lluvia había empezado a caer y la gente corrió a refugiarse en un pasaje cubierto al otro lado de la calle, mirando al cielo con descorazonamiento al ver que cada vez se hacía más torrencial.

El señor Arthur Clennam tomó el sombrero, se abotonó el gabán y salió. Pasó por delante de la iglesia de San Pablo y se acercó a la orilla del río por las estrechas callejas que,

pendientes y tortuosas, van desde las márgenes del Támesis hasta Cheapside. Por fin llegó a la casa que estaba buscando: una vieja mansión de ladrillos, tan sombría que casi parecía negra. Era una casa de largos y estrechos ventanales, y que parecía sostenerse milagrosamente apoyada en unos maderos ennegrecidos en los que los gatos del vecindario parecían darse cita.

-Nada ha cambiado -dijo el viajero deteniéndose para mirar en torno suyo-. Tan oscuro y miserable como siempre.

Se dirigió a la puerta y llamó. Oyóse un paso vacilante sobre las losas del vestíbulo y la puerta se abrió, dejando ver a un viejo, encorvado y momificado, pero cuyos ojos miraban con viveza y penetración.

-¡Ah, señor Arthur! -dijo sin ninguna emoción-. Por fin ha venido. Entre.

Arthur entró y cerró la puerta.

-Está usted más grueso -le dijo el viejo examinándole-pero a mi juicio no vale tanto como su padre, o como su madre. -¿Cómo está mi madre?

-Está como siempre. Continúa en su habitación cuando no tiene que quedarse en la cama. En quince años no ha salido de su habitación más de quince veces.

Arthur le siguió por la escalera, cuya pared estaba cubierta de paneles semejantes a lápidas mortuorias, y llegó a un sombrío dormitorio, cuyo suelo se iba inclinando gradualmente hasta dejar la chimenea en el fondo. En ese fondo, sentada en un sofá negro, con la espalda apoyada en un almohadón, hallábase la madre de Arthur vestida como corresponde a una viuda.

Los padres de Arthur habían vivido en común desacuerdo desde que el señor Clennam podía hacer memoria. Permanecer sentado entre los dos, silencioso, mirándoles atemorizado había sido la más apacible de las ocupaciones de su infancia. Al entrar su madre le dio un beso frío y le alargó cuatro dedos enguantados de estambre. Hecho esto, Arthur se sentó al lado de un velador colocado cerca de su madre. Había fuego en la chimenea, exactamente igual como lo había habido quince años atrás. También había un olor a tintes negros en el ambiente negro, esparcidos tal vez desde hacía quince años por el vestido de la viuda y por el sofá.

-Madre, esto no se parece a tus antiguos hábitos de actividad.

-El mundo se ha reducido a esta habitación, Arthur -replicó ella, mirando a su alrededor-. Hice bien en no aficionarme a sus vanidades.

-¿No sales nunca, madre?

-Con mi reumatismo y mis nervios, he perdido el uso de las piernas. No salgo nunca de esta habitación. No he traspuesto ese umbral desde... Dígale cuánto tiempo hace -ordenó a alguien por encima de su hombro.

-Doce años en la próxima Navidad -contestó una voz cascada desde el otro lado del canapé.

-¿Es usted, Affery? -preguntó Arthur, mirando en aquella dirección.

La voz respondió que era Affery y una vieja se adelantó hacia la escasa luz, dirigió un beso a Arthur y volvió a sumergirse en las tinieblas.

-Todavía puedo ocuparme de mis asuntos -dijo la señora Clennam, señalando a una silla de ruedas que había ante el alto bargueño cerrado cuidadosamente-. Y doy gracias al cielo por tan inmenso favor. Pero no hay que hablar de negocios en el día del Señor. Son ya las nueve, Affery. Sírveme la cena.

La vieja quitó de encima de la mesa unos libros, un pañuelo y unos lentes con montura de acero. Retiró igualmente un reloj antiguo de oro guardado dentro de un estuche. Ayudada luego por el viejo sirvió a la señora Clennam una cena poco copiosa que la anciana consumió rápidamente. Cuando la anciana hubo terminado se llevaron las bandejas y los objetos retirados volvieron a ocupar su puesto en la mesa. La señora Clennam se caló las antiparras y leyó de uno de sus libros unos pasajes amenazadores con voz dura, feroz e irritada, rogando para que sus enemigos -que por el tono de voz parecían enemigos personales- fueran pasados

a cuchillo, devorados por el fuego, castigados con la lepra y exterminados por completo siendo luego convertidos sus huesos en cenizas y lanzados y dispersados por el mar.

La señora Clennam cerró el libro y cubrió su rostro con las manos. El anciano la imitó. Luego la enferma se dispuso a acostarse.

-Buenas noches, Arthur. Affery se ocupará de que no te falte nada.

Después de haberse despedido de su madre, Arthur siguió a los dos viejos escaleras abajo.

En cuanto Affery estuvo a solas con el señor Clennam en el comedor le preguntó qué deseaba para cenar y ante su negativa insistió

-Si quiere... en la despensa tenemos una perdiz para mañana. Diga una palabra y ahora mismo se la asaré. -No, gracias. Comí antes y no tengo apetito.

-Beba entonces algo -instó Affery-. Le daré un vaso de oporto del de la señora. Le diré a Jeremiah que usted me ha ordenado traerle la botella.

-Eso no es una razón, Arthur -dijo la vieja inclinándose para hablarle al oído-. Que yo haya sacrificado mi vida y tiemble ante ellos no significa que usted tenga que hacerlo también. Ha heredado usted la mitad de la fortuna, ¿verdad?

-En efecto.

-¿Qué teme usted entonces? ¿Es usted libre, verdad?

El esbozó con la cabeza un gesto afirmativo para contestar a la vieja.

En tal caso, no se amilane. Ella es terriblemente lista y solamente el que sea más listo puede levantarle la voz. Mi marido es también terriblemente listo y cuando quiere le planta cara.

-¿Se atreve su marido?

-¿Atreverse? Y me hace temblar de pies a cabeza cuando oigo que se encara con la señora. Mi marido, Jeremiah Flintwinch puede dominar incluso a su madre, a la señora Clennam. ¡Imagine si es listo!

El rumor leve de los pasos del viejo Jeremiah le hicieron retirarse al otro lado del comedor. Aunque era una mujer alta y musculosa, la señora Jeremiah se intimidaba al acercarse el vejete enjuto y de mirada penetrante.

-¿En qué piensas? -preguntó Jeremiah a su esposa-. ¿No puedes darle nada al señor Arthur para que coma? El señor Clennam repitió sus negativas.

-Perfectamente -replicó el viejo-. Ve a hacerle la cama. ¡Muévete de una vez!

Dirigiéndose luego a Arthur le dijo:

-Mañana tendré unas palabras con tu madre. Ella ya sospecha que ha abandonado usted los negocios a la muerte de su padre y cuando usted se lo diga, estoy seguro de que le regañará con dureza.

-Renuncié a todo por los negocios. Es justo que ahora renuncie también a los negocios.

-¡Muy bien! -exclamó Jeremiah, que evidentemente no quería decir lo contrario-. Pero no espere que yo me interponga entre usted y su madre como hice entre ella y su difunto padre. ¡Pero basta ya de hablar sobre estas cosas, Affery...! ¿Aún no has encontrado lo que buscabas?

La anciana estaba sacando unas sábanas y unas mantas del armario. Respondió un tanto displicentemente:

-Sí, Jeremiah.

Arthur la ayudó cogiendo al mismo tiempo el paquete, dio las buenas noches al vejete y se encaminó al último piso de la casa hasta llegar al que iba a ser su dormitorio.

Abrió la puerta y contempló el bosque de arruinadas y oscuras chimeneas. Luego se apartó de la ventana y se quedó mirando cómo Affery Flintwinch hacía la cama.

Tras unos instantes de silencio, Arthur Clennam preguntó: -¿Quién es esa muchacha que vi en el cuarto de mi madre, Affery?

-¿Muchacha? -repitió la señora Jeremiah con voz chillona.

-No creo equivocarme al pensar que es una muchacha la figura que vi en la sombra y que se ocultó casi al verme.

-¡Ah! La pequeña Dorrit. No tiene importancia alguna. Es uno de los caprichos de la señora. -Una de las más inesperadas características de la señora Jeremiah era no referirse a la señora Clennam por su nombre-. No tiene por qué ocuparse de ella. ¿Ha olvidado su novia? ¡Apostaría que sí!

-No lo crea. La recuerdo muy bien.

-Tal vez le agrade saber que es viuda y tiene dinero. Si usted quiere podrá casarse con ella.

-¿Cómo lo sabe, Affery?

-Los dos listos han estado hablando del tema. Ahí llega Jeremiah. Le oigo en las escaleras.

Y en un abrir y cerrar de ojos, Affery se eclipsó.

La señora Jeremiah acababa de introducir el último hilo que faltaba en la trampa que la mente de Arthur iba tejiendo. La irreflexiva locura de un amor había penetrado incluso en aquella casa y Arthur se había sentido allá tan desgraciado como

si hubiera vivido en un castillo romántico. En Marsella, el rostro de aquella muchacha de la que se había separado con algo de nostalgia, había despertado en él recuerdos a causa de cierto parecido con el semblante de aquella muchacha, de la que se separó con algo de nostalgia, había despertado en él los recuerdos a causa de cierto parecido con el semblante de aquella que iluminó su sombría juventud con los esplendores de la fantasía.

* * *

Aquella noche, después de haber dejado al hijo de su ama, la señora Jeremiah tuvo un extraño sueño. Le pareció que se despertaba después de haber dormido unas horas y que al levantarse se había puesto una bata y unas zapatillas para descender luego en búsqueda de su: marido, cuya ausencia la tenía extraordinariamente intrigada.

La señora Jeremiah esperaba encontrar a su marido dormido o desvanecido. Pero no. Estaba sentado tranquilamente ante una mesa, completamente despierto. Lo que era verdaderamente extraordinario es que había dos señores Flintwinch, uno dormido y otro despierto contemplando al que dormía. Si por un momento Affery pudo dudar de que el Flintwinch despierto era su marido, la natural impaciencia de su esposo disipó toda incertidumbre. Buscó a su alrededor alguna arma ofensiva y cogiendo las despabiladeras las utilizó a manera de estoque contra el Flintwinch dormido, como si hubiera querido traspasarlo de parte en parte.

-¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? -exclamó Jeremiah, despertando bruscamente-. ¡Ah! No sabía dónde me encontraba.

-¿Te das cuenta que has dormido dos horas? -rezongó el primer Jeremiah mirando a su reloj-. Y decías que sólo te bastaría con dar una cabezadita. Son las dos y media de la madrugada. ¿Dónde está tu abrigo? ¿Dónde está la caja?

-Todo está aquí -replicó Jeremiah número dos; se puso la bufanda y el abrigo, bebió un vaso de oporto y cogió la caja. Era de hierro y tendría unos dos pies cuadrados, lo que permitía que pudiera llevarla fácilmente debajo del brazo.

Jeremiah número uno salió de puntillas y fue a abrir la puerta. El resto sucedió de una manera tan corriente y natural que Affery pudo ver cómo se abría la puerta, e incluso llegó a sentir el aire fresco de la noche.

Entonces fue cuando su sueño adquirió un carácter verdaderamente extraordinario.

Affery tenía tanto miedo a su marido que quedó inmóvil en la escalera sin osar retroceder y regresar a su habitación. Así fue que cuando Jeremiah subió con el candelabro en la mano y llegó junto a ella, la miró asombrado, pero no dijo ni una palabra. La mirada de Jeremiah estaba fija en su mujer, que retrocedía a medida que su esposo avanzaba. De ese modo llegaron hasta su habitación. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Jeremiah cogió a su mujer por el cuello y empezó a zarandearla...

-¡Vaya! ¡Affery! Mujer... -exclamó Jeremiah-. ¿Eres sonámbula? Subo después de haberme quedado dormido abajo y te encuentro en pie viviendo una pesadilla. Si eso vuelve a suceder tendré que darte una medicina... y te aseguro que te daré una buena dosis... ya lo verás.

La señora Jeremiah le dio las gracias y volvió a meterse en la cama.

* * *

Al dar las nueve de la mañana, la señora Clennam fue llevada en la silla de ruedas, que empujaba Jeremiah, hasta el bargueño. Después de abrir alguno de los cajones del escritorio e instalar a su satisfacción, el sirviente se retiró y acto seguido apareció Arthur.

-¿Te encuentras más aliviada, madre? ¿Podremos hablar de negocios?

-No volveré a estar bien nunca, Arthur, y es una suerte que lo sepa y pueda soportarlo. Pero, ¿deseas tú, verdaderamente, que hablemos de negocios? Hace más de un año que murió tu padre y desde entonces estoy esperándote.

-Tenía que arreglar muchas cosas antes de volver y además, madre, como tú eras la única albacea y administradora de la herencia, poco o nada quedaba por hacer hasta que los asuntos los hubieras arreglado a tu gusto.

-Las cuentas están terminadas -replicó ella-. Las tengo aquí, todos los comprobantes han sido examinados y puedes verlos cuando lo desees, Arthur... Ahora mismo, si quieres.

-Me basta con saber que todo está arreglado. ¿Podemos seguir hablando?

-Naturalmente -replicó ella, secamente.

-Nuestro negocio, madre, ha ido de capa caída desde hace ya algún tiempo. No hemos demostrado nunca tener confianza, ni la hemos provocado en los demás; no nos hemos hecho con amistades, ni con dientes seguros. Hemos seguido un camino impropio de estos tiempos. Y no creo que sea necesario insistir sobre ello. Lo sabes de sobra.

-Sé lo que quieres decir -contestó ella en tono frío.

-Incluso esta casa es un claro ejemplo de lo que digo -prosiguió su hijo-. En los primeros tiempos era un lugar de negocios, ahora es algo incongruente, fuera de lugar.

-¿Crees que una casa no es útil, si cobija a enferma y afligida madre?

-Me apena oírte hablar así, madre. Pero quiero comunicarte mi decisión, aunque supongo ya debes haber previsto que deseo abandonar el negocio. Y si me permitieras un consejo te diría que renunciaras también a él, pero ya veo que es inútil.

-¿Eso es todo o tienes que añadir algo más?

-Todavía me queda algo por preguntarte, madre. Es algo que me ha preocupado día y noche durante largo tiempo. Es difícil de explicar, porque ahora no se trata de mí solamente, sino de todos nosotros.

-¿A todos nosotros? ¿Qué quieres decir con eso? -Se refiere a ti, a mí, a mi padre.

La señora Clennam apartó las manos del escritorio, las cruzó sobre su regazo y miró al fuego con la expresión misteriosa de una esfinge antigua.

-Conocías a mi padre mejor que yo. Tu ascendiente sobre él fue la causa de su marcha a China, para vigilar vuestros negocios allí, mientras tú lo hacías aquí. Y fue porque tú

lo quisiste, que permanecí a tu lado hasta los veinte años y luego partí a reunirme con

él. Con que no te enfadarás de que te recuerde esos hechos veinte años después, ¿verdad?

-Espero a saber con qué fin me lo recuerdas.

El bajó la voz y añadió con marcada vacilación: -Quiero preguntarte, madre; si alguna vez se te ocurrió sospechar...

Al oír la palabra «sospechar» la señora Clennam frunció las cejas y miró a su hijo.

-...que mi padre guardara algún secreto, que le preocupase algún recuerdo... algún remordimiento... ¿Observaste algo que te hiciera sospechar tal cosa?

-No comprendo.. a qué clase de secreto, de recuerdo o de remordimiento, podía estar sujeto tu padre -contestó ella, después de un corto silencio-. ¡Hablas con demasiado misterio!

-¿No sería posible que hubiera causado daño a alguien y hubiera muerto sin reparar el daño cometido?

Lanzando a su hijo una mirada colérica, la señora Clennam se echó atrás en la silla, para alejarse de él, pero no le contestó.

-Al manejar dinero y a fuerza de realizar operaciones ventajosas, pudo haber engañado o arruinado a alguien. Antes de que yo naciera, tú eras ya quien tenías las riendas del negocio. Tu espíritu, más poderoso, dominó al de mi padre por más de cuarenta años. Si quisieras podrías desvanecer mis dudas. ¿Quieres hacerlo, madre?

Calló con la esperanza de que le contestara su madre, pero los labios de la señora Clennam permanecieron tan inmóviles como sus cabellos partidos en dos bandas.

-Si hay una reparación, una restitución, algo que podamos hacer, sepámoslo y hagámoslo. O, mejor dicho, madre, si mis medios me lo permiten lo haré yo mismo. ¡Me he dado cuenta tantas veces que el dinero no puede dar la felicidad! Ha traído tan poca calma a esta casa, que para mí vale todavía menos que para otros. No podría adquirir nada con él sin que se convirtiera en fuente de reproches, si me asaltaba la sospecha de que ensombreció las últimas horas de mi padre con remordimientos y que no me pertenece leal y honradamente.

A unos metros del bargueño colgaba el cordón de una campanilla. Mediante un hábil movimiento con el pie, la señora Clennam hizo retroceder la silla y tiró violentamente del cordón, mientras mantenía su brazo izquierdo alzado como si temiera que su hijo la golpeara.

Una muchacha entró muy asustada.

-Dile a Jeremiah que venga inmediatamente.

Unos instantes después la muchacha se había retirado y el vejete estaba ante ella.

-Flintwinch -exclamó la madre-, mire a mi hijo, mírelo bien. Hace sólo unas horas que ha llegado y, sin quitarse el polvo del camino, se atreve a calumniar a su padre en presencia de su madre. Le pide a su madre que se una a él para espiar en la vida de su padre. Teme que los bienes terrenales que hemos amasado penosamente trabajando desde la mañana hasta la noche, sacrificándonos, privándonos de todo, sean un botín mal adquirido. Y pregunta a quién hay que devolvérselos a guisa de reparación y restitución.

A pesar de que su rabia se había transformado en cólera, hablaba con voz contenida, incluso más baja que de costumbre.

-¡Reparación! -volvió a decir-. Sí, en verdad. Puede hablar de reparación el que viene de viajar por el extranjero llevando una vida de vanidad y placeres. Pero que me mire y me verá aprisionada y encadenada aquí soportándolo todo sin quejarme porque el Señor ha querido castigar así mis pecados.

-¡Reparación! ¿Cree acaso que no hay ninguna en esta habitación? ¿No la ha habido al estar aquí durante estos quince años?

-Bueno -dijo Jeremiah-, dando por descontado que no me interpondré entre ustedes, permítame que intervenga. ¿Le ha dicho que no debe sospechar de su padre? -preguntó a la señora Clennam.

Se lo digo ahora -replicó ella.

-Perfectamente. No se lo había dicho, pero se lo dice ahora. Y usted, señor Arthur -añadió dirigiéndose al señor Clennam-, ¿puede decirme lo que piensa hacer con el negocio?

-Renunció a él.

-En favor de nadie, supongo, ¿verdad?

-En favor de mi madre, naturalmente. Puede hacer con él lo que quiera.

-Si puede caberme una satisfacción -comentó su madre- en medio de mi desengaño, al ver que mi hijo, en la plenitud de su vida, no infunde nueva vida al negocio, haciéndolo mejorar, ampliándolo, tal como yo confiaba que haría, será la de dar a un fiel servidor su premio merecido. Jeremiah, el capitán abandona su navío, pero usted y yo nos salvaremos o nos hundiremos con él.

Jeremiah, cuyos ojos brillaban como si estuviera contando dinero, dirigió una mirada al hijo que parecía decirle que aquello no se lo debía a él y que no había hecho nada en su favor. Luego dio rendidas gracias a la señora Clennam y dijo que ni él ni Affery le abandonarían nunca. Extrajo finalmente el reloj de las profundidades de su bolsillo y exclamó:

-Las once. Es la hora de sus ostras, señora.

Y desviando así el tono de la conversación, sin cambiar por ello el tono ni los modales, tocó la campanilla.

Pero la señora Clennam, decidida a tratarse con tanto más rigor cuanto la habían hecho ya víctima de la sospecha de ser incapaz de una reparación, se negó a comer las ostras. El aspecto era verdaderamente tentador, dispuestas en círculo en una bandeja con unos panecillos al lado y en la compañía de un vaso de vino fresco. Pero la señora Clennam resistió todas las persuasiones y sin duda alguna apuntó aquel acto en el haber de su cuenta corriente con el Cielo.

* * *

No fue Affery quien sirvió las ostras sino la muchacha que acudió anteriormente, la misma que Arthur había entrevisto apenas la noche anterior en la penumbra. Pudo observarla con más detenimiento y reparó en que su diminuta figura, sus rasgos delicados y su vestido poco elegante le daban un aspecto de mayor juventud que la que debía tener en realidad. Probablemente no rebasaba los veintidós años y, sin embargo, vista en la calle no se le hubiera atribuido mucho más de la mitad de esa edad. No porque su rostro fuera muy juvenil, puesto que expresaba por el contrario más reflexión y reflejaba más preocupaciones que las correspondientes a sus años. Era más bien tan pequeña y ligera, tan tímida y silenciosa que daba la impresión de que tenía plena conciencia de encontrarse fuera de su lugar y ello la hacía sumisa y asustada.

La señora Clennam manifestaba bastante interés por la muchacha de la manera dura que era en ella habitual. Pero en su dureza, como en la de los metales, había una gradación. La pequeña Dorrit salió a reanudar su labor de costura. Trabajaba tanto -que era muy poco- por día en casa de la señora Clennam desde las ocho de la mañana a las ocho de la noche. Aparecía diariamente con una gran puntualidad y se marchaba con la misma precisión. ¿Qué hacía la pequeña Dorrit entre las ocho de la noche y las ocho de la mañana del siguiente día? Era un misterio. Otro de los rasgos peculiares de la muchacha era la repugnancia que le inspiraba comer en compañía de alguien -el acuerdo con la señora Clennam incluía la comida- de manera que siempre pretextaba un trabajo inopinado para no sentarse a la mesa.

El rostro de la pequeña Dorrit no era fácil de observar. Mostraba siempre una expresión retraída y cuando se cruzaba con alguien en la escalera se apartaba asustada. No podía decirse que fuera hermosa, si se exceptúan sus ojos dulces de color de la miel.

Arthur Clennam se había dado cuenta de todo aquello mediante una observación constante cuando atravesaba los corredores y las estancias de aquella casa tan triste y sombría. Sentía tan pocos deseos de asistir a las sesiones de imprecaciones contra los enemigos de su

madre -acaso se consideraba él uno de ellos- que anunció la intención de alojarse en el hotel donde había dejado su equipaje. El señor Flintwich pareció encantado con la idea de perderle de vista y como a su madre la cosa pareció dejarla indiferente, Arthur abandonó el hogar de sus padres con el corazón deprimido.

Señalaron unas horas para dedicarse diariamente a poner las cuentas en orden entre los tres y durante aquellas horas, Arthur pudo ver varias veces a la pequeña Dorrit cosiendo o sirviendo a su madre. La natural curiosidad del señor Clennam aumentó día a día, tanto si la veía como si no. Llegó incluso a hacer suposiciones sobre la muchacha. Hasta que un día decidió seguirla para saber algo de su historia.

CAPITULO III

Hace unos treinta años se levantaba en el arrabal de Southwark, no lejos de la iglesia de San Jorge, la cárcel de Marshalsea. Era una construcción oblonga dividida en pequeñas edificaciones unidas por la parte posterior de manera que no quedaran patios abiertos. La rodeaba un estrecho y enlosado recinto que a su vez circundaba un muro rematado con estacas en lo alto. Era aquélla una cárcel para deudores y en su interior se había dispuesto una prisión mucho más severa para contrabandistas. Allá se encerraban también los infractores de las leyes sobre impuestos y tarifas aduaneras. Consistía en varias celdas y un pasillo de metro y medio de anchura que desembocaba en un espacio libre dedicado a campo de bolos donde los presos por deudas pasaban el tiempo.

Mucho antes de la época en que se inicia esta historia fue llevado a Marshalsea un deudor que tiene importante papel en nuestro relato. Era un «gentleman» de mediana edad, muy amable aunque tímido y reservado. De buen aspecto y voz dulce, cabello ondulado y manos cubiertas de sortijas. Como todos los que se encontraban en aquella cárcel estaba convencido de que saldría al poco tiempo, aunque también parecía preocupado por la suerte de su esposa y la impresión que ella recibiría cuando le viera entre barrotes.

-Espero que no vaya contra el reglamento que mi esposa me visite en compañía de mi hijo -le dijo al carcelero.

-¿Por el niño lo dice usted? ¡Si hay aquí un verdadero enjambre de chiquillos. Esto parece más un pensionado que una cárcel!. ¿Cuántos hijos tiene usted?

-Uno... Pero pronto serán dos -respondió el deudor.

Se adentró en la cárcel seguido por la mirada del carcelero. Una mirada que parecía expresar que tan niño era el preso como el hijo cuya visita esperaba.

* * *

Al día siguiente se presentó la mujer con un niño de tres años.

-¿Ha alquilado una habitación? -le preguntó el carcelero al preso por deudas.

-Sí, tengo una habitación excelente.

-¿Amueblada?

-Esta tarde me traerán en un carro lo más indispensable.

-La esposa y el niño se quedarán a vivir con usted.

-Naturalmente. Hemos pensado que no valía la pena separarnos, aunque sólo sea por algunas semanas.

Las pocas semanas se convirtieron en seis meses. La mujer del recluso dio a luz a una hermosa niña que bautizaron en la iglesia de San Jorge imponiéndole el nombre de Amy. El carcelero actuó como padrino de la niña y juró ocuparse del bienestar de su ahijada.

El preso fue vendiendo poco a poco los numerosos anillos para proveer las necesidades de su familia. Pero aquello no parecía afectarle demasiado y al nerviosismo de los primeros días de reclusión había seguido una tranquila conformidad. Empezó a encontrar más apacible su refugio. Sus hijos jugaban en el patio y eran queridos por todos. Especialmente la pequeña Amy, venida al mundo entre los muros de la cárcel, era objeto de las atenciones de todos los presos que la consideraban un poco su propia hija.

-¿Sabe que siento orgullo de usted? -le preguntó un día el carcelero a nuestro recluso-. Pronto será el habitante más antiguo de esta casa. Si usted y su familia nos dejaran, Marshalsea no sería la misma.

Cuando el hijo cumplió ocho años, la madre salió para visitar a su aya, que residía en el campo. Allá murió. El marido se encerró durante quince días en su habitación y cuando apareció de nuevo tenía el pelo canoso. Al cabo de un par de meses sus hijos seguían jugando en el patio. Iban vestidos de luto.

* * *

La niña venida al mundo en la cárcel fue creciendo rodeada de la consideración de todos. A los trece años sabía leer y hacer cuentas. Un día ingresó en la cárcel una modista insolvente y ella acudió a que le diera clases de costura. Como la niña era una discípula paciente, pronto se convirtió en la más hábil de las costureras. De esta manera pudo secundar a su padre en mantener la elegante ficción de que eran una familia hidalga venida a menos. También ejerció la protección de su hermano Tip, de verdadero nombre llamado Edward, al que consiguió colocar, gracias a la influencia de su padrino, en el palacio de Justicia, en el despacho de un abogado. Tip, que tenía ya dieciocho años, languideció en aquella oficina por espacio de seis meses y transcurrido este tiempo informó a su hermana que no estaba dispuesto a volver.

-No he podido aguantar por más tiempo y me he despedido.

Tip se cansaba de todo. Su hermana le obligó a entrar en un almacén, luego en una verdulería, en el bufete de un abogado otra vez, en una cervecería, en casa de un agente de bolsa, en una cochera y en un comercio... Pero pronto se cansaba y un día anunciaba, de pronto, que se había despedido.

Pero la valiente Amy estaba decidida a salvar a su hermano y mientras él iba de oficio en oficio, ella consiguió ahorrar lo suficiente para pagarle el pasaje al Canadá. Tip salió de Marshalsea, pero no llegó más allá de Liverpool. Al mes de su marcha se presentó a su hermana harapiento, descalzo y más hastiado de todo que nunca. Finalmente, tras un nuevo período de holganza, encontró un trabajo que pareció satisfacerle:

-Voy a trabajar con Slingo, el tratante de caballos.

Se marchó y durante varios meses Amy le perdió de vista. Pero una tarde en que su hermana cosía junto a la ventana para aprovechar hasta el último resplandor del día, Tip abrió la puerta y entró.

-Me parece que esta vez vas a enfadarte, Amy.

-¿Por qué?

-No he venido aquí voluntariamente, sino por causa de una deuda de cuarenta guineas.

Por vez primera en su vida, Amy se sintió desfallecer. Al día siguiente pidió a su padre permiso para buscar trabajo. Lo consiguió y aquélla era la vida que a los veintidós años llevaba la pequeña Dorrit cuando regresaba a «su casa» una tarde nebulosa y triste, seguida a poca distancia por Arthur Clennam.

* * *

Librodot

Parado en mitad de la acera, Arthur Clennam se quedó mirando aquel edificio buscando algún transeúnte a quien preguntar qué lugar era aquél. Se acercó finalmente a un anciano que se dirigía a la puerta del enorme caserón.

-Dígame, señor -preguntó Clennam-. ¿Qué edificio es éste?

-¡Ah, sí! Es Marshalsea.

-¿La cárcel para deudores?

-Así es.

-Perdone usted si parece simple curiosidad. ¿Conoce ahí dentro a alguien que se llame Dorrit?

-Mi apellido es Dorrit -dijo el anciano con un acento de orgullo en la voz.

Al escuchar la inesperada respuesta, Arthur se quitó el sombrero.

-¿Me permite que siga hablando? Me sorprende lo que acaba de decirme. Antes de seguir adelante le aclararé que acabo de llegar a Inglaterra después de dilatada ausencia. En casa de mi madre, la señora Clennam, en el barrio de la City, he visto a una muchacha costurera a la que he oído designar por el nombre de pequeña Dorrit. Hace poco ha traspuesto esta puerta.

-La muchacha que acaba de entrar ahí es hija de mi hermano, William Dorrit.

Prosiguió su camino mientras el viejo se explicaba:

-Mi hermano vive aquí desde hace varios años y por motivos que no hacen al caso no acostumbramos a decirle nada de lo que ocurre fuera de estos muros, ni siquiera cuando se refiere a nosotros. Sea usted bueno y no le hable de los trabajos de costura de mi sobrina.

Subieron por una oscura escalera hasta el segundo piso. El señor Frederick Dorrit se detuvo un momento en el rellano antes de abrir una puerta. Tan pronto como hubo entrado, Arthur vio a la pequeña Dorrit y entonces comprendió por qué se empeñaba en comer a solas.

Había traído a la casa la carne que debió haberse comido y estaba calentándola, sobre unas parrillas, para su padre, que, vestido con una vieja bata gris y un gorro negro, esperaba la cena.

La muchacha se sobrecogió, ruborizándose primero y palideciendo después. El visitante, con la mirada, más que con un expresivo movimiento con la mano, le indicó que se tranquilizara y confiara en él.

-William, he encontrado a este señor -explicó el tío-. Es el señor Clennam, hijo de la amiga de Amy. Le encontré en la calle, deseoso de presentarte sus respetos, pero sin saber, si entrar o no. Mi hermano William, señor.

-Espero -dijo Arthur, algo vacilante- que mi respeto por su hija, justifique mi deseo de serle presentado a usted.

-Señor Clennam -repitió el otro, hablando en tono protector-, me honra usted. Sea bienvenido a esta casa. Frederick, una silla para el señor Clennam. Siéntese, por favor.

Con los mismos modales que empleaba para dar la bienvenida a los nuevos detenidos, el padre de Amy acogió al señor Clennam, diciéndoles no sin algo de orgullo que él era el padre de Marshalsea, que Amy había nacido en la prisión, y que los prisioneros le rendían homenaje como a su padre de distintas maneras. Pero cuando abordó aquel tema, Amy posó su mano en el brazo de su padre como invitándole a guardar silencio; ya era demasiado tarde: Clennam había comprendido que el padre de Marshalsea no desdeñaba los homenajes monetarios.

El tañido de una campana se dejó oír y poco después el ruido de unos pasos precedió a la entrada de un corpulento muchachote que, con cierto aire de desidia y desconcierto, se detuvo en el umbral al ver a un forastero.

-Señor Clennam, mi hijo mayor. Es un muchacho a quien no falta iniciativa; pero la verdad sea dicha, la suerte no le ha favorecido gran cosa.

Arthur se había puesto en pie y después de estrechar la mano de Tip, aprovechó la ocasión para examinar la habitación. Las paredes habían sido pintadas de verde y las adornaban varios grabados. Unas cortinas en la ventana, una alfombra en el suelo, perchas y estantes

en los muros y otros objetos que habían ido acumulándose al paso de los años, era cuanto denotaba el «confort» de aquel cuarto, reducido, pobremente amueblado, pero en el que los cuidados constantes daban al conjunto un aire de limpieza y hasta, en cierto modo, de comodidad.

La campana seguía tocando y el tío deseaba marcharse. Tip dio las buenas noches a su padre y echó a correr escaleras abajo. El señor Clennam deseaba hacer dos cosas antes de marcharse: una, ofrecer su testimonio al padre de Marshalsea, sin ofender a la muchacha; otra, decir unas palabras a ésta, para explicarle el motivo de su visita.

-Permítame que le acompañe -ofreció el padre del lugar. La pequeña Dorrit se había deslizado fuera de la habitación y estaban solos.

-No, no, por nada del mundo -contestó apresuradamente el visitante-. Por favor, permítame que...

Pudo escuchar un tintineo metálico.

-Señor Clennam, le estoy profunda, profundamente... -había empezado a decir el «padre de la Marshalsea», pero Arthur había cerrado la mano del viejo para sofocar el ruido metálico y descendía apresuradamente escaleras abajo.

No vio a Amy en las escaleras, ni en el patio. Los rezagados se apresuraban hacia la cancela y los iba siguiendo cuando divisó a la muchacha cerca de la ventanilla. Se acercó a ella rápidamente.

-Perdóneme por dirigirle la palabra en este lugar -le dijo-. Y perdóneme también por haber venido. La seguí esta noche, pero lo hice con intención de serle útil a usted y a su familia. Ya sabe en qué términos estamos mi madre y yo, por eso no se extrañará que no tratara de decirle nada en casa. A pesar de mis buenas intenciones hubiera lamentado provocar los celos o el enfado de mi madre, perjudicándola a usted en su estima. Lo que acabo de ver, en tan corto espacio de tiempo, ha aumentado mi deseo de ayudarles. Me sentiría resarcido del desengaño, si pudiera esperar ganarme su confianza.

-Es usted muy bueno, señor, y parece sincero. Pero preferiría que no me hubiese seguido. La señora Clennam se ha portado muy bien conmigo y no sé qué hubiera sido de nosotros sin el empleo que ella me dio. Temo que sería dar muestras de ingratitud para con ella guardarle algo en secreto. Esta noche no puedo decirle más, señor. Ya que se proponía usted nuestro bien, ¡gracias?

-Permítame una pregunta antes de marchar. ¿Hace tiempo que conoce a mi madre?

-Creo que unos dos años aproximadamente, señor... La campana ha dejado de tocar...

-¿Cómo la conoció? ¿La mandó ella a buscar?

-No, ni siquiera sabe que vivo aquí. Mi padre y yo tenemos un amigo, un pobre obrero, pero el mejor de los amigos. Escribí que deseaba trabajo de costurera y di su dirección. El puso mi anuncio en varios sitios y así fue como la señora Clennam lo leyó y mandó a buscarme. ¡Van a cerrar la cancela, señor!

La muchacha parecía trémula e inquieta y él sentía tanta compasión que no osaba marcharse. Pero el silencio de la campana era un último aviso. Con unas palabras amables, la dejó que fuera a reunirse con su padre y se dirigió hacia la cancela.

Se había demorado en exceso. La puerta estaba cerrada y la garita del carcelero también. Después de dar unos golpes con la desagradable convicción de que iba a tener que pasar la noche en la cárcel, una voz dijo a sus espaldas:

-¡Vaya! Le han cogido en la ratonera, ¿eh? Ahora no podrá volver a su casa hasta mañana...

La voz era la de Tip. Continuaban mirándose en el patio de la prisión cuando empezó a llover.

-¿Puedo encontrar cobijo en alguna parte? -preguntó Arthur-. ¿Qué debo hacer?

-Si está usted dispuesto a pagar una cama, se la prepararán en el club, en una mesa. Si eso le conviene, venga conmigo, le presentaré.

Al atravesar el patio Arthur miró hacia la ventana de la habitación que acababa de abandonar; estaba ardiendo una vela.

Al día siguiente, por la mañana, Arthur Clennam se sintió poco dispuesto a continuar en la cama, aunque hubiera estado en sitio más reservado y no le molestaran, al tratar de retirar las cenizas del día anterior, para encender nuevamente el fuego bajo la marmita del club; con los chirridos de la bomba, el ruido que hacían las escobas al barrer y otro sinfín de preparativos del mismo estilo. Contento de ver llegar la mañana, pese a no haber reposado gran cosa durante la noche, salió en cuanto la luz le permitió distinguir los objetos y paseó por el patio a lo largo de dos horas, hasta que abrieron la reja.

Abrieron por fin la puerta de la garita y el carcelero, todavía con el peine en la mano, se dispuso a franquearle la salida. Salió al patio exterior con gozosa sensación de libertad y allá le esperaba un puñado de gentes a las que identificó como mensajeros y mandaderos de Marshalsea. Algunos habían esperado bajo la lluvia matinal y estaban cubiertos con sacos de papel. Todos llevaban cestos con panes, mantequilla, leche, huevos y otros comestibles. La miseria de aquellos servidores de la miseria era digna de verse. Ni en casa de un prendero hubieran podido verse trajes más raídos y gorros más mugrientos y deshilachados.

Uno de los miembros de aquella cofradía se acercó al señor Clennam para ofrecerle sus servicios y él le dio un mensaje confidencial para la pequeña Dorrit: el visitante de la noche anterior la esperaba en casa de su tío. Aquel tipo le dio la dirección del tío Frederick y le indicó también una cercana taberna donde le fue posible tomar un café. Dio media corona al individuo que fue a cumplir su encargo mientras él se dirigía a casa del viejo músico.

Fue el propio viejo quien le abrió la puerta mientras Arthur contemplaba las inscripciones que en la pared habían trazado los discípulos del viejo. ¡Ah! -exclamó éste al ver al señor Clennam-. ¿Se ha quedado encerrado?

-Sí, señor Dorrit. Espero que su sobrina acuda dentro de unos instantes.

-Claro, la presencia de mi hermano les hubiera cohibido. Es natural. ¿Quiere subir a esperarla?

-Gracias.

Volviéndose con lentitud el viejo subió por la escalera para enseñarle el camino. La casa parecía falta de aire y los olores que se respiraban eran fétidos. Entraron en una buhardilla que no era otra cosa que un aposento malsano, con una cama recién hecha y un desayuno humeando encima de una desvencijada mesa. El viejo se sentó sin gastar cumplidos y puso a calentar su mano en el fuego.

-¿Qué le pareció mi hermano? -preguntó a su visitante. Arthur quedó bastante confuso con aquella pregunta: -Me alegró encontrarle en tan buen aspecto y tan satisfecho.

-¡Ah! -murmuró el viejo-. Satisfecho... sí, sí... ¿Y qué piensa usted de Amy?

-Estoy muy impresionado por cuanto vi y oí referente a ella.

-Mi hermano estaría perdido sin Amy. En realidad, todos lo estaríamos sin ella. Es una excelente muchacha que cumple a la perfección su labor.

El señor Clennam creyó percibir en aquellas palabras una nota secreta de entusiasmo, al igual que en las alabanzas hechas por el otro hermano la noche anterior. El viejo continuó desayunando sin prestar atención a su visitante. Era Amy, según dijo. Bajó seguidamente a abrirle la puerta.

Amy entró detrás del viejo, con su sencillo vestido de costumbre y con el mismo aire tímido de siempre.

-El señor Clennam te espera hace rato, Amy -anunció el viejo.

-Me tomé esa libertad... ¿Va a casa de mi madre hoy? Supongo que no porque es más tarde que de costumbre.

-No. Hoy no me necesitan.

-¿Me permite que la acompañe un poco en su camino? Así podríamos hablar sin retenerla aquí ni abusar de la hospitalidad de su tío.

Aquello pareció turbarla un poco pero accedió. Una vez en la calle, el señor Clennam ofreció su brazo a la pequeña Dorrit.

-¿Quiere que pasemos por el puente colgante?

Al señor Clennam le parecía tan joven su acompañante que varias veces se vio precisado a tener cuidado para no tratarla como a una niña.

- Quizá por su parte, él parecía más viejo a quien encontraba tan joven.

-Siento mucho que anoche le encerraran -dijo con timidez la muchacha-. Fue una verdadera desgracia.

-No tiene importancia. Conseguí una buena cama. Pero permítame que vuelva a nuestra conversación de ayer. Le pregunté cómo conoció a mi madre. ¿Había oído su nombre alguna vez antes de conocerla?

-No, señor.

-¿Y su padre?

-Tampoco.

Arthur leyó tanta sorpresa en los ojos de la muchacha cuando sus miradas se encontraron que se creyó en el deber de añadir:

-Tengo mis motivos para hacerle estas preguntas, aunque en este momento no me sea posible explicarlos. Sobre todo, le suplico que no piense un solo instante en que puedan causarle alguna molestia. Todo lo contrario.

Llegaron al puente, tan silencioso, sobre todo por contraste, después de haber pasado por las calles tumultuosas.

-Me habló usted con tanta amabilidad -le dijo la muchacha a Arthur- que sobre todo después de lo generoso que había sido con mi padre, no me fue posible desoír su recado. De todas maneras, hubiera venido aunque sólo fuera para darle las gracias. Pero también porque quisiera decirle...

La muchacha vaciló, temblorosa. Sus ojos se anegaron en lágrimas que no llegaron a deslizarse mejillas abajo. -¿Decirme...?

-Que no juzgue mal a mi padre. No le considere como si estuviera al otro lado de las rejas. ¡Hace tanto tiempo que está encerrado!

-Créame que nunca pensé juzgarle con dureza.

-No es que tenga que avergonzarse de nada ni tampoco tengo motivos para sonrojarme por él. Sólo necesita ser comprendido. Lo único que pido es que sea suficientemente justo para recordar la historia de su vida. Los reclusos nuevos le respetan grandemente y su compañía es más solicitada que la de ningún detenido, incluida la del carcelero.

-¿Tiene su padre muchos acreedores? -preguntó Arthur de pronto.

-¡Oh, sí! ¡Muchos!

-¿Sabe cuál de ellos es el más influyente?

Tras permanecer pensativa unos instantes, la pequeña Dorrit recordó haber oído hablar de un cierto Tite Barnacle, que vivía en Grosvenor Square o muy cerca de allá. Ocupaba un alto cargo. Arthur pensó que nada se perdería si le visitaba. Amy pareció adivinar su pensamiento pues añadió al instante:

-Muchas personas intentaron sacar a mi padre, pero resultó imposible. Además, aunque se consiguiera librarle de la cárcel, ¿dónde iría a vivir? Para él sería un gran dolor enterarse de que trabajo para ganar algún dinero.

Arthur preguntó a continuación:

-¿Le gustaría ver a su hermano en libertad?

-¡Sí! ¡Me gustaría mucho!

-Confiemos en que pueda hacer algo por él. Anoche me habló usted de un buen amigo... ¿quién es?

-Se llama Plornish.

La muchacha le indicó seguidamente dónde vivía Plornish y, mientras andabas, se escucharon unos gritos que decían: -¡Madrecita! ¡Madrecita!

-¿Quién es? -preguntó Arthur.

-Una pobre muchacha subnormal, nieta de mi nodriza. Le he enseñado a leer y escribir. Es como una niña...

Maggy, que así se llamaba la muchacha, tendría unos veintiocho años, los ojos grandes y ni un solo cabello en la cabeza. Sus ojos eran transparentes, casi incoloros, sin que la luz del día pareciera afectarles. Mantenían una inmovilidad anormal.

-Su historia es muy triste -dijo la pequeña Dorrit-. Cuando Maggy tenía diez años padeció un ataque de fiebres malignas y desde entonces está así. Su cuerpo se ha desarrollado pero su mente sigue en la infancia. Cuando salió del hospital en precarias condiciones, su abuela, más dada a la bebida que a otra cosa, no supo qué hacer de la infeliz. Gracias a su propia perseverancia aprendió a leer y escribir y hacer los recados que le encargan. De esa manera ha conseguido hacerse a sí misma.

Arthur Clennam habría adivinado fácilmente lo que faltaba en el relato aunque no hubiera oído el nombre de «madrecita» dado por la muchacha y aunque no hubiera visto la mano de Maggy acariciando la de su protectora al tiempo que unas grandes lágrimas brotaban de sus ojos sin color.

CAPITULO IV

El Negociado de Circunlocuciones es el departamento más importante del Gobierno. Es absolutamente imposible hacer el menor bien, o reparar cualquier daño, sin la expresa autorización de ese Negociado, en el que se pierden innumerables personas. El citado Ministerio se convirtió en tal cuna de estadistas, que varios solemnes lores adquirieron fama de muy activos, gracias a haber practicado en el Negociado de Circunlocuciones el «cómo no hacer algo», que parece ser el objeto de todos los departamentos ministeriales y de todos los políticos.

La familia Barnacle había ayudado por cierto tiempo a administrar tan famoso Negociado. La rama de Tite Barnacle se creía incluso con ciertos derechos a ese respecto y tomaba muy a mal si otra familia trataba de introducirse.

El señor Barnacle que, en la época en cuestión, estaba encargado de preparar y atiborrar de informes al estadista jefe del Negociado de Circunlocuciones, tenía más sangre de ilustre en sus venas que dinero en los bolsillos. Como Barnacle que era, disponía de un cargo cómodo y bien remunerado. Y siempre como Barnacle había colocado a su hijo Barnacle Junior en calidad de empleado en el Negociado.

Era aquélla la quinta vez que el señor Arthur Clennam se presentaba en el despacho del señor Tite Barnacle. En esta ocasión no le dijeron que el señor Barnacle estaba ocupado, como le dijeron las precedentes, sino que se hallaba ausente. Sin embargo, Barnacle Junior le fue anunciado como una estrella visible en el horizonte. Expresó su deseo de hablar con él y le halló calentándose las corvas ante la chimenea del despacho de su padre.

El Barnacle presente, con la tarjeta de Clennam en la mano, tenía aspecto juvenil y un bigotillo muy sedoso. El vello que cubría su rostro imberbe hacía pensar en los plumones de un polluelo y al verle hubiérase dicho que de no calentarse, como lo estaba haciendo, podía morirse de frío. Tenía un espléndido monóculo colgándole del cuello, pero sus órbitas eran tan lisas y sus párpados tan débiles que nunca se le sostenía y continuamente se le caía produciendo un «clic» contra los botones del chaleco, que le sacaba de quicio.

-Sepa usted que mi padre no asomará la nariz por aquí en todo el día. ¿Puedo hacer algo por usted?

Con muchos gestos para colocar el monóculo en el ojo, después de muchas explicaciones y circunloquios, Barnacle Junior declaró que no sabía nada del asunto Dorrit, pero ofreció la brillante solución de que el señor Clennam se dignara visitar a su padre, postrado por un ataque de gota en su casa, en el 24 de Mews-Street, en Grosvenor Square.

Arthur Clennam llegó a una casa estrujada, con fachada ruinosa, oscuras ventanas y un jardín parecido al forro de un bolsillo del chaleco.

El señor Tite Barnacle se dignó recibir al señor Clennamen el salón, con un pie sobre el escabel, siendo la digna representación del arte de «cómo no hacer nada». Después de cambiadas las salutaciones de rigor, el señor Clennam pasó a exponer el asunto que le llevaba hasta allí.

-Permítame hacerle observar que he residido mucho tiempo en China y que no tengo ningún motivo de interés personal en este asunto. ,

Barnacle tamborileó con los dedos en la mesa, mientras Clennam proseguía:

-He conocido a un hombre llamado Dorrit, encerrado por deudas en Marshalsea y deseo ser puesto al corriente acerca de sus asuntos, por si puedo mejorar su situación. El nombre de Tite Barnacle me ha sido designado como el del acreedor más influyente. ¿Es ello exacto?

Siguiendo un principio del Negociado de Circunlocuciones de no dar nunca una respuesta concreta, Barnacle respondió: -Posiblemente.

-¿Como representante de la corona o como particular?

-Es posible que el Negociado de Circunlocuciones recomendara... ello es posible, fíjese que no afirmo nada, tal vez se aconsejó un pleito contra una firma insolvente y el Negociado redactó o confirmó tal recomendación.

-Supongo que ése es el caso. ¿Me permite preguntarle cómo puedo obtener informes oficiales acerca del caso?

-Ese es un derecho de cualquier miembro del... público -y Barnacle recargó la última palabra como si se tratara de un enemigo personal-. Puede elevar una instancia al Negociado de Circunlocuciones, donde podrán indicarle las formalidades necesarias a tal efecto.

No pudiendo obtener más detalles, el señor Clennam volvió al Ministerio y visitó nuevamente a Barnacle Junior, quien, a su vez, le mandó a la Secretaría. Allí tampoco sabían nada de aquel asunto y fue enviado al despacho del señor Clive, segunda puerta a la derecha. El señor Clennam encontró allí cuatro empleados: el número uno no tenía gran cosa que hacer, el número dos estaba cruzado de brazos y el número tres miraba por la ventana bostezando en forma estruendosa.

Clennam expuso su demanda al número uno, que le envió al número dos, éste al tres y finalmente fue a parar al número cuatro.

El número cuatro era un joven de buena presencia, vivaz, bien vestido y de aspecto agradable. Pertenecía a la familia Barnacle, pero a una de las ramas más enérgicas. Enterado del asunto, respondió con desparpajo:

-Lo mejor que podría usted hacer sería olvidarse y no ocuparse más de ello.

Aquélla era una forma nueva de acoger el asunto que dejó a Clennam perplejo.

-Puede hacerlo si usted lo desea. Le daré un montón de formulares para que los llene, pero dudo que saque nada en claro -afirmó el número cuatro.

-¿Tan inútil será toda gestión? Perdone que insista, pero soy forastero.

-No digo que sea inútil -replicó el número cuatro sonriente-. No expreso mi opinión sobre este asunto sino sobre usted. No creo que llegue hasta el final. No tendrá paciencia para ello. Supongo que debe tratarse de algún quebrantamiento de contrato, ¿no?

-Lo ignoro.

-Bueno. Eso ya puede averiguarlo. Después trate de saber con qué Negociado era la contrata y allí lo encontrará todo. Llévese unos cuantos formulares... ¡Facilitadle todos los formulares que quiera a este caballero!

Después de dar esta orden, el chispeante joven Barnacle sedespidió del señor Clennam que, cargado con los formularios, abandonó el Ministerio con aire sombrío.

Había llegado a la puerta de la calle y esperaba que salieran dos personas que tenía delante, cuando la voz de una de ellas le pareció conocida. Levantó la vista y reconoció a Meagles. Tenía éste el rostro congestionado y manteniendo cogido por el pescuezo a un hombrecillo que estaba a su lado, le decía:

-¡Salga, pillastre! ¡Salga!

Constituía aquélla una escena tan inesperada que Clennam quedó quieto durante unos

minutos, saliendo después en seguimiento de su antiguo compañero de viaje. En cuanto le alcanzó, le tocó en la espalda y se saludaron amistosamente. A instancias del señor Meagles siguió con él, sin dejar de observar al hombrecillo que no tenía trazas de ratero ni de reñidor. Era un hombre tranquilo y parecía estar abatido, pero no avergonzado o arrepentido. Entre palabras sin sentido le pareció entender que aquel hombre se llamaba Daniel Doyce y que era inventor o algo por el estilo. Aquello era lo que le reprochaba Meagles como si fuera un delito, o más bien, el hecho de ser un inventor y haberse dirigido al Gobierno.

Arthur les observaba a los dos sin acabar de comprender el motivo que les unía, hasta que unas palabras de gratitud de Doyce dirigidas a Meagles le dieron la clave: Meagles le protegía y se desesperaba porque el inventor había acudido al Gobierno.

El sofoco de Meagles parecía estar concluyendo y, ya más sereno, preguntó:

-¿A dónde piensas ir, Dan?

-Al taller.

-Pues vamos al taller -replicó Meagles-. Al señor Clennam no le molestará aunque se encuentre en el Corral del Corazón Sangrante, ¿verdad?

-Precisamente allí iba yo -replicó Arthur.

-Tanto mejor -exclamó Meagles, cogiéndole del brazo-. ¡En marcha!

* * *

Un sombrío atardecer cerníase sobre el río Saona. La vasta planicie alrededor de Chalons se extendía pesadamente, ornada a trechos por una hilera de decrépitos álamos. Todo era húmedo, deprimente, solitario, y la noche cerraba con rapidez. Un hombre avanzando lentamente hacia Chalons era la única figura animada del paisaje. Con una mochila de piel de oveja a la espalda, un bastón en la mano, cubierto de fango, los pies llagados, con las botas bajo el brazo, la capa y el traje empapados de humedad, el cabello y la barba hirsutos, avanzaba cojeando, lanzando miradas a su alrededor en las que se reflejaban temor y tristeza. A veces se detenía para mirar atrás, pero, volvía a ponerse en marcha renqueando y rezongando.

No tardó mucho en llegar a una posada en cuya puerta se veía un letrero: «El Amanecer». El viajero dio vuelta a la aldaba y entró cojeando en la fonda, mientras se quitaba el descolorido sombrero para saludar a los pocos hombres que ocupaban la estancia. Dirigióse a una mesa libre, en un rincón, detrás de la estufa, y dejó en el suelo la mochila y la capa. Al levantar la cabeza vio a la dueña de la hostería.

-¿Hay alojamiento para esta noche, señora? ¿Puedo cenar? -Desde luego -contestó la posadera con voz aguda. -Entonces, señora, haga el favor de traerme algo para comer, tan deprisa como pueda. Y vino, en seguida. Estoy rendido.

Le trajeron una botella, y llenó y vació su vaso dos veces seguidas. Luego, apoyó la espalda contra la pared y empezó a mordisquear el pan que habían dejado encima de la mesa mientras le traían la cena.

Los hombres, que habían suspendido sus conversaciones para mirar al recién llegado, volvían a charlar de nuevo.

-Por eso dicen que el diablo anda suelto -dijo .uno de ellos, rematando así lo que había estado contando.

La patrona, después de encargar el cuidado del nuevo huésped a su marido, que tenía a su cargo la cocina, volvió a coger la labor de ganchillo que había abandonado y se mezcló en la conversación.

-¡Ah, vaya! -comentó-. Por eso cuando llegó la lancha de Lyon y los pasajeros dijeron que el diablo andaba suelto por Marsella, algunos papamoscas se lo creyeron. Pero yo no, ¡qué va!

-Usted siempre acierta, señora -replicó el que había estado hablando antes, un suizo corpulento-. Me parece que usted sentía odio por aquel individuo.

-Desde luego -replicó la posadera, moviendo la cabeza-. Un pésimo sujeto. Un malvado que se merecía de sobra lo que ha tenido la suerte de evitar. ¡Qué lástima!

El suizo trató de excusar a aquel hombre de quien hablaba con tanta pasión la posadera y el forastero escuchó lo que estaba diciendo, mientras empezaba a engullir la cena que la hostelera colocaba ante él, sin dejar por ello de responder al suizo.

-¡Bah! -le decía-. Ya usted con sus filosofías. Me gustaría verle a merced de uno de esos tipos, armado solamente con su filosofía. Y sino, vea, desde que ese hombre anda libre, los marselleses dicen que el diablo anda suelto.

-Paparruchas -replicó el suizo.

-¿Cómo se llama? Biraud, ¿no? -preguntó la hostelera.

-Rigaud, señora -corrigió el suizo.

La sopa del viajero fue seguida de un plato de carne y éste por uno de verduras. Comió cuanto le pusieron delante y vació la botella de vino, se hizo servir ron con café y fumó un cigarrillo. A medida que se iba olvidando de su fatiga se sentía más a gusto y acabó por mezclarse en la conversación, con aire de condescendiente protección, como si fuera de condición muy superior a la que proclamaba su traje. Pidió unas aclaraciones respecto a aquel peligroso criminal llamado Rigaud y confirmó a la posadera en su idea de que se trataba de un aristócrata empobrecido, al decir:

-Todos los hombres deberían vivir en perfecta armonía con sus esposas.

Luego, dando por concluida su intervención en la charla, pidió que le enseñaran su habitación. El marido de la hostelera se apresuró a acompañarle mientras le explicaba que había un viajero en el cuarto, un hombre que se había acostado muy temprano, rendido de cansancio..., pero que el aposento era muy espacioso y había dos camas, a pesar de que podían dormir allí veinte personas. El hostelero le indicó el lecho de la derecha y le dejó la vela, marchándose después, no sin antes lanzar una mirada de reojo al huésped, decidiendo para sí que aquel hombre tenía muy mala catadura.

El huésped miró despectivamente las limpias pero bastas ropas de la cama y, después de contar el dinero que le restaba, musitó:

-Es preciso comer y mañana voy a tener que hacerlo a costa de alguien.

Mientras meditaba acerca de su situación, la inspiración del otro viajero le llegaba con tanta regularidad que atrajo su mirada. Se acercó unos pasos y lo contempló con detenimiento.

-¡Por todos los diablos! -exclamó para sí-. Pero si es Cavalletto.

El italiano, influido acaso por aquella presencia, suspiró profundamente y abrió los ojos. Durante unos segundos miró plácidamente a su compañero de cárcel y luego, de repente, saltó del lecho con un grito de alarma.

-¡Silencio! ¿Qué te pasa? -le preguntó el otro, sorprendido-. Soy yo. ¿No me reconoces?

Pero Juan Bautista, balbuceando invocaciones y jaculatorias se retiró temblando a un rincón. Púsose los pantalones y se ató las mangas de su chaqueta alrededor del cuello, manifestando un profundo deseo de escapar antes que renovar su trato con aquel individuo. Su antiguo compañero colocó las espaldas punto a la puerta y exclamó:

-¡Despierta, Cavalletto! Frota tus ojos y mírame... Soy..., bueno, aquel nombre ya no me sirve. Ahora me llamo Lagnier. Dame la mano. Dásela al caballero Lagnier. Da la mano a un gentilhombre.

Juan Bautista le miró con fijeza y todavía no muy seguro sobre sus piernas, sometiéndose al tono su condescendiente autoridad, avanzó unos pasos poniendo su mano en la del otro. Lagnier rió y después de estrecharla con fuerza la soltó.

-Entonces..., ¿no? -preguntó Juan Bautista.,

-No. No me «afeitaron». Ya lo ves -e hizo girar la cabeza-. Está tan firme como la tuya. Y ahora que ya estás más tranquilo, vuelve a ocupar tu antiguo puesto...

Juan Bautista, con cara de cualquier cosa, menos de tranquilizado, se sentó en el suelo

sin apartar la vista de su compañero.

-Bien. Cualquiera diría que volvemos a estar en aquella vocacha -murmuró .Lagnier-. ¿Cuándo saliste?

-Dos días después que usted, amo.

-¿Cómo viniste a parar aquí?

-Me aconsejaron que no me quedara en Marsella.

-¿Dónde vas?

-¡Por Baco! -exclamó como si se viera forzado a una confesión-. A veces he estado tentado de ir a París y quizás a Inglaterra.

-Voy a hacerte una confidencia, Cavalletto. Yo también voy a París y quizás a Inglaterra. Iremos juntos. Ya verás lo pronto que me haré reconocer como caballero. Tú te aprovecharás de ello. Pero antes te conviene mostrarte servicial con tu protector. Extiende mi abrigo en la puerta para que se seque. Y mientras me acuesto te contaré cómo es el caso que tienes ante ti a Lagnier. Recuerda que es a Largnier y no a otro.

Cavalletto obedeció sus órdenes a medida que se las dictaban.

-Desde que nos vimos la sociedad me ha perjudicado mucho -explicó Lagnier-. Me han abucheado por las calles. Me han encerrado en la cárcel para protegerme contra los hombres y en especial contra las mujeres. Tuve que salir de Marsella, de noche, en un carro de paja. No pude acudir a mi casa. Y casi sin dinero tuve que caminar con los pies destrozados. Esas son las humillaciones que me ha infligido la sociedad. ¡Pero yo te aseguro que me las pagarán!

Dijo todo esto a media voz, casi al oído de su compañero.

-¡Ahora regocíjate! El destino ha puesto los dados en el mismo cubilete y tú serás el primero en beneficiarte de ello... Necesito un largo reposo. Déjame dormir y no me despiertes por la mañana.

Pero al día siguiente, Cavalletto se preocupó de despertar a su compañero y puso pies en polvorosa en cuanto tuvo ocasión de hacerlo, sin otra preocupación al parecer que escapar a su protector.

CAPITULO V

El llamado Corral del Corazón Sangrante estaba enclavado en el antiguo Londres, en la vieja carretera rural que conducía a un suburbio donde en tiempos de Shakespeare estaban situados los reales pabellones de caza. El aspecto del lugar había variado notoriamente: gente de muy humilde condición está aposentada allá, entre viviendas que apenas tenían de tales más que el nombre.

Allá llegaron Daniel Doyce, el señor Meagles y Clennam, cruzando el patio bordeado de puertas y lleno de harrapiezos, hasta alcanzar el extremo opuesto. Es decir, la salida. Arthur Clennam se detuvo para buscar el domicilio de Plornish, estucador, cuyo nombre, según la habitual costumbre londinense entre vecinos, escuchaba Daniel Doyce por vez primera.

Al separarse de sus compañeros después de haber quedado citado con Meagles, logró dar con la casa de Plornish. Le recibió la señora con un niño en los brazos y le comunicó que su marido estaba ausente, pero que no tardaría en volver. En efecto, no tardó en regresar. Era un hombre de una treintena de años con las mejillas lisas y coloradas y con barba rubia.

-He venido -dijo Clennam, poniéndose en pie- para pedirle que sostenga conmigo una conversación acerca de la familia Dorrit.

Plornish le miró con aire suspicaz.

-Ah, sí. No sé qué quiere que le diga. Es decir, ¿qué desea usted saber?

-Conozco su excelente conducta por las referencias que me ha dado de usted la pequeña

Dorrit..., quiero decir -y se corrigió- por la señorita Dorrit.

-Usted debe ser entonces el señor Clennam, ¿no? Yo también estuve encerrado allí y así fue como conocí a la señorita Dorrit.

-Perdone; dígame: ¿cómo presentó usted la joven a mi madre?

El señor Plornish arrancó una mota de yeso de sus gruesas patillas, pero viéndose imposibilitado para responder, encargó a su mujer hacerlo.

-Sally, tú podrías explicarle cómo fue, mujer.

-La señorita Dorrit -respondió Sally, meciendo a su hijo en los brazos- vino una tarde con un papel escrito diciendo que quería trabajo de costurera y preguntó si teníamos inconveniente en que diese nuestra dirección. Naturalmente, tanto mi marido como yo le dijimos que no había ningún inconveniente y mientras ella lo anotaba en un papel yo le dije: «Señorita Dorrit, ¿por qué no hace varias copias para ponerlas en arios sitios?» Ella encontró acertada la idea y sobre esta misma mesa sacó las copias y Plornish las llevó donde trabajaba, pues entonces tenía precisamente trabajo y las llevó también al propietario del Corral, por cuya mediación la señora Clennam había empleado a la señorita Dorrit.¿Y el propietario del Corral es...?

-Se llama Casby, señor. Ese es su nombre -dijo Plornish-. Panks es el que pasa a cobrar.

Arthur quedó pensativo unos instantes. Se sentía satisfecho porque aquel señor Casby era un antiguo conocido. Hizo entonces partícipe al señor Plornish del motivo de su visita: servirse de Plornish para obtener la libertad de Tip, pero de manera que el detenido no perdiera la confianza en sí mismo si es que no la había perdido ya. Como Plornish conocía los hechos por boca del mismo demandante y creía que con diez chelines por libra lo arreglaría todo, Clennam aceptó. Los dos tomaron un coche y un cuarto de hora más tarde quedaba el asunto zanjado.

-Confío, señor Plornish, que guardaréis el secreto de mi intervención. Decidle al muchacho que está en libertad y que cierta persona cuyo nombre no estáis autorizado a revelar saldó su deuda. De esta manera no sólo me prestaréis un servicio a mí, sino también a él y su hermana.

-Esto último será suficiente. Se hará como deseéis.

-Y si dado vuestro conocimiento de la familia Dorrit podéis comunicarme el medio de serle útil a la pequeña Dorrit sin ofenderla, me consideraré muy obligado hacia usted.

-No habléis de eso, caballero, por favor. Para mí será un gran placer y una...

Después de varias tentativas, Plornish no consiguió concluir la frase y prudentemente abandonó la idea de hacerlo. Cogió la tarjeta del señor Clennam y aceptó también una gratificación. Como sentía verdaderos deseos de comunicar la noticia a Amy, Arthur lo llevó en coche hasta Marshalsea.

El nombre de Casby reavivó en la memoria de Clennam la curiosidad sobre la que sintió ya un influjo por las palabras de la señora Flintwinch la noche de su llegada. Flora Casby había sido la amada de su juventud y habría sido su esposa de no haberle condenado a marchar a China. Flora era hija única del viejo Christopher, a quien apodaban «Cabeza Dura». Era un rico propietario de casas de vecindad que alquilaba por semanas y, según las malas lenguas, capaz de sacar sangre de las piedras para alimentar su vida.

Tras varios meses de búsqueda y averiguaciones, Clennam se convenció de que el caso del padre de Marshalsea era insoluble y abandonó la idea de devolverle la libertad. Tampoco podía hacer nada por la pequeña Dorrit, pero consideró que tal vez podría resultar provechoso para la muchacha que él reanudara la amistad con los Casby. Así fue como un día se encontró ante la puerta de la casa donde ellos habitaban.

Llamó con una aldaba de latón de forma anticuada y abrió la puerta una doncella que le franqueó el paso a la mansión, que aparecía silenciosa y hermética.

Había tan sólo una persona junto a la chimenea del salón en el que le introdujo la doncella. Era tal el silencio que pudo oír el tic-tac de su reloj. La sirvienta le anunció en voz tan baja que apenas resultó audible:

-El señor Clennam...

El visitante se quedó contemplando al anciano. El viejo Christopher Casby había cambiado en veinte años tan poco como el mobiliario de su aposento. Mucha gente le daba el tratamiento de patriarca y algunas ancianas damas de la vecindad habían llegado a denominarle el último de los patriarcas.

Arthur hizo un movimiento para atraer su atención.

-Perdón -dijo-. Temo que no haya oído mi nombre.

-En efecto. ¿Qué desea?

Clennam aprovechó la pregunta para darse a conocer. Seguidamente, los dos hombres comenzaron a conversar sobre sus recuerdos de otros tiempos.

-Hubo una época en que vuestro padre y yo vivíamos en buena inteligencia. Surgió luego un malentendido, acaso por el orgullo de su madre respecto a usted. Pero ese tiempo ya pasó. Ahora, de vez en cuando, me permito visitar a su señora madre para admirar el valor y el espíritu con que ha sabido sobreponerse a pruebas tan duras. Sí, sí... a muy duras pruebas.

-He oído decir que en una de sus visitas tuvo la bondad de recomendar a la pequeña Dorrit a mi madre.

-¿La pequeña Dorrit? ¡Ah, sí! La costurera que me recomendó uno de mis inquilinos... Sí, sí... Dorrit es el nombre.

Arthur se dio cuenta de que por aquel camino no iría a parte alguna. El señor Casby pasó a explicarle que su hija Flora se había casado, como era natural, pero que había tenido la desgracia de perder al marido al cabo de unos meses de matrimonio. Volvió entonces a vivir con su padre. Si él deseaba verla, ella estaría con toda seguridad encantada de poder hacerlo.

-Ciertamente -replicó Clennam-. Yo mismo os lo hubiera pedido si vuestra amabilidad no se hubiera adelantado.

Casby se puso en pie y con paso lento y pesado se dirigió a la puerta. Apenas había dejado el salón cuando una mano nerviosa descorrió el cerrojo de la puerta principal e irrumpió en el salón un hombre de talla breve y aspecto hosco. Sólo se detuvo ante Arthur.

-¿Dónde está el señor Casby? -preguntó.

-Volverá dentro de un momento si desea verle.

-Deseo verle, efectivamente. ¿Y usted?

La pregunta obligó a Clennam a dar unas explicaciones que el recién llegado escuchó con el aliento contenido. Iba vestido de negro y tenía unos ojos negros como el azabache. Tenía las manos sucias y sus uñas estaban rotas como si hubiera salido de una carbonera. Estaba empapado en sudor y jadeaba.

Cuando Arthur hubo concluido, dijo tan sólo:

-Si pregunta por Panks, ¿tendrá la amabilidad de decirle que acabo de llegar?

Y dando un bufido salió seguidamente por la otra puerta.

Antes de marchar a China, Clennam había oído a mucha gente poner en duda la bondad del señor Casby, que sólo tenía el aspecto de patriarca. Una vez visto Panks, Clennam estaba dispuesto a creer que el último de los patriarcas era un hombre sin iniciativas que se dejaba guiar por Panks.

El retorno del señor Casby y su Flora pusieron término a sus meditaciones. Tan pronto como la mirada de Arthur se posó en el objeto de su antiguo amor, experimentó la sensación de que éste moría y caía destrozado a sus pies.

Flora seguía igual de alta, pero había perdido su esbeltez de antes. Lo peor era que ella no se daba cuenta de su transformación y deseaba seguir tan mimada y candorosa como antes.

-¡Me da vergüenza ver al señor Clennam! -gorjeó Flora-. Me da vergüenza ver al señor Clennam porque me encontrará terriblemente cambiada. ¡Soy un vejestorio!

Arthur trató de calmarla, asegurándole que estaba tal como había supuesto encontrarla. Aseguró que el tiempo había pasado también sobre él. Y entre las protestas de Flora acerca su belleza o fealdad pasó el tiempo. El señor Casby le invitó a cenar y él se sintió incapaz de rehusar ante la mirada de Flora.

Panks se sentó también con ellos a la mesa. A las seis menos cuarto, se vio obligado a acudir en socorro del señor Casby, que navegaba perdido en un mar de desacertadas explicaciones sobre lo que era el Corral del Corazón Sangrante. Panks precisó que era una propiedad que daba infinidad de disgustos a su propietario que no conseguía cobrar los alquileres. Sus habitantes aseguraban que eran pobres. ¿Pero quién podía saberlo? Y si eran pobres, efectivamente, no tenía que achacarse al patriarca. El mismo sería pobre si no cobrara sus alquileres.

Al levantarse de la mesa, Arthur previó que Panks saldría disparado. Como no estaba dispuesto a soportar más las miradas y los guiños de Flora, le preguntó intencionadamente qué camino iba a seguir.

-Voy hacia la City -le respondió el hombrecillo. -¿Me permite que vayamos juntos?

-Con mucho gusto -respondió Panks.

Arthur salió descorazonado. Cuando el aire fresco disipó la turbación de sus ideas, se encontró con que Panks se roía las uñas y no dejaba de resoplar.

De pronto se detuvo y le dijo a su acompañante: -Le dejo. Esa es la calle donde voy. Buenas noches. -Buenas noches -le dijo Clennam.

Acababan de atravesar Smithfield y Arthur se encontró a solas en la esquina de Barbican. No tenía ninguna intención de dirigirse al sombrío aposento de su madre y se sintió por completo descorazonado. Descendió lentamente por Aldersgate Street y se encontraba ante la iglesia de San Pablo cuando un grupo de gente se cruzó en su camino. Al acercarse comprobó que la gente estaba reunida en torno a algo que los dos hombres llevaban en unas improvisadas parihuelas. Era un hombre herido al que transportaban al hospital.

-Se trata de un extranjero que ha sido arrollado por una diligencia -le comentó alguien.

-¿No estará muerto, verdad?

Entre las palabras y comentarios, Clennam oyó una voz débil que pedía agua en francés y en italiano. Rogó entonces que le permitieran acercarse, pues había entendido el idioma del accidentado.

-Ante todo pide agua -dijo mirando a su alrededor mientras una docena de individuos se apresuraban a ir en su busca.

-¿Está herido, amigo? -preguntó luego en italiano al herido.

-Sí, señor... en la pierna.

-¿Es usted un viajero? Ahí está el agua... Beba.

Le hizo unas cuantas preguntas y se enteró de que aquel hombre procedía de Marsella. A la vista de ello, Arthur Clennam le acompañó hasta el hospital de San Bartolomé. Los médicos del hospital declararon que la fractura era grave y complicada pero que no sería necesario cortarle la pierna. Clennam esperó a que le hicieran la primera cura, ya que el pobre extranjero le suplicó que no le abandonara. Se quedó junto a la cama hasta que le vio dormirse y escribió entonces unas líneas en un papel.

Todo aquello le entretuvo largo rato y al salir del hospital daban las once. Como su habitación se encontraba en Covent Garden se dirigió allá por el camino más corto, es decir, por Snow Hill y Holborn. Al llegar a su residencia se sentó frente al fuego y pensó con melancolía en el camino recorrido hasta llegar al punto actual de su existencia. «¿Qué me queda ahora?», pensó.

La puerta de su habitación se abrió lentamente y se sobresaltó al oír unas palabras que parecían respuesta a su pregunta:

- La pequeña Dorrit.

* * *

Arthur Clennam se apresuró a ponerse de pie y vio a la muchacha en el umbral. Ella por

su parte paseó la mirada por la estancia, que le pareció vasta y bien amueblada.

El señor Clennam estaba ante ella, sonriendo agradablemente y con mirada inquisitiva. Ante aquella mirada, ella bajó los ojos.

-¡Por aquí a estas horas! ¡Si es medianoche!

-Por eso dije mi nombre al abrir la puerta. No quise que se extrañara al verme.

-¿Viene sola?

-No, señor. Me acompaña Maggy.

Al oír su nombre, Maggy apareció en la puerta con una sonrisa.

-No me perdono haber dejado apagar el fuego. ¡Y hace tanto frío!

Acercó el sillón a la chimenea e hizo sentar en él a la pequeña Dorrit. Luego echó varios leños y avivó el fuego.

-Quisiera contarle algo -dijo la muchacha.

-Habla lo que quieras.

-Mi hermano está en libertad y he venido a decirle que aunque no sepa quién es la persona que ha intercedido por él y nunca deba preguntarlo, no me dormiré ninguna noche sin rezar por él.

Clennam la interrumpió para decirle que lo que tenía que hacer su hermano era mostrarse digno de la libertad recobrada. Dicho esto, preguntó a la muchacha los motivos de que hubiera acudido a visitarle en hora tan tardía.

-Al pasar con Maggy vimos luz en su ventana y pensé que si estaba solo podría hablarle de tres cosas. Una ya se la he dicho. La segunda es que creo que la señora Clennam conoce mi secreto. Quiero decir, el lugar donde vivo.

-¿De veras? -preguntó Arthur con viveza-. ¿Por qué lo cree así?

-Me parece que el señor Flintwinch me ha seguido. Lo he encontrado un par de veces cerca de casa, siempre al anochecer. Aunque no me ha abordado, siempre me ha hecho un ligero saludo. ¿Tengo que confesarle la verdad a su madre?

-¿Ha variado el trato de ella?

-En absoluto. Sigue siendo la misma.

-En tal caso no haga nada. Ya hablaré yo con mi vieja amiga la señora Affery. Y ahora, acepte una ligera cena.

-Gracias, señor. No tengo apetito ni sed. Quizá Maggy tome algo.

-Luego le llenaremos el cestillo -dijo Arthur señalando a Maggy, que se había quedado dormida-. Pero antes de que despierte, tiene usted que decirme la otra cosa que le trae a estas horas. La tercera.

-Prométame que no se enfadará.

-Se lo prometo.

-Gracias. No crea que soy ingrata. ¿Piensa usted volver a ver a mi padre?

-Sí.

-¿Adivina usted acaso que voy a pedirle que no lo haga?

-Creo que sí, pero puedo equivocarme.

-No, no se equivoca -afirmó ella moviendo la cabeza-. Si estuviéramos tan apurados que no pudiéramos pasar sin su ayuda, yo misma vendría a pedírsela. Pero no le aliente a pedir. Haga como si no le entendiera. Deseo que mi padre aparezca a sus ojos mejor que ante los de nadie. Yo no puedo soportar la vergüenza de que usted le vea en estos momentos, los únicos, de degradación.

Aliviada de aquel peso terrible, la pequeña Dorrit empezó a preocuparse de la hora. Maggy, despierta ya y riendo al ir colocando frutas y pasteles en su cestillo, bebió una copa de vino y se dispuso a seguir a su «madrecita».

-¡Pero la cancela está cerrada! -opuso Clennam-. ¿A dónde irán?

-A casa de Maggy. Allí me cuidarán a las mil maravillas -replicó Amy.

A pesar de su insistencia por acompañarlas, no se lo consintieron y el señor Clennam tuvo que esperar a que hubieran doblado la esquina para seguirlas a distancia y no ofenderlas,

y al mismo tiempo para estar seguro de que la pequeña Dorrit quedaba a salvo en casa de su amiga. Cuando las vio llegar a la calle donde estaba Marshalsea, se detuvo considerando innecesario seguir adelante.

La pequeña Dorrit llamó varias veces a la puerta y viendo que nadie contestaba decidió esperar a que llegara el nuevo día, a pesar de que la noche era fría. Durante cinco horas y media anduvieron paseando y deteniéndose, escondiéndose a veces en los portales cuando veían una sombra de aspecto sospechoso.

Así estuvieron hasta que dieron las cinco en los relojes de los campanarios. En el cielo aún no lucía el día, pero en las calles ya empezaban a transitar coches carretas y obreros que iban al trabajo. El día sentíase ya en la fuerza del aire y en el siniestro expirar de la noche.

Volvieron a Marshalsea con intención de aguardar a que abrieran la puerta, pero el aire era tan frío que Amy prefirió caminar para que no se durmiera la somnolienta Maggy. Al pasar delante de la iglesia de San Jorge vieron al conserje o sacristán, que las hizo entrar, encendiendo un buen fuego en la sacristía. Incluso llevó su bondad a tal extremo aquel hombre que les proporcionó unos almohadones para que pudieran dar una cabezadita mientras esperaban la hora. Maggy se quedó dormida en seguida y la pequeña Dorrit no tardó en tomar el ejemplo de su amiga.

CAPITULO VI

Una tarde de invierno, al caer el sol, la señora Flintwinch, que se había sentido muy pesada durante todo el día mientras trabajaba, tuvo este sueño:

Creyó encontrarse en la cocina apartando el agua para el té y soñó que mientras estaba preguntándose que si la vida no era cosa más bien triste para ciertas personas, la asustó un súbito ruido que se produjo a sus espaldas. Creyó que la semana anterior aquel mismo ruido la había asustado, era un ruido de crujidos, golpes, pasos, mientras un temblor la dominaba corno si los pasos conmovieran el suelo. Affery pensó que corrió escaleras arriba a fin de estar cerca de alguna persona viva y que entonces llegó al zaguán, yendo luego hasta donde estaban la señora Clennam hablando con su marido. Con los zapatos en la mano se acercó para no hacer ruido y poderles oír.

-¡Nada de tonterías conmigo! -decía Jeremiah-. Por ahí no paso.

-¿Qué he hecho yo? ¿A qué viene esta ira? -preguntó la señora Clennam.

-Soltarme una reprimenda. ¿Le parece poco?

-Le amonesté por ser excesivamente explícito con Arthur esta mañana. Tengo derecho a quejarme de ello como un abuso de confianza. Sé que no lo hizo adrede, pero...

-¿Quiere saber por qué lo hice? Por que antes de que usted cogiera su parte debió tomar la del padre de Arthur. ¡El padre de Arthur! Nunca le tuve en gran aprecio. Serví a su tío en esta misma casa cuando el padre de Arthur era más pobre que yo mismo. El se moría de hambre en el salón y yo en la cocina; ésa era toda la diferencia. No le tuve gran afecto, era demasiado vacilante para mi gusto, y cuando la trajo a usted aquí, a la esposa que su padre había elegido, no tuve la necesidad de mirarla mucho para saber quién iba a mandar. Desde entonces se ha mantenido firme. Siga haciéndolo, No se apoye en los muertos.

-Yo no me apoyo en los muertos, como usted dice.

-Pero se proponía hacerlo y por eso me ha reprendido. Para que yo me sometiera, pero yo no lo haré. Tal vez cosas de mi carácter... No puedo dejar que nadie se salga con la suya. Usted es una mujer resuelta y lista y, sin embargo, yo no cederé ante su voluntad.

Tal fuera aquello el origen de la comprensión que existía entre los dos. Quizás al descubrir en Flintwinch un carácter tan enérgico como el suyo, la señora Clennam le consideró digno de ser su aliado.

-Ya hemos hablado excesivamente de este tema.

-¡Pues no vuelva a reprenderme o volveremos a hablar!

La señora Jeremiah soñó que su dueño y señor se puso a pasear arriba y abajo de la habitación, hasta que la señora Clennam volvió a hablar:

-Haga el favor de encender la vela. Pronto será la hora de tomar el té y la pequeña Dorrit no puede tardar.

-¿Qué piensa hacer con la pequeña Dorrit? ¿Trabajará aquí eternamente? ¿Vendrá siempre a tomar el té por los siglos de los siglos?

-Mientras sea tan aseada y trabajadora y necesite la ayuda que puedo proporcionarle... y que se merece, seguirá viniendo.

-¿Sabe usted dónde vive? -le preguntó Flintwinch mirándola fijamente.

-No me importa. Si hubiera querido saberlo se lo hubiera preguntado a ella.

-Entonces, ¿no le importa saberlo?

-No.

-Es que yo..., casualmente lo he descubierto -dijo Jeremiah lanzando un suspiro.

-Tanto mejor para usted. Si ella me lo ha mantenido en secreto, haga usted lo mismo. Deje que la pequeña Dorrit salga y entre sin vigilarla, ni hacerle preguntas. Quiero disfrutar de los pocos consuelos de que dispongo.

Entonces se oyó el ruido de ruedas sobre el suelo y una mano impaciente agitó la campanilla de Affery.

La señora Jeremiah se precipitó a la cocina y sentándose ante el fuego adoptó una postura de absoluta inmovilidad. Por fin Flintwinch, viendo que su esposa no respondía a las llamadas insistentes de la campanilla, bajó resoplando al zaguán sin dejar de gritar:

-¡Affery, mujer...!

-¡Oh, Jeremiah!... -exclamó ella, despertando-. ¡Qué susto me has dado!

Pero cuando quiso contar a su esposo sus terrores y sus sueños, Jeremiah le aseguró que si seguía soñando y no se preocupaba de tomar el té a la hora debida, le daría algo que le quitaría todas aquellas cosas de la cabeza.

La pequeña Dorrit llegó en el preciso momento en que

Affery acababa de preparar el té. La señora Jeremiah vio cómo la muchacha se quitaba el gorro y la capa en el zaguán, mientras Flintwinch se frotaba la barbilla y contemplaba en silencio a la muchacha. Affery esperaba que un momento a otro iba a suceder algo terrible.

Después del té otro aldabonazo anunció a Arthur. Affery bajó a abrirle, pero a las preguntas del señor Clennam respondió asustada:

-¡Por amor de Dios, Arthur! No me pregunte nada. Estoy muerta de miedo. No sé nada de nada. No distingo las cosas reales de las falsas.

Y Affery emprendió la fuga teniendo mucho cuidado de no acercarse a él mientras estuvo en la casa.

* * *

Llegado el día de renovar su amistad con la familia Meagles, Clennam se encamino cierto sábado hacia la finca que tenían en Twickendham. Envió su maleta con el coche y como hacía un día espléndido fue a pie. Acababa de cruzar un brezal cuando alcanzó a un hombre que hacía rato que iba delante dé él y al que creyó reconocerle, por cierto movimiento de la cabeza y de su porte.

-¿Cómo está usted, señor Doyce? -dijo Clennam al alcanzarle.

-¡Ah! Señor Clennam -exclamó el delincuente o inventor, saliendo de ciertos cálculos mentales en que estaba enfrascado.

Como ambos llevaban el mismo camino, mientras andaba! -intimaron rápidamente y la ruta pareció acortarse con su charla. El señor Doyce era hombre modesto y de buen sentido, y

a pesar de su sencillez no podía ser tomado por un hombre vulgar. Resultó un poco difícil hacerle hablar de sí mismo y respondió con evasivas a las preguntas de Arthur, reconociendo simplemente que había hecho tal o cual cosa y que tal invento era suyo, pero que todo ello no tenía importancia, ya que, a fin de cuentas, aquello formaba parte de su oficio. Sin embargo, al darse cuenta de que el interés de Arthur era sincero, le contó toda su vida.

Al cabo de un rato, Arthur le preguntó si tenía algún socio que le ayudara en su negocio. El señor Doyce le explicó que tuvo uno, pero había fallecido hace ya algunos años y que ahora se encontraba sobrecargado de trabajo. Luego hablaron de distintas materias hasta llegar al final de su caminata.

Apenas repicó la campanilla de la entrada, cuando ya Meagles salió a recogerlos. Apenas había salido, apareció la señora Meagles. Apenas había salido la señora Meagles, salió Pet. Apenas salió Pet, apareció Tattycoram. Nunca visitante tuvo recepción más cordial.

El señor Meagles hizo visitar la casa a sus huéspedes. Era ésta lo suficiente grande y ni pizca más, tan linda en el exterior como en el interior, bien decorada y confortable. Se veían indicios de las costumbres viajeras de la familia en las fundas que cubrían los muebles y lámparas. Pero uno de los caprichos de Meagles era tener la casa dispuesta siempre para su llegada. Había tanta mezcla de objetos recogidos en sus viajes que parecía la morada de un corsario bonachón.

Clennam no pudo por menos de preguntarse, sentado delante del fuego de su habitación, si podía permitirse enamorarse de Pet. Doblaba la edad de la muchacha, pero él era joven de aspecto, de salud, de fuerza; joven de corazón. A los cuarenta años no se es viejo y muchos hombres -se decía- no están en condiciones de casarse hasta esa edad. Pero otra cosa le preocupaba además de sus ideas y era lo que de él pudiera pensar Pet, porque de los sentimientos de los Meagles hacia él no podía tener la menor duda.

Arthur Clennam era hombre modesto y conocía perfectamente sus defectos: Tanto exaltó los méritos de la hermosa Pet-Minnie era su verdadero nombre- y tanto rebajó los suyos propios que comenzó a desanimarse. Finalmente llegó a la decisión que no se permitiría enamorarse de Pet.

La cena se desarrolló agradablemente. Eran cinco los invitados y tenían tantos lugares y gentes que recordar, que hubieran podido encontrarse veinte veces más sin agotar los temas de su conversación. Después de cenar jugaron a los naipes y Pet se entretuvo mirando las bazas de su padre o tecleando en el piano y canturreando para distraerse. Era una niña mimada, pero, ¿cómo podía no serlo? ¡Era tan gentil y encantadora! Esta fue la reflexión que se hizo Clennam a pesar de la decisión que había tomado en su aposento.

Al separarse, Arthur oyó que Doyce pedía al dueño de la casa si podría concederle media hora después del desayuno al día siguiente, Meagles accedió de buena gana y Arthur se entretuvo para hablar con él.

-Señor Meagles -le dijo, cuando estuvieron a solas-. He obrado de acuerdo con los consejos que tan amablemente me dio en Marella. Libre ya de una ocupación que me resultaba penosa por motivos que no hacen al caso, deseo dedicarme e invertir mis modestos bienes en alguna actividad.

-¡Tiene razón! ¡Nunca será demasiado tarde para poner en práctica decisión tan acertada como ésa! -asintió Meagles.

-Ahora bien, mientras venía con el señor Doyce he creído comprender que busca un socio para su negocio; un socio en la parte comercial, una persona que sepa hacer rendir su taller y sus inventos.

-Así es.

-El señor Doyce me ha dicho que pensaba consultar con usted y yo le confieso que me agradaría mucho asociarme con él. Le agradeceré lo tenga en cuenta.

-Encuentro satisfactoria su proposición y sin anticiparme respecto a los puntos que deben perfilarse en todo negocio, puedo anticipar que las cosas saldrán a pedir de boca, porque de una cosa podemos estar seguros: Daniel Doyce es un hombre honrado.

-Ese ha sido uno de los motivos que ha guiado mi decisión.

A la mañana siguiente, antes del desayuno, Arthur dio un paseo para contemplar los alrededores. Como el día era espléndido y disponía de una hora, cruzó el río en el «ferry-boat» y tomó un sendero que atravesaba los prados. Cuando regresó a la orilla encontró el «ferry» al otro lado y a un señor que llamaba al barquero para cruzar. Aquel hombre parecía tener unos treinta años. Vestía con elegancia, era apuesto, rostro bien tallado y tez oscura.

Clennam tuvo que entablar pronto conocimiento con aquel hombre, ya que a su regreso lo encontró en el almuerzo de Meagles. Fueron presentados y entonces supo que se llamaba Henry Gowan, que era pintor y que visitaba con frecuencia a Pet.

Durante la comida tuvo la osadía de anunciar que se había permitido invitar a un amigo para la cena; el amigo en cuestión pertenecía a la poderosa familia de los Barnacle y era nada menos que Tite Barnacle. Al principio, Clennam aguardó un inofensivo estallido de Meagles como el que le hiciera salir del Negociado de Circunlocuciones llevando a Doyce agarrado por el cuello. Pero el buen hombre tenía la flaqueza de estar subyugado por el tal Negociado. Arthur cambió una mirada de inteligencia con Doyce que inmediatamente se dispuso a atacar el plato que tenía ante él.

Un poco más tarde Clennam supo por Doyce que Gowan pertenecía a una rama de los Barnacle. El padre de Gowan, agregado a una legación británica, recibió una pensión en calidad de retiro en una ciudad cualquiera. Y murió en su puesto, con su último trimestre en la mano, defendiendo valientemente su paga hasta el último suspiro. En recompensa a tan brillante servicio, el Barnacle en el poder aconsejó a la Corona acordar una pensión de dos o trescientas libras al a viuda de tan valeroso funcionario. Su hijo, Henry Gowan, había heredado nombre tan glorioso y la pequeña subvención.

Pero la gente no parecía tomar en serio la pintura del señor Gowan, que no conseguía vender uno sólo de sus cuadros. Tenía entendido que había personas obstinadas que creían que para triunfar en cualquier profesión, era absolutamente necesario trabajar de la mañana a la noche, con todo su corazón.

Considerando que la señorita Meagles era encantadora y su padre muy rico, el señor Henry Gowan se había dignado fijar su atención en Pet, y ello no disgustaba a la muchacha; sin embargo, Pet no había podido formalizarse ya que sus padres no veían con buenos ojos aquellas relaciones. El señor Meagles había autorizado al aficionado-pintor a presentar sus respetos a Minnie una vez por semana solamente.

Con una hora de retraso, Barnacle Junior llegó acompañado de su inseparable monóculo. Al ver a Clennam quedó sorprendido y desconcertado, y declaró confidencialmente a su amigo Gowan que aquel hombre, Clennam, era un enfurecido demócrata que parecía encontrar un extraño placer al turbar la paz del Negociado de Circunlocuciones.

El señor Meagles, que había preguntado con mucha solicitud el estado de salud de Lord Decimus y demás parientes de Barnacle Junior, hizo que el joven prodigio se sentara a la derecha de la señora Meables y, ¡oh, debilidad humana!, el señor

Meagles miraba tan satisfecho a Barnacle Junior que no parecía sino que su mesa se veía honrada con la presencia de todos los Barnacle concentrados en el monóculo de su vástago.

CAPITULO VII

El señor Merdle era inmensamente rico y de una audacia comercial prodigiosa: un Midas que transformaba en oro todo lo que tocaba. Tenía sus oficinas en la City, era presidente de una compañía, administrador de otra, director de otra más... el señor Merdle no brillaba en el gran mundo, porque no tenía grandes cosas que decir; era un hombre reservado

de enorme cabeza, y mejillas sonrojadas. Lo poco que decía le hacía parecer un hombre agradable, sencillo, pero que no bromeaba con respecto a la confianza pública y los derechos que en todo caso tiene la sociedad.

El señor Merdle estaba casado porque necesitaba una mujer para llenarla de joyas y subrayar de esa manera sus gestiones en la sociedad.

A las reuniones que organizaba la señora Merdle no asistía su marido más que de vez en cuando y lo hacía con el aire de preocupación que convenía en un hombre preocupado por gigantescas empresas. Miraba a los demás con una expresión de dignidad tal que pocos hombres hubieran sido capaces de adoptar semejante actitud.

* * *

A la pequeña Dorrit le había sido imposible llegar a los veintidós años sin que alguien se enamorara de ella. Incluso en Marshalsea le había salido un pretendiente. No era un recluso de la prisión sino el hijo del carcelero.

El joven John era un muchacho de estatura pequeña, piernas débiles y escaso cabello. También era débil uno de sus ojos, acaso el que acostumbraba a mirar por la cerradura. John era afable y poseía un alma poética, fiel y expansiva. Sus padres, los señores Chivery, no ignoraban los sentimientos de su hijo y encontraban muy agradables las perspectivas de matrimonio de John con la pequeña Dorrit. Claro que en éste como en otros tantos, era ella la única persona a la que se tomaba en consideración.

Tip se daba cuenta y se aprovechaba del desventurado como medio de destacar su condición de «hombre distinguido». Por supuesto, el padre de Marshalsea no sabía nada, su dignidad se lo impedía. Pero no le impedía aceptar los cigarros y hasta condescendía en ocasiones a pasear por el patio con el pobre John, que en tales ocasiones se henchía orgulloso y esperanzado.

Cierto día, el joven John ataviado con sus mejores galas salió de la habitación del «padre de Marshalsea» después de haber hecho la tradicional ofrenda de cigarros. Se dirigió al Puente de Hierro donde esperaba encontrar a la pequeña Dorrit. Sus esperanzas no resultaron defraudadas; allá estaba la muchacha, inmóvil, mirando absorta el agua. El lugar estaba solitario y todo hacía propicio aquel momento.

-Señorita Dorrit...

Amy se volvió sobresaltada.

-¡Oh, señor John! ¿Es usted?

-Temo, señorita Amy, que la he molestado al dirigirle la palabra.

-Sí, claro... Vine para estar sola.

-Desde hace mucho tiempo acaricio la esperanza de decirle... ¿Puedo hacerlo ahora? Me siento tan afligido por haberla apenado sin proponérmelo.- ¡El cielo es testigo de lo que digo! Pero no pienso confesarlo si usted no me da permiso para ello. Puedo ser desgraciado en mi soledad...

-¡Por favor, John Chivery! Ya que tiene la consideración de preguntarme si deseo escuchar de sus labios lo que quiere decirme, le ruego que no me lo diga...

-¿Nunca, señorita Amy?

-No, por favor. Nunca.

La pequeña Dorrit procuró sonreír para disipar la pena que se transparentaba en el rostro de John. Le tendió la mano. El muchacho estalló en sollozos al soltar la diestra de Amy y se alejó sin volver la cabeza, como si no quisiera ver otra vez el objeto de sus amores.

* * *

A decir verdad, la estima del «padre de Marshalsea» hacia el señor Clennam no crecía en proporción al número de las visitas de éste. Llegó un momento, incluso, en que el señor Dorrit manifestó sus dudas sobre los buenos sentimientos del señor Clennam.

Justamente había salido Arthur de la habitación del «padre de Marshalsea» y para evitar las aglomeraciones que se encontraban en la calle eludió el Puente de Londres y se dirigió al de Hierro, que estaba mucho menos transitado. Apenas había puesto allá los pies cuando vio a la pequeña Dorrit que caminaba delante de él. Era la ocasión oportuna para observarla. Pero de pronto, ella volvió la cabeza.

-¿La he asustado? -preguntó Arthur.

-Me pareció reconocer su paso.

-¿Va muy lejos?

-He venido a pasear por aquí.

Comenzaron a charlar y la conversación fue interrumpida de pronto por la llegada a Maggy. La pequeña Dorrit le reprochó haber dejado solos a sus padres, pero Maggy se excusó diciendo:

-Ha sido él quien me ha enviado con esta carta. ¿Qué puede hacer una niña de diez años? Si el señor Tip me encuentra al salir y al decirle dónde voy me escribe otra carta y me dice que la lleve al mismo sitio y que si la respuesta es buena me dará un chelín, ¿qué culpa tengo yo, madrecita?

Arthur leyó en los ojos de la pequeña Dorrit que era ella la destinataria de aquellas cartas. Hizo un ademán a Maggy y se apartó un poco para cogerlas. Abrió la cartas y respondió inmediatamente utilizando su cartera y un lápiz. Se excusó con Tip y envió tres libras y diez chelines al señor Dorrit. Le encargó a Maggy que llevara las dos respuestas y le dio el chelín que el fracaso de su segundo mensaje le había impedido ganar.

Cuando volvió al lado de la pequeña Dorrit y reanudaron el paseo, la muchacha exclamó con gesto de desamparo:

-Creo que debo irme a casa. Tengo miedo de dejarle. De dejarles a todos. Cuando me voy, pervierten incluso a Maggy sin proponérselo.

-Se trataba de un mensaje sin importancia, se lo aseguro.

-Quiero creerlo así, aunque es mejor que regrese. El otro día mi hermano me dijo que se me había contagiado el tono y el carácter de la cárcel. Tal vez sea así. Mi sitio está allá. Hubiera hecho mucho mejor quedándome en Marshalsea.

-¡Por Dios! No diga que aquélla es su casa.

-¿Acaso tengo otra? Allá soy feliz. Por favor, no me acompañe. Adiós y gracias.

Arthur creyó mejor acceder a su súplica y no se movió mientras la frágil figurilla se alejaba rápidamente. Cuando la perdió de vista se acodó en la balaustrada y se quedó pensativo, con la mirada fija en el agua.

* * *

Gracias a la intervención del señor Meagles se convirtió Arthur Clennam en el socio de Doyce. El asunto se arregló en menos de un mes y en el Corral del Corazón Sangrante se celebró un banquete que tuvo como escenario el taller de Dan. Más tarde se colocó un letrero que decía «Doyce y Clennam», que anunciaba la nueva sociedad.

Se destinó a Arthur un reducido despacho en el extremo del taller. Allá recibió un día la visita de Flora y el «patriarca». Flora le reprochó, acompañando las palabras con toda clase de carantoñas, que dejara abandonados a sus amigos y no la hubiera invitado a la inauguración de la nueva sociedad. Le dijo, además, que puesto que parecía interesarse mucho por la pequeña Dorrit, iba a proporcionarle trabajo a la muchacha. Arthur le agradeció tanta bondad y tendió la mano a Flora, que se la estrechó efusivamente. En cuanto al «patriarca», después de soltar una larga serie de vaciedades y preguntar a Pank por el origen de la pequeña Dorrit, que él mismo había recomendado con tanto interés, se despidió sin haber obtenido una respuesta satisfactoria.

Al quedarse Arthur a solas, volvió a su memoria la conversación anterior y se volvieron a plantear las dudas sobre su madre y -la pequeña Dorrit. Estaba pensando en todo aquello cuando una sombra al proyectarse sobre sus papeles le obligó a levantar la vista. Era Panks, que regresaba de acompañar al señor Casby y su hija.

-Desearía una información sobre la familia Dorrit, señor Clennam -le dijo.

-No lo comprendo. ¿Qué informes desea?

-Todos los que pueda darme. En cuanto al motivo, sólo puedo decirle que es bueno. Deseo ser útil a esa familia. Para su tranquilidad, le diré que el señor Casby no está implicado en el asunto. No le impido que suponga usted que en casa de dicho señor he oído pronunciar su nombre... el nombre de una persona que el señor Clennam desea ayudar. Puede usted suponer también que el nombre de esa persona ha sido dado por Plornish. Y puestos a suponer, suponga también que he ido a visitar en busca de informes al matrimonio Plornish y que ambos cónyuges me han dicho que fuera a ver al señor Clennam. Suponga que he visto al señor Clennam; suponga también que estoy ante él... ¿qué diría?

Arthur contestó que no sabía nada de la genealogía de los Dorrit. Indicó lo más correctamente que le fue posible el número y la edad de los componentes de la familia Dorrit y explicó al señor Panks la posición del «padre de Marshalsea», así como la fecha de su encarcelamiento y circunstancias que lo habían ocasionado.

-Ahora, señor Panks, prométame a su vez comunicarme cuanto llegue a saber de la familia Dorrit.

-Trato hecho -dijo Panks riéndose-. Cumpliré mi parte escrupulosamente. Ahora me marcho porque es día de cobro en el Corral. A propósito... ¿tiene con qué pagar un extranjero cojo que se apoya en un bastón y desea alquilar una buhardilla?

-Yo lo tengo y respondo de él.

-Con esto me basta. Su garantía me tranquiliza.

Durante el resto del día el Corral del Corazón Sangrante vivió en plena consternación, mientras Panks lo recorría intentando cobrar y expulsando a los morosos, que le maldecían a la par que deseaban que fuera el propio señor Carby que se hiciera cargo de los cobros, ya que ellos lo creían un hombre de corazón tan bondadoso como un patriarca que tendría compasión de su miseria.

En el preciso momento en las bendiciones hacia el señor Gasby y las maldiciones hacia Panks, se escapaban de los labios de los habitantes del Corral del Corazón Sangrante, aquellos personajes se entrevistaban sin testigos y el «patriarca» (que antes del acoso había paseado por el Corral para reforzar la fe de la gente en su aspecto orondo y afables modales), aquel eximio farsante, le decía a su extenuado recaudador, dándole vueltas a los pulgares:

-Muy mal día, Panks, muy malo... En mi opinión, y permítame que insista sobre el particular, debería usted sacar más dinero..., mucho más del que saca.

* * *

Aquella misma tarde Plornish visitó a la pequeña Dorrit para decirle que la señora

Librodot

Finching, gran amiga del señor Clennam, deseaba darle trabajo y que la esperaría al día siguiente si estaba libre.

Al día siguiente, por la mañana temprano, la pequeña Dorrit dejó a Maggy a cargo de las labores de la casa y se dirigió a casa del «patriarca». La señora Finching, para hacer honor a la recomendación de su antiguo novio, recibió a la pequeña Dorrit como si fuera una amiga, casi no la permitió trabajar, y pasó todo el tiempo explicándole por menudo detalladamente toda la historia de su juventud y cómo Arthur y ella estuvieron a punto de morir de pena cuando los separaron; luego pasó a su matrimonio con el señor Finching.

-Pintar las emociones de aquella mañana, en la que yo, toda de mármol por dentro, me acerqué al altar, es cosa para mi imposible. Correré un velo sobre aquellos días. Hicimos nuestro viaje sentimental y regresamos estableciéndonos en el número treinta de Little Gosling Street. Al poco tiempo, el señor -Finching pasó a mejor vida. Fue un hombre respetable y esposo indulgente; la menor indicación mía era para el una orden. Después de su muerte regresé a vivir con mi padre hasta que hace unos días me dijo que Arthur Clennam me esperaba en el salón.

Flora hubiera querido decir que Arthur había vuelto «el mismo de siempre, con los mismos sentimientos hacia ella» pero su natural franqueza impidió a su imaginación que se desbocara de esa manera.

Llegada la hora del almuerzo, Flora condujo a Amy hacia el comedor y la presentó al patriarca y a Panks que ya estaban esperándolas para empezar. La presencia de los dos hombres hubiera intimidado en cualquier situación a la pequeña Dorrit, mucho más en este caso, ante la insistencia de Flora para que bebiese una copa de vino y comiese de los mejores bocados. Y su turbación aumentaba por la conducta observada por el señor Panks, que parecía un pintor de retratos, debido a la atención con que escudriñaba sus rasgos, comparándolos con unas anotaciones de su libreta. Sin embargo, viendo que no dibujaba, y que hablaba exclusivamente de negocios empezó a sospechar si se trataría de un acreedor de su padre cuya deuda tuviera anotada en aquel carnet.

Pero la propia conducta de Panks la sacó de su error. Hacía media hora que Amy había abandonado la mesa y trabajaba a solas. Flora había ido a tumbarse en el cuarto contiguo, con cuyo hecho, simultáneamente se extendió por la casa cierto delicado aroma de alcohol. El «patriarca» dormía en el comedor con su filantrópica boca abierta totalmente y la cabeza cubierta por un pañuelo amarillo. Aquel momento fue el que escogió Panks para aparecer y saludar cortésmente a Amy.¿Un poquito aburrida, señorita Dorrit? -preguntó en voz baja.

-No, señor; se lo agradezco

-Por lo visto está muy ocupada -añadió Panks, avanzando unos pasos-, ¿qué es eso, señorita Dorrit? -Pañuelos.

-¿De veras? -se admiró Panks-, nunca lo hubiera dicho -añadió sin mirar los pañuelos, pero mirándola a ella-. Tal vez se pregunte quién soy. ¿Se lo digo? Soy un quiromántico.

La pequeña Dorrit empezó a pensar que estaba chiflado.

-Enséñeme la palma de su mano. Me agradaría echarle un vistazo, siempre y cuando eso no la moleste.

Era molesto, pero Amy dejó la labor en el regazo y extendió la mano con el dedal todavía puesto.

-Años de trabajo -sentenció Panks, tocándola con su tosco índice-. ¿Qué son estas líneas? Un padre. ¿Y ese hombre con un clarinete? Un tío. ¿Y ese tipo que avanza perezosamente? Un hermano. ¿Y esa personita que se ocupa de todos ellos? ¡Pues es usted, señorita Dorrit!

Los ojos de Amy se alzaron extrañados para mirar a Panks, y pensó que, aunque le hubiera parecido otra cosa, aquel hombre era muy amable. Pero no tuvo tiempo de confirmar o rectificar esa nueva opinión, porque Panks se había puesto nuevamente a estudiar su mano.

-¿Qué es eso? ¡Si soy yo! ¿Qué hago ahí? ¿Qué hay detrás de mí?

-¿Es algo malo? -sonrió Amy.

-En absoluto -respondió Panks-. Recuerde bien lo que le digo. Vivir para ver.

La pequeña Dorrit no disimuló que estuviera sorprendida, aunque sólo fuera por lo mucho que aquel hombre sabía de

ella, y trató de pedirle una explicación a sus palabras. Panks se puso muy serio y le rogó que no diera señales de conocerle, le viera donde le viera, mientras él no se manifestara.

-Soy un quiromántico. Limítese a pensar «Panks, el gitano, con su buenaventura..., un día acabará por explicármela. Vivir para ver.» ¿De acuerdo, señorita Dorrit?

-Sí... sí -balbució Amy, muy confusa-. Así lo haré mientras no perjudique a nadie.

-Bien -Panks miró al aposento contiguo y avanzó hacia él-. Es una mujer excelente, pero irreflexiva y charlatana.

Con esto se restregó las manos como si la entrevista le hubiera satisfecho, saludó cortésmente y salió jadeando.

Si la pequeña Dorrit quedó muy intrigada por la conducta de su nuevo amigo, su desconcierto no disminuyó a la vista de los acontecimientos posteriores. No sólo Panks aprovechaba las ocasiones, en casa de Carby, para mirarla y suspirar significativamente, sino que empezó a inmiscuirse en su vida cotidiana, encontrándole constantemente en la calle y procurando, con uno u otro pretexto, no perderla nunca de vista. La sorpresa creció al descubrirle un día entre los visitantes del «padre de Marshalsea», charlando con el carcelero como si fueran íntimos amigos. Se coronó la sorpresa cuando supo que había estado paseando del brazo de un detenido.

* * *

El domicilio privado del señor Panks estaba en Pentonville, en el segundo piso de la casa del señor Rugg, agente de negocios, contable y que se dedicaba también al cobro de morosos. Panks había estipulado con el tal Rugg su derecho a compartir el desayuno, la comida o la cena de los domingos con el señor Rugg y su hija. Hasta entonces, Panks no se había ocupado de negocios en su alojamiento de Pentonville; más ahora, convertido en quiromántico, se encerraba a menudo con el señor Rugg en el despacho de éste, e incluso quemaba velas en su habitación estando despierto hasta altas horas de la noche.

El señor Panks intimó con el carcelero Chivery y con su hijo John, consiguiendo que el susodicho John entrara a formar parte de su banda de conspiradores, encargándole misteriosas misiones.

Que Panks invitara a alguien a comer en Pentonville era un hecho sin precedentes en los anales. John fue el invitado. El banquete tuvo lugar un domingo y la señorita Rugg preparó con sus propias manos una pierna de carnero con ostras. Asimismo se hizo acopio de naranjas, nueces y manzanas. Y Panks trajo ron el sábado por la noche, para alegrar el ánimo de su invitado.

Llegados los postres y antes de que se empezara la botella de ron, apareció la libreta de Panks; entonces se procedió a tratar de negocios rápidamente, pero en forma extraña.

-Para empezar -dijo el señor Panks- hay un cementerio en Bedfordshire. ¿Quién lo quiere?

-Yo mismo -ofreció Rugg- si nadie lo desea.

-Aquí hay una investigación en York, ¿quién la quiere? -preguntó Panks.

-No me conviene York -dijo Rugg.

-Entonces, ¿quizá usted, John Chivery? -sugirió Panks.

Habiendo asentido John, Panks le entregó un papel, tras lo cual siguió mirando los que

conservaba en la mano.

-Una iglesia en Londres. ¡Bah! Me la quedo. Una Biblia de familia... también me la quedo. Dos para mí -dijo Panks-. He aquí un escribano en Durahm para usted, señor Rugg. Dos para mí, ¿eh? Y esta lápida... Tres..., y un niño muerto al nacer.

Distribuía las papeletas sin elevar la voz, el señor Panks metió la mano en un bolsillo y sacó una bolsa de lona de la que extrajo dinero para los gastos del viaje.

Tal vez fue le festín dado por los Panks en Pentonville, tal era su existencia activa y misteriosa. Los solos momentos de distracción en que parecía olvidar las preocupaciones y recrearse yendo a algún sitio o charlando, eran los que pasaba con el extranjero cojo que se había instalado en el Corral del Corazón Sangrante.

El extranjero, llamado Juan Bautista Cavalletto, era un hombre tan alegre y afable, que su atractivo sobre Panks procedía, sin duda, del contraste entre los dos. Se le veía siempre feliz mientras paseaba por el patio apoyado sobre un bastón, excitando la simpatía general por risa franca y abierta.

Ganaba su vida recortando flores en madera y pagaba puntualmente su alquiler.

El señor Panks tomó la costumbre, cuando volvía hacia su casa, fatigado por el trabajo de la jornada, de subir a casa del señor Bautista y saludarle.

-¡Hola, amigo! *Altro!*

A lo cual el señor Bautista contestaba con innumerables sonrisas y gestos:

-Altro! Signore, altro! Altro!

Y después de tan interesante conversación, Panks descendía la escalera y continuaba su camino con aire satisfecho, como un hombre que acaba de descargarse de un peso y tiene un aire más jovial.

* * *

Si Arthur Clennam no hubiese llegado a adoptar la firme resolución de no enamorarse de Pet, habría vivido en estado de continua inquietud, motivado por su inclinación a sentir desagrado por Henry Gowan, y su sentimiento de que tal era una inquietud indigna.

Doyce había pasado el día en Twickenham donde Clennam se había excusado de acudir. Al llegar, Daniel asomó la cabeza al aposento de Arthur para darle las buenas noches y le contó que en Twickenham había estado Henry Gowan quien parecía muy interesado en cortejar a Pet.

-Veo que inquieta a mis amigos -dijo el socio de Clennam- y adivino que les causará pena en lo futuro. Veo que hace más profundos surcos de las arrugas de mi viejo protector, cuanto más se acerca y cuanto más mira a la hija de la casa. En suma, le veo como una red tendida alrededor de la linda criatura a la cual nunca hará feliz.

-No podemos estar seguros -replicó su socio- y hemos de tener esperanzas, y ser, si no generosos, por lo menos justos. No hemos de denigrarle porque triunfa en su cortejo y no hemos de discutirle el derecho de ofrecer su amor a quien considere digno de recibirlo.

Después de ponerse de acuerdo se estrecharon la mano, como si hubiera habido algo grave en el fondo de su conversación, luego se separaron.

Cuando a la mañana siguiente, Gowan pasó por el despacho de Clennam le saludó afectuosamente y le dijo:

-Lamento que no viniera ayer a Twickenham. Pasamos un día muy agradable. Su socio es un anciano muy agradable, tan sencillo, tan leal, tan afable... a fe que uno se siente desesperadamente inútil de compararse con él. Hablo por mí, claro está, sin incluirle a usted. Usted también es de los buenos.

-Gracias por el cumplido -dijo Clennam, a disgusto-. Usted también lo es, supongo.

Después de intercambiar una serie de cumplidos, Henry Gowan indicó a Arthur su deseo de presentarle a su madre, invitándole a comer y rogándole fijara el día que más le conviniera. ¿Qué podía decir Clennam? Pocas cosas había que desease menos, o que hubiera hecho más por rehuir. Respondió simplemente que estaba a su disposición, y en consecuencia se fijó el día, bien temido por cierto hasta su llegada, pero acogido cuando llegó.

La señora Gowan le recibió con condescendencia. Se mostró, sin embargo, algo altiva con Arthur. Con suave melancolía, motivada por el hecho de que su hijo se viera reducido a cortejar al cochino público en su calidad de pintor, la señora Gowan encauzó la conversación hacia los «malos tiempos». Fue entonces cuando Clennam comprendió por primera vez sobre qué diminutos goznes gira este mundo. Clennam escuchó la apología de la dinastía de los Barnacle en sus distintas ramas, únicos capaces de salvar el país, según la señora Gowan, que consideraba que el resto del mundo no pasaba de la categoría de «chusma».

La señora Gowan pareció interesada en conocer algunos detalles acerca de la señorita Meagles.

-En primer lugar, ¿es ella realmente linda? -preguntó a Arthur.

-La señorita Meagles es muy hermosa.

-Los hombres se equivocan tan a menudo en esas cosas, que le confieso francamente mis dudas -replicó la señora Gowan, moviendo la cabeza-, incluso después de escuchar su opinión. Los pescó en Roma, ¿verdad?

-Perdóneme; no entiendo su expresión -replicó Clennam sin querer parar mientes en aquella frase que constituía un mortal agravio para la familia Meagles.

-Que pescó a esa gente... -repitió la señora Gowan, tamborileando con sus dedos en su abanico-. Los encontró... Los descubrió. Dio con ellos...

-No puedo decirle dónde mi amigo el señor Meagles presentó por primera vez a su hija al señor Henry Gowan.

-Sin duda los pescaría en Roma; pero no importa... Y ahora, dígame (entre nosotros, desde luego), es plebeya.

-La verdad, señora -replicó Clennam-, yo mismo soy tan indudablemente plebeyo que no puedo juzgar.

-¡Eso es hablar claro! -comentó la señora Gowan, abriendo su abanico-. De donde infiero que usted opina que los modales de esa chica igualan a su aspecto, ¿verdad?

Arthur continuó escuchando de muy mala gana, por cierto, cómo la señora Gowan menospreciaba a sus amigos los Meagles y sintió rubor al oír que Henry Gowan podía haber escogido mejor en vez de fijarse en una muchacha como Pet, plebeya, sin distinción y posiblemente con una dote muy pequeña. Procuró despedirse lo antes que pudo y cuando salió de aquella casa parecía muy pensativo.

* * *

Las preocupaciones del señor Clennam con respecto a la familia Meagles aumentaron con otra complicación unos días más tarde, cuando al entrar a su casa se encontró a su amigo que le explicó que Tattycoram les había abandonado para no volver.

El señor Meagles suplicó a Arthur que le acompañara a visitar a la señorita Wade con quien sospechaba estaría Tattycoram. Ambos se pusieron inmediatamente en camino y poco después llamaban a la puerta de la casa de la señorita Wade.

La entrada estaba tan oscura que no había posibilidad de ver a la persona que abrió. A sus preguntas de si se encontraba allí la señorita Wade, la voz de aquella persona, desde la oscuridad, les invitó con marcada brusquedad a que la siguieran escaleras arriba, dejándoles

Librodot

solos en una habitación.

Los visitantes tuvieron que aguardar cosa de un cuarto de hora antes de que se abriera la puerta y apareciera la señorita Wade. Era la misma que cuando se separaron: igual de hermosa, igual de despectiva. No manifestó sorpresa alguna al verlos, ni la menor emoción.

-Presumo -dijo- conocer el motivo de su visita. Pueden hablar sin preámbulos.

-El motivo, señora -repuso Meagles- es Tattycoram. ¿Sabe dónde está?

-Claro. Se encuentra aquí conmigo. '

-Entonces, señora, permítame participarle que tanto yo, como los míos, nos alegraremos de que regrese a casa. Ha estado muchos años con nosotros, no olvidamos sus derechos a nuestra ayuda y sabremos hacer las debidas concesiones.

-¿Concesiones? ¿Qué quiere decir?

-Sencillamente, que estamos dispuestos a olvidar sus arrebatos... veleidades...

Ante el visible embarazo de Meagles, intervino Arthur, indicando la conveniencia de que se hallara presente Tattycoram. La señorita Wade no puso ninguna dificultad y poco después la chica apareció de su mano. Resultaba curioso verlas juntas. Tatty confusa, la señorita Wade mirándola atentamente con su rostro inexpresivo, que sugería una extraordinaria energía.

-Aquí está tu amo -dijo con voz sin tonalidades-. Quiere llevarte a su casa si aprecias este favor y convertirte en la esclava de su linda hija, el piquete de la casa que sirve para demostrar lo bondadosa que es la familia. Volverías a tener tu extraño nombre, que te hace permanecer aparte y no olvidar tu oscuro nacimiento. Puedes volver con la hija de ese señor, Harriet, y ser para ella un recuerdo permanente de su propia personalidad y generosa condescendencia. Puedes recobrarlo todo con sólo decirles a esos señores cuán arrepentida estás. ¿Qué dices, Harriet? ¿Quieres ir?

La muchacha, que bajo la influencia de estas palabras había ido acalorándose y sonrojándose, contestó, relampagueantes los ojos:

-Antes preferiría morir.

La indecible consternación del pobre Meagles al oír sus motivos y acciones tan desfigurados, le habían impedido intervenir, pero al ver el gesto de triunfo de la señorita Wade, recobró el habla y trató de convencer a Tattycoram de la bondad de sus sentimientos.

Pero la muchacha, tapándose los oídos, volvió el rostro hacia la pared. La señorita Wade, que la había observado con su enigmática sonrisa, la ciñó con el brazo como tomando posesión de la muchacha para siempre. Y en su rostro había una clara expresión de triunfo cuando se volvió para despedir a los visitantes.

-Como es la última vez que tendré el honor de verlos -dijo-, para que no ignoren los motivos de mi influencia debo decir que se basan en una causa común. Lo que su antiguo juguete es, en cuanto a procedencia, lo soy yo. Ella no tiene nombre; yo tampoco. Su agravio es mi agravio.

Esto iba dirigido a Meagles que, acompañado de Clennam, salió apenadísimo del aposento.

CAPITULO VIII

La casa de la señora Clennam conservaba su lobreguez durante todos estos acontecimientos, y la enferma, seguía, tarde y noche, llevando el mismo y monótono género de vida. Se hacían bastantes negocios, según suponía Affery, pues su marido tenía mucho trabajo en el despacho y recibía infinidad de visitas.

La pequeña Dorrit acababa de terminar su trabajo en la habitación de la señora Clennam y cuando, al despedirse, daba las buenas noches a la señora, la madre de Arthur posó su mano sobre el brazo de la muchacha. Amy, turbada por aquel gesto inesperado, quedó inmóvil y temblorosa.

-¿Tiene muchos amigos? -le preguntó la señora Clennam. -No, señora, muy pocos. Aparte de ustedes, no tengo otros amigos que la señora Flinching y otra persona.

-No es asunto mío, ya lo sé -dijo la señora Clennam, casi sonriendo-; lo pregunto por que me interesé por usted y por que creo fui su amiga cuando no tenía otra, ¿no es así?

-Sí, señora, así es. A no ser por usted y por el trabajo que me daba, nos habría faltado todo.

-¿Nos? -repuso la señora Clennam, consultando el reloj de su difunto marido-. ¿Son ustedes muchos?

-Papá y yo. Quiero decir que sólo mi padre y yo tenemos que vivir de lo que gano.

-¿Han sufrido muchas privaciones, usted, su padre... y los otros familiares?

-Algunas veces pasamos situaciones difíciles -dijo la pequeña Dorrit, con voz tímida y paciente-, pero no más difíciles de lo que para otras personas puedan haber sido.

-¡Bien dicho! -afirmó, rápida, la señora Clennam-. Esta es la pura verdad. Es usted una buena chica, y agradecida, si no me equivoco.

La señora Clennam, con una dulzura de la que la señora Jeremiah ni en sus sueños la hubiera creído capaz, acercó hacia sí el rostro de la muchacha y le dio un beso en la frente.

La señorita Jeremiah acompañó a la pequeña Dorrit hasta la puerta, con el cerebro turbado por lo que acababa de ver y oír; permaneció en la puerta, dando vueltas a las ideas en su cabeza, bajo un cielo encapotado y lluvioso.

Affery, cuyo medio a los rayos y truenos sólo era igualado por su temor a quedarse encerrada en la casa, estaba indecisa entre si entrar o no, hasta que la última duda fue solventada por la puerta, a la que un golpe de viento cerró, dejando a la mujer fuera.

«¿Qué he de hacer? ¿Qué he de hacer? -se decía Affery, retorciéndose las manos en este último e inquietante sueño-. ¡Y ella sola dentro y no podrá, aunque quiera, bajar a abrir esta endiablada puerta!»

De pronto lanzó un grito, sintiendo que una mano de hombre se posaba en su espalda.

El hombre llevaba un vestido de viaje, gorra de piel y capa. Parecía extranjero, sus cabellos y bigote eran negros y su nariz ganchuda. Se rió ante el susto de Affery, y al reír, el bigote se elevó a la nariz y la nariz se inclinó hacia el bigote.

Después de procurar tranquilizar a la asustada Affery, y de enterarse de que en aquella casa vivía la señora Clennam, propuso que él podría alcanzar el primer piso y descender luego para abrir la puerta. Affery, asustada por lo que le diría su marido si se enteraba de lo ocurrido, aceptó la proposición del extranjero, quien entregándole la capa, escaló la pared hasta el primer piso desapareciendo por la ventana y compareciendo momentos después ante Affery, a quien rogó fuera en busca de su marido para tratar de negocios.

Los dos esposos llegaron corriendo y encontraron al desconocido todavía en la puerta a la par que oyeron a la señora Clennam, que, desde arriba, gritaba:

-¿Quién es? ¿Qué ocurre? ¿Por qué no contesta nadie? ¿Quién hay ahí abajo?

Cuando los dos esposos Flintwinch llegaron al umbral donde estaba el desconocido, éste retrocedió sobresaltado al ver a Jeremiah.

-¡Muerte y condenación! -exclamó-. ¿Cómo llegó hasta aquí?

El señor Flintwinch, al que iban dirigidas estas palabras, se volvió hacia su mujer pidiéndole la explicación de aquel enigma; pero, al no recibir ninguna, saltó sobre ella y la zarandeó con tanta violencia que le saltó el gorro de la cabeza a Affery. El desconocido recogió galantemente el gorro e intervino:

-Permítame -dijo poniendo la mano en el hombro de Jeremiah, que soltó a su mujer-. Arriba hay alguien que está enérgicamente intrigado por lo que ocurre aquí.

El señor Jeremiah entró en el vestíbulo y gritó:

-¡Ya va! Estoy aquí. Affery, sube en seguida por la luz.

Luego, volviéndose a su mujer, le ordenó que subiera rápidamente, mientras él invitaba al extranjero a pasar a su despacho.

-¿Qué se le ofrece? -preguntó en cuanto estuvieron a solas en el despacho.

El extranjero, dejando la capa y los guantes sobre un sillón, avanzó diciendo:

-Me llamo Blandois y supongo que sus corresponsales de París le habrán avisado.

-No hemos recibido de París ninguna carta concerniente a ningún Blandois.

El señor Blandois siempre sonriente sacó la cartera y una carta que entregó al señor Flintwinch, mientras le expresaba sus excusas por haberle confundido con un amigo suyo con el cual tenía gran parecido.

Jeremiah leyó la carta y reconoció la escritura por la que se abría un crédito a favor del señor Blandois de cincuenta libras.

-Muy bien -dijo Flintwinch-. Nos será grato prestarle la ayuda que necesite. ¿Qué necesita?

-¡A fe mía que debo cambiarme, comer, beber, alojarme en alguna parte! -contestó el caballero encogiéndose de hombros-. Tenga la bondad de indicarme dónde puedo hacerlo. La cuestión económica no corre prisa hasta mañana.

El señor Flintwinch le ofreció su compañía para guiarle a una cercana taberna, pero antes pasó la tarjeta de visitante a la señora Clennam, quien quedó conforme en recibirle un poco más tarde.

A causa de su aspecto gentilhombre, le cedieron la mejor habitación en la taberna y allí, con ropa limpia, con el cabello planchado y perfumado, Blandois esperó la cena. El desconocido tenía cierto alarmante parecido con un tal Rigaud que también había esperado, tiempo atrás, su comida sentado en el poyo de piedra, delante de la reja de una celda, en el calabozo de una cárcel de Marsella.

Terminada la cena, Blandois sacó de su bolsillo un cigarro y fumó plácidamente, encaminándose luego a la sede oficial de la casa Clennam y Compañía.

La señora Clennam, que tenía la carta sobre la mesa, inclinó la cabeza e invitó a sentarse al extranjero. Blandois, con frases galantes, indicó su temor de molestarle por lo intespectivo de la hora, diciendo que ya había presentado sus excusas al señor...

-Perdón... no sé cómo se llama... No he tenido el honor de serle presentado...

-Es el señor Jeremiah Flintwinch y tiene relaciones con la casa desde hace mucho tiempo. A la muerte de mi marido, mi hijo prefirió otra carrera y esta casa no encontró mejor representante que el señor Flintwinch. Esto, empero, tiene poco interés para usted. ¿Es usted inglés?

-No, señora. No he nacido, ni me he educado en Inglaterra. En realidad no pertenezco a ningún país -dijo Blandois-. Desciendo de media docena de países.

-¿Es usted casado?

-Señora -repuso Blandois, con un desagradable fruncimiento de cejas-. Adoro su sexo; pero no estoy casado... nunca lo estuve.

La señora Jeremiah, que se hallaba sirviendo el té, miró al visitante y vio en sus ojos algo que atrajo su mirada irresistiblemente. Hasta tal punto se le quedó mirando, y de forma tan persistente que incluso la señora Clennam se dio cuenta y tuvo que reprenderla.

Mientras sorbía el té, el señor Blandois se fijó en el reloj del difunto señor Clennam y, después de haber obtenido permiso para examinarlo, manifestó su extrañeza respecto a unas iniciales N.D.O.

-No son ninguna divisa, señor Blandois -replicó a su pregunta la señora Clennam-. Se refieren a una frase. Siempre ha significado: No Debes Olvidar.

-Y, naturalmente -dijo Blandois, dejando el reloj y volviendo a su asiento-, usted no olvida.

-No, señor. No he olvidado. Una vida tan monótona como la mía no es lo más propicio para olvidar. Una vida de voluntaria penitencia, no es el medio más propicio para olvidar.

En el rostro de Flintwinch había un destello de suspicacia cuando el visitante se levantó para despedirse de la señora Clennam, al darse cuenta de la exageración de los modales que

afectaba. Y sus sospechas parecieron confirmarse cuando recogiendo unas palabras de la dueña de la casa, el señor Blandois manifestó el deseo de visitar toda la casa. Y Flintwinch observó que el extraño visitante, en vez de mirar cuanto le enseñaba, no apartaba los ojos de él, tratándole además con excesiva familiaridad.

Al finalizar la visita, después de palmear los hombros de Jeremiah en tono familiar y chancero, como si estuviera celebrando una broma, el señor Blandois le invitó a acompañarle a su alojamiento para tomar unas copas. Sin vacilar, Jeremiah aceptó la invitación y bajo una lluvia torrencial, se dirigieron al aposento del viajero, donde Blandois trató de emborracharle con Oporto. Pero muy pronto se dio cuenta aquel hombre que anegar con vino la lengua de aquel hombre no ofrecía la ventaja de desatársela, sino más bien ligársela todavía más.

Después de quedar de acuerdo en que al día siguiente el señor Blandois podría girar contra la casa Clennam y Compañía, se separaron como buenos compadres. Pero la gran sorpresa fue que el señor Blandois no se presentó al día siguiente y al preguntar por él en la hostelería, el señor Flintwinch recibió la desconcertante respuesta de que su visitante de la noche anterior había regresado al continente, vía Calais. Sin embargo, Jeremiah no dudó que tarde o temprano volvería a tener noticias del señor Blandois.

* * *

El señor Clennam había acudido a casa del «padre de Marshalsea» para intentar hablar a solas con la pequeña Dorrit, y lo consiguió después de una ligera discusión con Tip, que aún no había digerido su negativa en socorrerle en cierta ocasión. Maggy estaba sentada junto a la ventana, cosiendo con gran afición y cuando Arthur se movió para sentarse junto a la pequeña Dorrit, ésta pareció sobresaltarse. Clennam la tranquilizó reprochándole lo mucho que hacía que no había vuelto a verla. Amy se defendía con dificultad, cuando la escalera empezó a crujir bajo el peso de alguien que se dirigía allí. Poco después, un ruido parecido al de una cafetera en plena ebullición le advirtió que el que llegaba era Panks.

-Panks, el gitano -exclamó sin aliento-. ¿Quieren que les diga la buenaventura?... Vengo de la sesión de canto con los huéspedes. He cantado aunque no sé hacerlo, pero no importa. El secreto está en gritar tan fuerte como los demás.

Continuaba inmóvil en la puerta, hablando y resollando, con aire singular, como si en vez de ser el cobrador del señor Casby, fuera el dueño de Marshalsea. Al principio, Clennam supuso que estaba ebrio, pero pronto se dio cuenta que no era la bebida la causa de su emoción.

-¿Cómo está, señorita Dorrit? -preguntó Panks-. Pensé que no le molestaría que le visitara un momento. Supe que estaba aquí el señor Clennam y pensé que así podría saludarles a los dos.

Aceptando las gracias del señor Clennam y de la pequeña Dorrit, Panks continuó charlando incansable, explicando los motivos de su alegría y su deseo de dejar para el día siguiente el cobro de los alquileres del Corral. Luego, con un guiño picaresco, indicó a la pequeña Dorrit que Arthur era un amigo y que delante de él no era preciso que fingiera no conocerle.

Su excitación empezaba a contagiar al señor Clennam y Amy vio que los dos cambiaban miradas de inteligencia, lo que no dejó de extrañarle.

Después de lanzar unas insinuaciones acerca del destino secreto que le esperaba, Panks se despidió para volver, según dijo, con sus compañeros, pero antes de llegar al patio, Clennam ya le había alcanzado y le preguntaba con ansiedad:

-¿Qué ocurre? ¡Conteste en nombre del cielo!

-Un momento -replicó Panks haciendo una seña a un hombre sin sombrero-. Permítame

que le presente al señor Rugg.

Los dos hombres sacaron unos papeles y documentos y Panks saltando por encima de Rugg, como si estuvieran jugando, cogió de las solapas a Clennam.

-¡Oigan! -susurró Clennam-. ¿Han descubierto algo?

-Así lo creo -repitió Panks con unción difícil de describir.

¿Su descubrimiento compromete a alguien? ¿Hay algún fraude en lo que han descubierto? ¿Se implica a alguna persona?

-En absoluto.

-¡Dios sea loado! -exclamó Clennam, añadiendo: Hablen, pues.

-Debe usted saber -resolló Panks, desdoblando febrilmente papeles y hablando en frases cortas-. ¿Dónde está el árbol genealógico?... El documento número cuatro, señor Rugg. Aquí, aquí, aquí... Debe usted saber que hoy hemos completado el asunto, pero no será legal hasta dentro de unos días... pongamos una semana... Hemos trabajado en él día y noche por no sé cuánto tiempo. ¿Sabe usted cuánto?... ¿No? ¡Es igual!... Usted se lo comunicará a ella, señor Clennam. Pero espere a que le avisemos. ¿Dónde está el total en cifras redondas?... Aquí lo tengo. Mire... esto es lo que tendrá que comunicar con toda clase de precauciones. Esta suma pertenece al «padre de Marshalsea».

* * *

Resignándose a lo inevitable, a la par que sacando el mejor partido de aquella gente, los Meagles, y amoldándose a lo que llamaba un destino inexorable, la señora Gowan decidió no oponerse a la boda de su hijo. Es posible que aquella decisión fuera influida por ciertas consideraciones de orden maternal y político.

La primera era que su hijo no manifestó nunca la intención de solicitar su consentimiento, ni parecía muy inquieto ante la idea de una negativa por su parte. La segunda era que Henry, en cuanto se hubiera casado, dejaría de imponer ciertos impuestos a las menguadas rentas maternas. La tercera era que tal como hablase convenido, el suegro saldaría al pie del altar las deudas del joven Gowan. A esas razones había que añadir que la señora Gowan se apresurase en dar su consentimiento en cuanto supo que el señor Meagles había acordado el suyo y que, en realidad, la obstinada negativa de éste había sido el único obstáculo para la boda.

Sin embargo, entre sus parientes y amistades mantuvo su dignidad individual y la de los Barnacle propalando con diligencia la afirmación de que la boda constituía un mal negocio y que estaba verdaderamente apenada de que los Meagles hubieran pescado a su Henry.

A medida que se aproximaba el día designado para la boda Clennam buscaba con sencillez el modo de dar a entender al señor Gowan que estaba dispuesto a ofrecerle francamente su amistad. Henry le trató con su desenfado habitual y con su acostumbrada confianza. Es decir, sin confianza alguna.

Pero, naturalmente, la fiesta no resultó lo agradable que debió ser; Meagles, apabullado por la presencia de tantos Barnacle, no parecía el mismo. La señora Gowan, en cambio, era ella misma y eso no contribuyó a mejorar las cosas. Flotaba en el aire una idea de que no había sido Meagles quien se había opuesto a la boda, sino la noble familia de los Barnacle, y de ello era una muestra el hecho de que todos se daban perfecta cuenta de que una vez concluida la fiesta, no volverían a relacionarse entre sí Meagles y Barnacle.

La parte más grata de la fiesta, para Clennam, fue la más penosa; cuando el señor y la señora Meagles rodearon a Pet en el salón de los retratos antes de dejarles y ser otra Pet muy distinta de la que hasta entonces había sido. El momento fue de tan sencilla naturalidad que incluso Gowan se emocionó.

-Cuídela, Henry...

-¡Vive Dios que así lo haré! -respondió éste gravemente.

Un desconsolador vacío pareció reinar en la casa y en el corazón de los padres de Pet, Meagles llamó en su ayuda al recuerdo de la boda y exclamó:

-¡Resulta consolador y muy grato ver una concurrencia tan distinguida!

CAPITULO IX

Fue en esa época cuando Panks, en cumplimiento de su convenio con Clennam, le contó su historia de agorero y la suerte de la pequeña Dorrit. El padre de ésta era heredero legal de una gran fortuna que había permanecido largo tiempo ignorada, sin ser reclamada, y acumulando sus propios réditos. Sus derechos eran claros, todos los obstáculos vencidos, unas cuantas firmas... y el anciano sería dueño de una gran fortuna.

En las gestiones, Panks había dado muestras de gran sagacidad para establecer los derechos de Williams Dorrit, una gran paciencia y una discreción admirable.

-De este modo -le decía Panks al señor Clennam-, si la cosa hubiera fracasado en el último momento, nadie, salvo nosotros habría sufrido ninguna desilusión o perdido un solo penique.

Puestos de acuerdo los dos hombres respecto a la manera y cantidad con que debían recompensarse los esfuerzos y los gestos de Panks y sus ayudantes, Arthur se dirigió a casa del señor Casby para dar la gran noticia a la pequeña Dorrit.

En el salón encontró a Flora que manifestó una gran sorpresa al verle y no fue menor ésta cuando Arthur le comunicó la noticia que iba a transmitir a la pequeña Dorrit. Flora juntó las manos y derramó lágrimas de simpatía y de alegría, y como en aquel momento los pasos de la pequeña Dorrit anunciaron su llegada eludió el encuentro y huyó a la vecina habitación.

Por mucho que se esforzó en componer su rostro y en aparentar serenidad, no logró Arthur su objetivo y cuando entró la muchacha, al verle exclamó:

-¡Señor Clennam! ¿Qué ocurre?

-Nada, nada. Es decir, nada malo. He venido a traerle una buena noticia.

-¿Una buena noticia? -repitió la muchacha.

-Sí, no puede serlo mejor. Su padre puede estar libre esta misma semana; él no lo sabe, hemos de ir a decírselo. Dentro de pocos días estará libre... Tal vez unas horas... Hay que anunciárselo.

Los labios de la pequeña Dorrit parecieron pronunciar: «Sí» aunque Arthur no oyó porque seguía diciendo:

-Pero eso no es todo. Su padre no será un menesteroso cuando salga. No carecerá de nada. Su padre será rico. Es rico ya. Una enorme suma le será entregada como herencia. Todos ustedes son ricos y yo doy las gracias al cielo porque ha recompensado a la más noble y valerosa de sus criaturas.

El la besó y ella, reclinando la cabeza sobre el hombro, se desvaneció. Flora acudió al punto para cuidarla y charló de forma tal que no se sabía si estaba rogando que el «padre de Marshalsea» tomara una cucharada de dividendos o si le felicitaba por la herencia. El deseo de volar junto a su padre hizo más en la pequeña Dorrit que todos los cuidados de Flora, y poco después iba en coche al lado del señor Clennam en dirección a la cárcel.

* * *

La pequeña Dorrit abrió la puerta sin llamar y entró seguida de Arthur. El padre estaba

sentado, con su vieja bata gris y su viejo gorro de terciopelo, tomando el sol junto a la ventana y leyendo un diario. Tenía los lentes en la mano y miraba sorprendido a Clennam a aquellas horas, y mucho más al verle acompañado por Amy. Se volvió hacia su hija y la miro con atención, mientras estrechaba la mano de Clennam distraídamente.

-¿Me han hecho tan feliz esta mañana, padre!

-¿Te han hecho feliz, querida?

-Sí, el señor Clennam, padre. Me ha dado una noticia tan maravillosa referente a ti... Y si con su habitual solicitud no me hubiera preparado, padre, no sé si lo hubiera podido soportar.

La emoción de la pequeña Dorrit ganó al anciano, que miró a Clennam suplicante, llevando una mano a su corazón. -Serénese, señor -le dijo Arthur-, y piense. Piense en el azar más espléndido de la vida. Todos hemos oído hablar de grandes sorpresas que causan grandes alegrías. Son raras, pero todavía suceden. ¿Qué sorpresa sería la más grata para usted, señor Dorrit? No tema imaginarla o decir cuál sería.

El padre miró de hito en hito a Clennam e incluso palideció. El sol brillaba sobre el muro del exterior y las púas de hierro que lo remataban. Lentamente, Dorrit extendió la mano que tenía sobre el corazón y señaló el muro.

-Está derribado -respondió Clennam-. ¡Desaparecido!

El viejo permaneció en aquella actitud mirándole fijamente.

-Y en su lugar -prosiguió Clennam-, poseerá los medios para disfrutar de las cosas que le han sido vedadas durante tanto tiempo. Señor Dorrit, dentro de unos días se hallará usted libre y en plena prosperidad. Le felicito de corazón por este cambio de fortuna y por el feliz futuro al que podrá llevar el tesoro con que se vio bendecido usted, la mejor de todas sus riquezas: el tesoro que está a su lado.

* * *

Y llegó el día en que Dorrit y su familia tenían que abandonar la cárcel. El intervalo había sido corto, pero el anciano se quejó amargamente de su duración y llegó a mostrarse exigente con Rugg a este respecto. Empezó a mostrarse despótico y orgulloso, y rechazó la oferta del director de la cárcel que le brindó dos habitaciones en su casa mientras llegaba el momento de devolverle la libertad.

Aquellos días pasaron procurando adecentar el vestuario de todos los componentes de la familia y el señor Dorrit dio orden a sus banqueros, los señores Peedle y Pool de Manument Yard, de que saldaran cuantas deudas tenía el «padre de Marshalsea».

Al llegar el momento de la partida, el patio se llenó con todos los detenidos y sus familiares, que vestían sus mejores galas. Los dos hermanos salieron cogidos del brazo, pensativo el señor Dorrit -Williams-, que no sabía cómo iban a arreglárselas aquellos pobres cuando él no estuviera allí, caminaba solemne y triste, iba dando palmadas a los niños en la cabeza y saludos a la gente, mostrándose condescendiente con todos los presentes. La familia subió al coche, adquirido por Tip, y el lacayo recogió el estribo.

Entonces, Tip exclamó:

-¿Dónde está Amy?

Todos se miraron extrañados. Cada uno creía que estaba con el otro. Esta salida era el primer acto que realizaban sin Amy. Un momento se miraron con dudas, hasta que Tip exclamó:

-Es una vergüenza, padre. ¡En un momento como éste...! Ahí está Amy con su viejo vestido de siempre, por el que se ha mostrado tan obstinada, diciendo que hoy más que nunca quería llevarlo... Ahí está, acompañada por ese Clennam...

La culpabilidad de Amy quedó demostrada al tiempo que Tip anunciaba el terrible delito. Clennam apareció ante la portezuela del coche llevando en brazos a Amy.

-La habían olvidado -dijo Arthur en tono de reproche-. Corrí a su cuarto y la encontré desmayada. Por lo visto subió a cambiarse de vestido y perdió el conocimiento. Tal vez la emoción fue demasiado fuerte... Cójala, Tip, no la deje caer.

Tip cogió a su hermana, deshaciéndose en excusas con Clennam y dando orden al lacayo que pusiera el coche en marcha. El lacayo cerró la portezuela con un vivo «con su permiso» dirigido a Clennam y el coche se alejó.

* * *

Era una tarde de otoño. Un grupo de viajeros se encontraba reunido en el convento del Gran San Bernardo. Después de la cena, todos los turistas, menos uno, se dirigieron a los aposentos que les habían sido destinados. Aquel turista que había quedado solo, después de apurar el vaso que tenía en las manos, examinó el registro de viajeros colocado encima del piano.

«Williams Dorrit, squire; Frederic Dorrit, squire; Edward Dorrit, squire; miss Amy Dorrit; señora General y su servidumbre dirigiéndose desde Francia hacia Italia. Señor y señora Henry Gowan, dirigiéndose desde Francia a Italia.»

El viajero cogió una pluma, y con letra firme y muy pequeña, escribió debajo de los nombres que acababa de leer: «Blandois, de París, dirigiéndose de Francia a Italia». Terminó luego con un rasgo que parecía encerrarlos a todos y satisfecho de su obra, cogió el farol y se dirigió a la celda que le había sido destinada.

Es indispensable dar a conocer al lector la señora que ocupaba en el acompañamiento de la familia Dorrit un lugar suficientemente importante para ser inscrita en el libro de viajeros.

La señora General era hija de un dignatario eclesiástico y había sabido conservarse como la mujer de moda hasta los cuarenta y cinco en la ciudad provinciana. En aquella época un intendente militar, ya setentón, pidió su mano, emocionado tal vez por la severidad con que se comportaba la digna señora. Se casó con ella, pero tuvo la desgracia de morir muy pronto. Después de haber celebrado las exequias en honor de su digno esposo, la señora General descubrió que la pretendida fortuna del señor General era absolutamente imaginaria, de modo que apenas si le quedó lo necesario para vivir.

En dicha situación, la señora General consideró que podría ocuparse en formar el espíritu, o cuidarse de la educación, de alguna jovencita de calidad y pensó que tampoco sería deshonroso ser la acompañante de una rica heredera, o una viuda, para dirigirla por el intrincado laberinto de la sociedad. Consultados sus parientes, encontraron la idea digna de ser puesta en práctica y la ayudaron con numerosos certificados y cartas de recomendación, que la presentaban como un dechado de perfección.

Este fénix se hallaba sin ocupación cuando el señor Dorrit, que acababa de hacerse cargo de su herencia, pidió a sus banqueros que le proporcionaran una señora de buena familia, instruida y familiarizada con la buena sociedad, para terminar la educación de su hija y servir al mismo tiempo como señora de compañía. El señor Dorrit obtuvo las señas de la señora General, quien mediante la interesante suma de cuatrocientas libras esterlinas, aseguró a la hija del señor Dorrit la compañía de una dama de calidad.

La señora General era de aspecto exterior imponente e incluso corpulenta. Su cabello y el rostro tenían una apariencia algo harinosa, como si acabara de salir de un molino, pero esto se debía más bien a su propia constitución. Sus ojos carecían de expresión, pero era debido a que, sin duda, no tenía nada que expresar. En realidad era una mujer fría, apática, abotargada; una especie de cirio apagado que probablemente no se había encendido jamás. Por su

Librodot

instrucción distaba de ser una notabilidad, pero en cuanto se refería al decoro social, la señora General era sumamente escrupulosa.

En el convenio de San Bernardo la pequeña Dorrit entabló conocimiento con la señora Gowan y cuando, al día siguiente, su familia se puso en camino, surgieron algunas discusiones respecto a su falta de tacto, ya que la pequeña Dorrit pareció olvidar con excesiva frecuencia el nuevo rango de su familia.

Después de recorrer varias ciudades, visitando en ellas cuantas maravillas eran dignas de verse, la familia Dorrit llegó al fin a Venecia y, como se proponían pasar algún tiempo en aquella ciudad, el señor Dorrit alquiló un inmenso palacio a orillas del Gran Canal. Ese fue el sueño más maravilloso para Amy, que nunca hubiera imaginado pudiera existir una ciudad donde el agua fuera el pavimento de la calle.

* * *

«Querido señor Clennam:

»Le escribo en mi dormitorio, en Venecia, pensando que le agradará recibir noticias mías; con todo, sé muy bien que no puede experimentar tanto placer al recibir mi carta como lo experimento yo al escribírsela, pues no debe echar nada de menos... si no es mi ausencia, lo que sólo notará algún que otro momento, mientras que mi vida ha variado de tal forma, y encuentro a faltar tantas cosas...

»Cuando estábamos en Suiza encontré a la señora Gowan que, como nosotros, había emprendido una excursión a los Alpes. Entonces me encargó que cuando le escribiera le dijera de su parte que nunca le olvidaría. Esa señora me manifestó mucha confianza y la quise desde el primer momento, cosa no muy difícil, pues, ¿quién no simpatizaría con tan bella y amable persona.

»No quisiera que se preocupara por la señora Gowan aunque debo confesar para mí que hubiera deseado un esposo de mejor condición. Me parece que el señor Gowan no es muy formal y que ella se ha dado cuenta; aunque no es motivo para que usted se inquiete, porque ella me aseguró que era muy feliz. Cuando vuelva a verla, que espero sea pronto, seré para ella una buena amiga.

»Desearía saber cómo les va a los esposos Plornish en el comercio que mi padre les estableció. Pienso mucho en la pobre Maggy y supongo debe de echarme mucho de menos. ¿Querrá usted decirle de mi parte que la amo siempre y que esta separación la siento más que ella?

»Mi padre y mi tío no se encuentran bien y tratan de que me distraiga; pero pienso demasiado en el pasado y siempre me parece que voy a ver a alguien conocido. También me sucede algo que tal vez le parezca extraño: es que él... no necesito nombrarle, me inspira la misma compasión de antes, por mucho que haya cambiado y por muy satisfecha que esté al verle. A veces desearía abrazarle y decirle lo mucho que le quiero pero no lo hago porque ni él, ni la señora General, ni mi hermano Edward, lo considerarían razonable.

»Querido señor Clennam: entre las ideas locas que le he confiado, algo me preocupa. Es la esperanza de que en sus ratos de ocio piense en mí alguna vez. Temo que al hacerlo crea que he variado; no lo piense así, pues no podría resignarme a ello y me afligiría mucho. Le ruego que no me considere como la hija de un hombre rico. Acuérdese de la muchacha pobremente vestida que usted protegió con tanta ternura y a quien secó los pies mojados en el fuego encendido por usted. Piense en mí cuando le quede tiempo, recordando mi leal afecto, mi eterna gratitud; piense en mí como en otro tiempo pensaba en su humilde amiga.

»La pequeña Dorrit.

»P.D. - Le ruego sobre todo que no se preocupe por la señora Gowan. Es muy feliz y está perfectamente bien. Esas son sus palabras. ¡Y qué hermosa la encontré!»

* * *

Hacía dos meses que la familia Dorrit residía en Venecia cuando el padre, que visitaba tantos condes y marqueses que apenas le quedaba un momento libre, reservó cierta hora de cierto día para tener una entrevista con la señora General. Durante la entrevista se discutió acerca de los modales de la pequeña Dorrit y una vez el señor Dorrit hubo comprendido que la señora General no se ofendería si, en su presencia, hablaba a tal respecto con su hija, la mandó llamar.

-Hija mía -le dijo-. La señora General y yo acabamos de hablar de ti y a los dos nos parece que estás como disgustada, desconcertada... ¿Puedes explicarme la causa?

-Creo, padre, que necesito algún tiempo para acostumbrarme a mi nueva vida.

-Me parece Amy -replicó el anciano caballero frunciendo el ceño-, que has tenido tiempo suficiente y no ocultaré... que me extraña tu conducta. Siempre he querido que fueras mi amiga y compañera y ahora te ruego... ¡bueno!... muy formalmente que te conformes con tu nueva posición. Pon atención en las observaciones que se te hagan y trata de conducirte como cumple a... la señorita Dorrit. Así lograrás darme una alegría.

La viuda intervino para indicar que si Amy aceptaba el auxilio de sus consejos, el señor Dorrit no tendría motivo de queja. Y a tal efecto añadió algunas observaciones, retirándose después con el porte de una reina, seguida por la pequeña Dorrit, que no consiguió que su padre rectificara su manera de ver las cosas y diera de lado aquel orgullo que parecía reinar en su corazón.

-He sufrido mucho -le había dicho su padre-, tanto, que nadie es capaz de saber hasta dónde llegaron mis padecimientos... Todo he podido olvidarlo y he conseguido presentarme en el mundo como caballero sin mancha. ¿Es mucho exigir a mis hijos que intenten imitar mi ejemplo para borrar el recuerdo de aquella época maldita? Todos lo olvidan menos tú, Amy -le había dicho en una ocasión-. Te he confiado a una dama para que te ayudara a borrar ese recuerdo y tampoco lo consigue. ¿Te parece poco motivo para estar enojado?

Ni el beso que le dio su hija consiguió que el anciano rectificara y después de despedirla, llamó al ayuda de cámara, al que habló con suma dureza.

Esa fue la única ocasión, salvo otra de la que hablaremos en tiempo oportuno, en que el señor Dorrit habló a su hija de tiempos pasados.

* * *

Cierto día la pequeña Dorrit se dirigió a casa de los Gowan. Un criado la condujo hasta el salón donde se encontraba Minnie bordando. Como dos buenas amigas empezaron a charlar, ocultando la señora Gowan su confusión al haber sido sorprendida trabajando.

-Usted sabe -dijo Minnie- que ha cautivado el corazón de mi esposo y casi debería de estar celosa.

Amy movió la cabeza ruborizándose.

-Favor que ustedes me hacen.

-No lo creo yo así -replicó Minnie-, pero de todas maneras, tenga la bondad de pasar a su taller. No me perdonaría el haberla dejado partir sin avisarle.

Lo primero que vio la pequeña Dorrit al entrar en el taller, fue la figura de Blandois de París, embozado en una gran capa y llevando en la cabeza un sombrero de bandido calabrés. Estaba de pie en un tablado al otro extremo del taller y al ver a la señorita Dorrit se descubrió al punto, saludándola con el sombrero de anchas alas, sin moverse de su rincón.

Henry Gowan explicó a la pequeña Dorrit que Blandois le servía de modelo para hacerle un favor, ya que los artistas pobres no disponen de dinero para tirarlo por la ventana.

La pequeña Dorrit pensó que el señor Blandois tenía efectivamente el aire de un bandido y escuchó las explicaciones del pintor con aire algo temeroso, influenciada por la mirada de Blandois. El artista pensó que tal vez en aquel instante estaba acariciando al animal, y como el perro soltara un gruñido, se volvió para decir a la joven:

-No tenga miedo. No le hará ningún daño.

-A mí no me da miedo -replicó la pequeña Dorrit-, pero mire' usted lo que hace.

El perro que era muy grande, a pesar de estar sujeto por el collar del que Gowan, advertido por la pequeña Dorrit, estaba tirando con toda su fuerza, intentando llegar al tablado para atacar al señor Blandois.

-¡Leon! ¡Leon! -gritó el pintor intentando retener al animal que se había alzado sobre sus patas posteriores-. ¡Aquí, aquí...! ¡Salga usted, Blandois! Ocúltese en cualquier parte. ¿Por qué ha irritado al animal? ¿No ve que puede hacerle pedazos...?

-Yo no he hecho nada.

-¡No importa! Salga inmediatamente, porque no puedo contenerle más. Salga del taller, si no, le matará.

El perro, ladrando furiosamente, hizo un último esfuerzo mientras desaparecía Blandois. Luego, Gowan, enfurecido, le golpeó fuertemente hasta que el hocico del animal se lleno de sangre.

-Y ahora -gritó Gowan-, échate en ese rincón, o te saco fuera y te mato de un tiro.

El animal obedeció lamiéndose las heridas mientras su amo recobrada la tranquilidad, pedía excusas a la pequeña Dorrit:

-El animal tiene sus simpatías -le dijo-, y no parece que mi amigo le sea simpático, pero ésta es la primera vez que se comporta de esta forma.

La escena había resultado muy violenta para las dos mujeres y la pequeña Dorrit abrevió su visita. El señor Gowan la acompañó hasta el pie de la escalera pidiéndole toda clase de disculpas.

Junto a la orilla, Amy fue saludada por Blandois. La pequeña Dorrit le habló de «Leon» y él le dijo con aire sombrío:

-Presiento que a ese animal le quedan pocas horas de vida. Alguien le ha envenenado.

* * *

Al cabo de algún tiempo el señor Blandois presentó sus respetos a la familia Dorrit y como el padre de Amy tenía la intención de hacerse un retrato, hablóle de esa idea que el francés se apresuró a aprobar y llegó a ofrecerse para proponérselo a su amigo Gowan. Este recibió aquella oferta en forma altamente desdeñosa, pero apresurándose a aceptarla, ya que de esa manera podría subvenir a sus necesidades y adquirir pan y queso como si estuviera limitado a tan parca alimentación.

* * *

La pequeña Dorrit manifestaba un cariñoso interés por la señora Gowan, tanto más cuanto creía notar en ello cierto aire de tristeza que atribuía a las habladurías de su marido respecto a la diferencia de clase que les separaba. Como si el azar hubiera querido mostrarse favorable a esa amistad, las dos tuvieron una nueva muestra de la igualdad de sus gustos y la semejanza de sus carácteres al darse cuenta de que ambas sentían la misma aversión por el señor Blandois de París.

-Fue él quien mató al perro -le dijo Minnie a la pequeña Dorrit.

-¿Lo sabe el señor Gowan? -le preguntó Amy, mirando con recelo al francés.

-Nadie lo sabe, pero estoy segura de que es él... Usted también lo cree, ¿verdad?

-Francamente, yo... lo temo.

-Mirado bien, parece profesarle cierta amistad y no sospecha porque es demasiado franco y generoso; pero algo me dice que usted y yo juzgamos a ese Blandois como se merece. El dice que el perro ya estaba envenenado cuando se enfureció y quiso acometerle. Henry le cree; pero usted y yo, no.

La estancia de la familia Dorrit en Venecia tocaba a su fin y se dirigieron a Roma después de haber alquilado un magnífico hotel en el Corso, en medio de la ciudad, donde todo parece esforzarse por resistir al progreso, manteniéndose en pie sobre las ruinas del pasado.

CAPITULO X

Cuando Arthur Clennam recibió la carta de Amy sintió una profunda emoción, pero no por eso dejó de reconocer que no era sólo la distancia la que le separaba de su amiguita, sino otros obstáculos más difíciles de vencer.

Sin embargo, sabía que la pequeña Dorrit no había variado y su afecto por ella era tan semejante a una ternura paternal que, de saberlo, habría molestado profundamente a Amy.

Clennam visitaba con frecuencia a los señores Meagles quienes no podían desvanecer una impresión de tristeza a pesar de las cartas recibidas de Minnie, en las que les aseguraba que era feliz y que amaba a su esposo. Cierto día los señores Meagles tuvieron que soportar las impertinencias de la señora Gowan, que llegó hasta el punto de preguntar a Clennam si no era cierto que ella se había opuesto siempre a la boda de su «pobre muchacho» con aquella «joven tan hermosa», con lo que manifestó que fue sólo la hermosura de Minnie lo que hizo que su «pobre muchacho» cayera en las redes de aquellos advenedizos.

Durante una de esas visitas, la respetable señora le contó que había visto a Tattycoram. Arthur creyó que era una visión o una alucinación de la señora, aunque se guardó mucho de decírselo y herir su susceptibilidad.

Pero aquella misma noche, cuando cruzaba por el Strand precisamente a la hora en que se encendían los faroles, vio a dos pasos de sí a Tattycoram. La joven iba acompañada de un hombre con aspecto de fanfarrón, bigote negro y mirada aviesa, que a juzgar por su manera de embozarse en la capa denotaba ser extranjero.

Cuando se acercaron, les oyó que decían:

-Es necesario que espere usted hasta mañana.

-Dispénseme que le haga presente -replicó el desconocido en tono muy cortés- que eso me contraría mucho. ¿No podríamos arreglarlo esta misma noche?

-No; le repito que debo ir a buscarlo yo misma antes de dárselo.

La señorita Wade, al pronunciar estas palabras, se había detenido como si diera término a la entrevista y, al verlo, Tattycorum se apresuró a acercarse.

-Eso me perjudica un poco -replicó el extranjero-, y no es nada en comparación con el servicio prestado. Esta noche no tengo dinero y aunque puedo acudir a un excelente banquero de esta ciudad, prefiero esperar a girar por una cantidad interesante.

-Harriet ¯dijo la señorita Wade-, entiéndete con este... caballero para enviarle algún dinero mañana.

La señorita Wade pronunció la palabra caballero con tono singularmente desdeñoso y se alejó de allí dejando a Tattycoram hablando sola..., con el desconocido. Clennam se fijó que la muchacha miraba de vez en cuando al extranjero con aire escrutador, pero procurando no acercarse demasiado a él.

Poco después el extranjero se marchó tarareando una canción francesa.

Clennam siguió a las dos mujeres, que caminaban cogidas del brazo y que después de atravesar Covent Garden se encaminaron hacia el noroeste, viendo con gran sorpresa que entraban en la calle donde vivía el «patriarca». El asombro de Arthur creció de punto cuando las vio llamar y entrar en casa del señor Casby. Dejó que pasaran algunos minutos y a su vez llamó a la puerta del «patriarca».

En cuanto estuvo en presencia de Flora tuvo que soportar los reproches amistosos por su tardanza en dejarse ver pero cuando tuvo oportunidad de exponer el motivo de su visita lo hizo con meridiana claridad:

-Deseo vivamente, Flora, hablar con una persona que se encuentra en este momento en su casa... con el señor Casby, sin duda. Es una joven que acaba de entrar aquí y que, dejándose guiar por malos consejos, ha huido de la casa de uno de mis amigos.

Papá recibe tanta gente, y tan rara, que sólo por usted me atrevería a bajar a su cuarto. Espéreme. En seguida vuelvo.

Flora volvió e hizo seña a Arthur de que la siguiera.

Cuando entraron en la habitación del «patriarca», éste estaba solo, dando vueltas a sus pulgares como si no se hubieran detenido nunca desde la última visita de Arthur.

-Señor Clennam -le dijo al verle entrar-, me complace mucho su visita; supongo que sigue usted bien. Sírvase tomar asiento.

-Esperaba, señor Casby -repitió Clennam con aire contrariado-, que no le encontraría solo.

-¡Ah! ¿De veras? repuso el «patriarca» con tono meloso.

-¿Puedo preguntarle si la señorita Wade ha salido ya? -le preguntó Clennam con inquietud.

-¡Ah! ¿Conque le da usted el nombre de señorita... Wade? -replicó Casby-. Me parece muy conveniente.

-¿Cuál le da usted? -preguntó Arthur con viveza.

-También la llamo Wade. ¡Oh! Yo no la llamo de otra manera.

Después de mirar atentamente al «patriarca», el señor Clennam explicó:

-La señorita Wade iba acompañada de una joven que fue educada por unos amigos míos y en la que su nueva ama no parece ejercer la más saludable influencia, por lo que desearía poder decirles a mis amigos que esa joven no ha perdido todo derecho al interés que aún les inspira.

-¡Vaya! ¡Vaya! -murmuró Casby.

-¿Sería usted tan amable de darme las señas de la señorita Wade?

-¡Qué lástima! ¡Qué contratiempo! Si me lo hubiese usted preguntado cuando esa persona estaba aquí, hubiera podido complacerle. La señorita Wade reside casi siempre en el extranjero. Hace años que viaja. Es caprichosa e inconstante como no debe serlo ninguna mujer. Pueden transcurrir años sin que vuelva a verla. E incluso puede que no vuelva a verla nunca. ¡Qué lástima!

Considerando Clennam que no obtendría nada del «patriarca» y teniendo en cuenta que aquélla era la hora en que Panks acostumbraba a salir del despacho, se despidió de Flora y del señor Casby y esperó en la calle al agente. Después de estrecharse las manos, Arthur le preguntó sin ningún preámbulo:

-Presumo que se habían marchado de veras, ¿no es así, Panks?

-Sí, ya estaban fuera.

-¿Sabe Casby las señas de esa dama?

-Lo ignoro, pero presumo que sí.

-¿Y usted sabe dónde vive?

-No sé dónde vive -respondió el agente-, pero me lisonjeo de conocer la historia de esa dama tanto como ella misma. Es hija de alguien... pero ella no sabe quién es ese alguien. Está sola en el mundo. Pero hay una gran cantidad de dinero para entregarle.

-Creo -exclamó Clennam con aire pensativo-, que por casualidad sé a qué bolsillo irá a parar ese dinero.

-¿Sí? Pues si es para tratar un negocio le aconsejaría a la parte contraria que tuviera mucho cuidado en no faltar a su compromiso. Aunque joven y hermosa, es temible y no me fiaría de ella.

Panks se quedó mirando a su amigo y viéndole que seguía pensativo, continuó diciendo:

-Lo que todavía no comprendo es cómo no ha puesto en un brete al señor Casby, única persona a quien puede echar mano para saber la verdad de su historia. Y a propósito de echar mano, aquí entre los dos, le diré que algunas veces me siento muy inclinado a arreglarle las cuentas al «patriarca».

-¡Por Dios, Panks! No hable así.

-Entendámonos -repuso el agente, apoyando en el brazo de Clennam sus dedos sucios-, no pretendo decir que le cortase el cuello; pero, por lo más sagrado, le juro que si se extralimita demasiado, le cortaré la cabellera.

Después de darse a conocer bajo un nuevo aspecto, Panks se despidió gravemente de Clennam y alejóse deprisa y corriendo.

* * *

El inesperado encuentro con Tattycoram preocupó mucho Clennam durante varios días, pero como no pudo saber nada en limpio, le fue forzoso resignarse a una enojosa incertidumbre, y como hacía algún tiempo que no visitaba a su madre, cierto día, al salir de la fábrica, se dirigió a la lúgubre mansión donde transcurrió su infancia. No había hecho más que entrar en la estrecha calle que confinaba con el recinto y el patio de la casa de su madre, cuando unos pasos se oyeron tras él y un empujón le envió a dar contra la pared, oyendo cómo el otro le decía tranquilamente:

-Perdón. No ha sido culpa mía.

Con extraordinaria sorpresa vio Arthur que aquél era el hombre que tanto le había preocupado aquellos últimos días.

-Parece que es usted algo impaciente -díjole Arthur.

-En efecto. La impaciencia es propia de mi carácter. ¡Rayos del cielo!

Y volvió a llamar, sin preocuparse de lo tardío de la hora.

Al ruido que hizo la señora Jeremiah al correr la cadena, los dos hombres volvieron la cabeza y miraron a Affery que había abierto la puerta y que, teniendo un candelabro en la mano, preguntaba:

-¿Quién llama así a estas horas? ¡Cómo! ¡Arthur! -exclamó al verle primero-. Seguramente no puede ser usted quien se anuncie así... ¡Ah! ¡Dios me ampare! -gritó al ver al otro-. No... ¡Ahora veo que es el otro que ha vuelto!

-Claro que soy yo, señora Jeremiah -replicó el desconocido-. Vaya en busca de mi buen amigo Fintwinch y dígale que ha venido este bueno de Blandois. Mientras tanto, permítame que presente mis respetos a la señora Clennam. ¿Le ha sucedido algo nuevo...? Muy bien, me alegro mucho. Pero abra de una vez.

En el mismo instante se oyó la voz muy oportuna de la señora Clennam que decía desde su habitación:

-Affery, déjalos subir a los dos; Arthur, ven al instante.

-¡Arthur! -exclamó Blandois descubriéndose y saludando con exagerada cortesía-. ¿El hijo de la señora? Soy el más fiel servidor del hijo de la señora.

Clennam le dirigió una mirada tan hostil como la primera y sin contestar al saludo subió las escaleras seguido del desconocido mientras Affery iba en busca de su esposo.

-Señora -dijo Blandois en cuanto entró en la habitación de la enferma-, ruego a usted tenga la bondad de presentarme a su señor hijo. Me parece que se muestra hostil conmigo y desde luego debo decir que no se ha mostrado muy cortés,

-Caballero -replicó Arthur con viveza-, quien quiera que seáis y que sea cual fuere el objeto de vuestra visita podéis estar seguro de que si yo mandara en esta casa ya os habría enseñado el camino de la puerta.

-Si fuese el amo, sí; pero no lo es -replicó la madre, sin mirar a su hijo-, si yo tuviese algún motivo de queja no necesitaría apelar a los otros porque me basto yo misma.

Blandois, que acababa de sentarse, comenzó a reír a carcajadas y se golpeó ruidosamente las piernas.

-No tiene usted derecho alguno -continuó diciendo la señora Clennam a su hijo- para criticar a nadie y menos a un extranjero sólo porque, no adopta las costumbres de usted ni le toma por modelo.

En aquellos instantes se oyó abrir y cerrar la puerta de la calle y poco después se presentó Fintwinch. Apenas hubo entrado en la habitación, Blandois se levantó riendo y estrecho a Jeremiah en sus brazos, prorrumpiendo en exclamaciones de afecto como si se tratara de dos amigos de la infancia que no se hubieran visto desde hacía largo tiempo, golpeándole en la espalda y zarandeándole de tal manera que el viejo acabó por parecer una peonza.

La sorpresa, la cólera y la indignación con que Arthur asistió a aquella escena le hicieron enmudecer. El señor Fintwinch, cuando se hubo zafado de Blandois, volvió a recuperar la impasibilidad habitual de su rostro. Entonces la señora Clennam le dijo con voz severa y autoritaria:

-Arthur, haga el favor de dejarnos hablar de nuestros negocios.

-Obedezco madre, pero contra mi voluntad.

-Sea como fuere, haga el favor de dejarnos.

Arthur salió de la estancia completamente preocupado.

* * *

Una epidemia moral es más difícil de contener que una epidemia física y eso fue lo que ocurrió con el nombre del señor Merdle, que era repetido por miles de bocas, convirtiendo al banquero en un hombre de gran celebridad y renombre. Incluso los pobres vecinos del Corral del Corazón Sangrante se interesaban por el señor Merdle igual que si fueran bolsistas.

Un día que el señor Clennam y Panks se entretuvieron charlando, la conversación versó sobre Juan Bautista. Entre Clennam y el excéntrico Panks se había establecido una buena inteligencia desde el día en que liberaron a la familia Dorrit y ambos se marcharon juntos de Marshalsea.

-¿Ha observado usted a Juan Bautista? -le estaba preguntando Panks al señor Clennam, con aire preocupado.

-No. ¿Por qué?

-Es un hombre de muy buen humor y a quien aprecio mucho. Pero debe de haberle sucedido algo que le ha perturbado hondamente. ¿Sabe usted qué puede haber sido?

-Tal vez sea debido a esas especulaciones aventuradas de las que habla todo el mundo.

-¿Qué especulaciones? -preguntó Panks.

-Las del señor Merdle.

-¡Ah! ¿Se refiere usted a eso? No había pensado en ello.

La viveza con que respondió Panks llamó la atención de Clennam, a quien le pareció que el agente no le decía todo. Clennam aprovechó aquel momento para insistir y obligar al otro a que aceptara su invitación de acompañarle a comer. Ambos se dirigieron a casa de Arthur.

Después de fumar un rato en silencio, Panks lo rompió volviendo al asunto de Cavalletto.

-Habló usted antes -le dijo a Clennam- que le extrañaba que Juan Bautista hubiera invertido algo en el Banco Merdle y que por eso estaba preocupado.

-Efectivamente.

Al decir eso, Panks lanzó una bocanada de humo, fijando una mirada penetrante en Arthur, que pareció empezar a contagiarse de la enfermedad que ya se había apoderado del otro.

-Supongo que no querrá decir, amigo Panks, que usted aventuraría mil libras en empresas de esta índole.

-Ciertamente que sí, y la prueba es que ya lo hice. Y añadiré que si me he embarcado en ese negocio es porque considero muy hábil al señor Merdle, quien además de un gran capital cuenta con el apoyo del Gobierno. Me parece que en ningún sitio podría colocar el dinero tan bien y con una renta tan segura.

-Le confieso, Panks, que me extraña oírle hablar así.

-¡Bah! No diga eso; más bien debería usted imitarme. ¿Por qué no lo hace? ¿Además es usted quien coloca los fondos de la sociedad?

-Sí, y procuro hacerlo del modo más conveniente.

-Pues hágalo mejor aún, recompensando al señor Doyce por sus trabajos, con la participación en las ventajas del momento.

-Repito que procuro administrar lo mejor posible, amigo Panks. En cuanto a examinar a fondo esas nuevas empresas dudo que yo fuera capaz de semejante tarea. Además mi espíritu está acosado por dudas, como si creyera que nada de lo que tengo me pertenece.

Panks habló entonces con tono sosegado:

-Permítame darle un consejo: enriquézcase usted todo lo posible honradamente. Tal es su deber. Ese pobre Doyce cuenta con su socio y usted no debe defraudarle.

-¡Vamos, vamos! -replicó Arthur-. Creo que ya basta por hoy.

-Todavía una palabra, señor Clennam. ¿Por qué confiar los ahorros a bribones impostores! ¿Por qué dejar beneficios en manos de mi propietario y de hombres que se les asemejan? Eso es lo que usted y los que son como usted, hacen a diario. No puede usted decir que no, porque le he observado. Hágame caso y adquiera un billete para ganar el gran premio.

-¿Y si pierdo?

-¡Imposible! He profundizado la cosa: un nombre acreditado... una habilidad increíble... capitales inmensos... relaciones muy interesantes... y por último el apoyo del Gobierno. ¡Es imposible fracasar!

Así fue como Panks se las compuso para convencer al señor Clennam a colocar los fondos de su sociedad en las empresas del señor Merdle.

CAPITULO XI

Al terminar la primavera, el señor Dorrit marchó a Londres para asuntos de negocios, hospedándose en un hotel de Brrok Street. Al enterarse de ello el señor Merdle ordenó que preparasen su coche para el día siguiente, a fin de visitar al famoso nuevo rico y ofrecerle sus servicios.

Al día siguiente, cuando el señor Dorrit se disponía a desayunar recibió el aviso de que el señor Merdle estaba allí.

-¡El señor Merdle! -exclamó-. ¡Ah! Verdaderamente es un honor inesperado. Permítame usted expresarle..., ejem..., esta lisonjera atención. No ignoro que su tiempo tiene gran valor y que se haya dignado concederme algunos de sus preciosos minutos, es para mí... ¡ejem!..., un honor que me inspira el más vivo agradecimiento.

El señor Dorrit estaba tan agradecido que temblaba como un azogado mientras escuchaba la voz de ventrílocuo del señor Merdle que pronunciaba unas palabras, sin ningún significado, y que terminó diciendo:

-He quedado encantado de conocerle, caballero.

Cuando ambos se hubieron sentado, el señor Merdle le preguntó:

-¿Estará usted mucho tiempo entre nosotros?

-Mi intención es permanecer aquí sólo unos quince días.

El señor Dorrit recordó que necesitaba ver a su banquero y que éste habitaba en la City. ¡Tanto mejor! De esa manera podría ir a la City acompañado por el famoso banquero Merdle.

Para el señor Dorrit aquello fue como un sueño triunfal al pasear en el coche del opulento banquero, viendo como la gente se paraba para contemplarles y como parecían pensar: «Para ser amigo del señor Merdle, ¡debe de tratarse de un gran personaje!»

Aquel mismo día, a pesar de que se trataba de una comida improvisada, el señor Dorrit encontró en casa del banquero una brillante concurrencia, que había ido allí a tratar de altas finanzas.

* * *

El plazo fijado para su estancia en Londres estaba a punto de terminar cuando el señor Dorrit, que se estaba vistiendo para ir a visitar al señor Merdle, recibió una tarjeta de visita en la que se leía: «Señor Flinching».

El criado esperaba órdenes en actitud respetuosa.

-Oiga, ¿puede explicarme por qué me trae esta ridícula tarjeta? -preguntó el anciano-. Jamás he oído el nombre de Flinching.

-Es una dama, señor.

-Sepa que no conozco a nadie de ese nombre. No conozco ningún Flinching de ningún sexo. Puede llevarse esta tarjeta.

-Dispense, señor. Pero esta señora ha dicho que ya sabía que su nombre le sería desconocido y me rogó le dijera que en otro tiempo tuvo el honor de conocer a la señorita Dorrit..., a la señorita Amy Dorrit.

El anciano frunció el ceño y después de una pausa contestó:

-Diga a esa señora Flinching -y recalcó el nombre plebeyo para indicar al sirviente que él era el solo responsable-que puede subir.

En aquellos instantes había pensado que si no recibía a la tal dama, ésta podría dejar un recado inoportuno, o hacer alguna alusión poco agradable a la posición social que en otro tiempo había ocupado.

Momentos después, Flora Flinching estaba ante el señor Dorrit que la invitó cortésmente a ocupar un asiento no sin manifestar en voz alta, para ser oído por el sirviente,

que no tenía el gusto de conocerla.

-Le pido mil perdones, señor Dorrit -empezó a decir Flora en cuanto quedaron solos-, por las molestias que pueda ocasionarle, pero conocía a la querida niña... que, atendido el cambio de circunstancias, perdone si la alusión le parece indiscreta, nada más lejos de mi pensamiento... pues sabe Dios que dos chelines y medio por día eran bien poca cosa para una obrera tan hábil..., y además en eso no puede verse nada degradante..., antes al contrario.

-Señora -interrumpió el anciano, respirando con fuerza-, si debo comprender que hace usted alusión a los antecedentes de..., ¡ejem!..., mi hija, refiriéndose al pago de un jornal, me apresuraré a contestarle que ese hecho..., ¡ejem!..., aun suponiendo que sea cierto..., no ha llegado jamás a mi conocimiento..., ¡ejem!... Y es cosa que nunca hubiera tolerado. ¡Ah! ¡Nunca! ¡Jamás!

-¡No es necesario que insista! -repuso Flora-, por nada del mundo le hubiera hablado de este particular si no hubiese pensado que ello me serviría de carta de recomendación. En cuanto a lo de ser un hecho, créame, caballero. Fue precisamente en mi casa donde el señor Clennam comunicó a la querida niña la buena noticia, que él sabía por boca de Panks... Esto es lo que me ha inducido a venir.

Aquellos dos nombres hicieron fruncir el ceño del señor Dorrit.

-Tenga la bondad, señora -replicó con tono al vacilante-, de explicarme qué desea de mí.

-Es usted muy amable al autorizarme a hacerle una petición. No es probable, ya lo sé, pero como leí en los periódicos que había estado usted en Italia y que no tardaría en regresar, pensé que tal vez pudiera decirnos dónde podríamos encontrarle... Sería una buena cosa y todos estaríamos tranquilos.

-Perdone, señora -replicó el señor Dorrit, a quien aquella charla empezaba a embrollar las ideas-, ¿de quién habla usted en este momento?

-Del extranjero que llegó hace poco de Italia y que desapareció en la City, según habrá podido leer en los diarios... El señor Panks cuenta cosas atroces de él..., comprenderá usted la indignación del señor Clennam..., quiero decir de Doyce y Clennam.

Felizmente para el señor Dorrit, que de otro modo no se hubiera enterado de nada, Flora sacó de su bolso un anuncio en el que se decía que un extranjero llamado Blandois, llegado últimamente de Venecia, había desaparecido en la City. Se daban referencias de la hora en que había entrado en una casa y de los testimonios de los vecinos que aseguraban haberle visto salir, pero al que no había vuelto a verse y cuyo paradero se ignoraba.

-¡Blandois! ¡Venecia! -exclamó el señor Dorrit-. Yo conozco a ese caballero y lo recibí en mi casa. Es el amigo de un caballero de buena familia, aunque algo apurado, a quien yo he protegido.

-Entonces mi súplica será más insistente. Cuando vuelva

a Italia tenga la bondad de fijarse a lo largo de todo el camino, preguntar en los hoteles y posadas, viñedos, volcanes y otros sitios, porque preciso es que se halle en alguna parte... ¿Por qué no da señales de vida?

El señor Dorrit, contestó que consideraría un deber practicar aquellas pesquisas, y Flora, satisfecha del éxito de su visita, se marchó acompañada por el señor Dorrit que la dejó en el umbral de la puerta.

Poco después el señor Dorrit, después de haber enviado una tarjeta al banquero excusándose de no ir a visitarle, se dirigió al local de Clennam y Compañía cuya dirección constaba en el cartel.

Cuando llegó frente a la casa de la señora Clennam llamó a la puerta. Abrió la puerta una anciana con la cabeza tapada por la cofia.

-¿Quién es? -preguntó.

El señor Dorrit explicó que llegaba de Italia y deseaba unos informes respecto al extranjero que había desaparecido. Jeremiah, que estaba escuchando, bajó al portal y obligó a su mujer a que condujera al visitante a presencia de la señora Clennam.

-¿Con que llega usted de Italia, caballero? -preguntó la señora cuando estuvo ante ella-. ¿Supongo que me trae usted noticias?

-Al contrario -replicó el señor Dorrit sorprendido por aquella interpelación-. Precisamente venía a pedir informes.

-Desgraciadamente, no le puedo dar ninguno -dijo la señora Clennam-. Jeremiah, dele al caballero varios anuncios y acérquele una luz para que pueda leer uno ahora.

Para ganar tiempo, el señor Dorrit aparentó leer aquel anuncio como si no conociera su contenido.

-Ahora, caballero -dijo la viuda-, ya sabe usted tanto como nosotros. Conque..., ¿el señor Blandois es amigo de usted?

-No... ¡ejem! Es un simple conocido.

-¿Por casualidad no le ha dado ningún encargo? -¿A mí...? ¡Ah, no! Ciertamente que no.

-¿Hace mucho tiempo que conoce al señor Blandois? -Menos de un año.

-¿Le ha hecho numerosas visitas?

-Dos solamente.

-Este señor, ¿vino para tratar de negocios en la fecha indicada en el anuncio?

-No.

Las respuestas eran lacónicas, pero el señor Dorrit no se asustó por aquello. A cualquiera hubieran parecido barreras infranqueables.

-Yo quisiera saber si se ha llevado algún dinero -insistió.

-Ninguno, nuestro por lo menos; aquí no ha recibido nada -replicó la señora Clennam.

-Presumo -añadió el anciano, mirando alternativamente a la señora Clennam y al señor Flintwich- que ustedes no se explican este misterio.

-¿Por qué presume usted eso? -respondió la anciana.

Aquella pregunta desconcertó al señor Dorrit y no supo qué responder mientras que la señora Clennam le explicó, al darse cuenta de su actitud, que ella sí comprendía aquel misterio, como él lo llamaba, y le dijo que lo atribuía a que el señor Blandois estaba viajando o que se escondía.

-¿Sabe usted que tenga..., ¡ejem!, algunos motivos? -No, caballero -replicó la señora Clennam con seque-

dad, añadiendo luego-: Usted me ha preguntado si yo me explicaba su desaparición, no si podía explicársela a usted. Creo que no estoy obligada a contestarle, ni usted tenía derecho a hacer semejante pregunta.

El señor Dorrit se excusó y se inclinó ante la anciana, dándose cuenta de que la mirada fría de aquella mujer estaba fija en él, igual que la del señor Flintwinch, quien bajó hasta la puerta de la calle para acompañarle, corriendo los cerrojos en cuanto el visitante se hubo alejado.

* * *

El banquete de despedida al señor Dorrit fue espléndido. Terminado el festín, el señor Merdle empeñóse en acompañarle sin hacer caso de sus protestas y nuestro hombre subió al coche rebosando satisfacción.

Ya estaba cruzando la antecámara de su hotel, con aire digno y sereno, precedido por media docena de lacayos, cuando un espectáculo inesperado le paralizó mudo de estupor. John Chivery, engalanado con su mejor traje de fiesta, con su sombrero bajo el brazo, un

bastón de puño de marfil y un paquete de cigarros en la mano, parecía estar esperándole para salirle al encuentro.

El portero se dirigió al joven y señalando al señor Dorrit le dijo que él era la persona que buscaba. Luego, el cancerbero del hotel se acercó al señor Dorrit para explicarle que el joven había insistido en aguardarle, pero ya el antiguo «padre de Marshalsea», rojo de furor, a punto de reventar de cólera lanzando al joven miradas furibundas, le decía en tono benévolo:

-¡Hola, John...!

-Buenas, señor.

El joven le siguió sonriente y satisfecho. Momentos después llegaron a las habitaciones del señor Dorrit. Los criados encendieron las luces y se retiraron.

-¡Señor mío! -exclamó entonces el anciano volviéndose y cogiendo al infeliz por el cuello-. ¿Qué significa esto?

La sorpresa y el espanto del infeliz visitante fueron tales que el señor Dorrit retiró su mano al punto, contentándose con dirigir al culpable una mirada de cólera.

-¿Cómo se atreve usted a venir aquí? -preguntó-. ¿Cómo tiene la audacia de presentarse aquí? Su presencia en esta casa es una afrenta, una impertinencia. Nadie le necesita ¿Para qué ha venido?

-Yo creí... que no rehusaría aceptar un paquete de...

-¡Que el diablo se lleve sus paquetes...! Yo no fumo.

El señor Dorrit, avergonzado de sí mismo, se dirigió a la ventana y apoyó la frente en el vidrio. Cuando se volvió tenía en la mano un pañuelo, con el que acababa de secarse los ojos. Parecía cansado y sé notaba que sufría.

-Lamento haberme comportado como lo he hecho, John -dijo-, pero hay recuerdos..., ¡ejem!, que no son nada agradable, y..., déme usted la mano, John. Le ruego que me deje los cigarros.

-Con mucho gusto, señor -replicó el joven dejándolos en la mesa con la mano temblorosa.

-Y... sería para mí una satisfacción enviar con un mensaje tan digno de confianza..., un donativo para repartir entre los..., entre ellos, ya me entiende usted, según sus necesidades. Espero que no rehúse hacerme este favor.

-Muy al contrario, caballero. Entre ellos hay muchos necesitados de ayuda.

-Gracias, John... Voy a darle una carta orden.

La mano le temblaba de tal manera que necesitó mucho tiempo para trazar unas líneas apenas inteligibles ordenando a su banquero que entregara al portador cien libras esterlinas.

Unos días después el señor Dorrit emprendió la marcha hacia Marsella, construyendo siempre mentalmente sus castillos, de la mañana a la noche. Ninguna de las ciudades amuralladas por donde pasó, poseía una fortaleza tan sólida, ni una catedral tan alta, como el castillo que había levantado. Y así, el señor Dorrit y su castillo desembarcaron en las sucias casas de Civitavecchia, para tomar después el camino de Roma.

* * *

Cuando el señor Dorrit llegó a Roma hacía cuatro horas que el sol se había puesto y los suyos no le esperaban ya. Así es que cuando la berlina se detuvo ante la puerta, sólo el portero acudió a recibir al amo.

-¿Ha salido la señorita Dorrit? -preguntó el viajero. -No, señor. Está en casa.

Al volver la cabeza su hermano le vio y lanzó una exclamación, coreada por la pequeña Dorrit, que se levantó al punto para abrazar repetidas veces a su padre, sin darse cuenta de que éste parecía descontento y malhumorado.

-Me alegro de conseguir al fin dar con vosotros -le dijo-. Menos mal que consigo encontrar a alguien para darme la bienvenida.

-¿Por qué me miras así? ¿Qué hay en mi cara... digno de un interés tan especial?

-No le miro de ninguna manera especial, padre. Simplemente me complace verle... Eso es todo.

Al ver a su padre tan irritado, la pequeña Dorrit, en vez de justificarse, permaneció en pie a su lado sin decir palabra. El anciano, sentado entre Amy y su hermano Frederick, quedó sumido en un profundo letargo por espacio de un minuto, del que salió sobresaltado.

-Frederick -dijo entonces, volviéndose hacia su hermano-. Te aconsejo que te acuestes en seguida. Hace tiempo que deberías estar acostado. Pareces muy débil.

-No, Williams; te haré compañía mientras cenas.

Una vez que hubo terminado de cenar, rechazó el ofrecimiento de su hija, que quería acompañarle a su habitación, asegurándoles que él no estaba tan achacoso como su hermano. Y con esas palabras subió las escaleras, mientras pensaba en la conveniencia de casar a la pequeña Dorrit.

Cuando estuvo solo en su habitación empezó a examinar las compras hechas en París y después de abrir los estuches para contemplar las joyas las encerró bajo llave.

La señora General envió al otro día, a una hora oportuna, un recado al señor Dorrit manifestándole su deseo de que se hubiera repuesto de la fatiga del viaje. El anciano dio las gracias del mismo modo, asegurando hallarse perfectamente, pero sin salir de sus habitaciones, hasta bastante tarde y, aunque se vistió con esmerada elegancia, su aspecto no correspondía a lo que había dicho con respecto a su salud.

Como la familia no recibía visitas aquel día comieron solos. El señor Dorrit invitó a la viuda a sentarse a su derecha con mucha ceremonia, y Amy no dejó de observar que su padre se había vestido con mucho esmero y que su modo de comportarse con la señora General era algo extraño. En cuanto a ella, el barniz de sus modales, impedía descubrir en ella nada, pero algunas veces, la pequeña Dorrit creyó ver un brillo de triunfo en sus ojos.

Al día siguiente el señor Dorrit no salió de su habitación, pero a la una de la tarde encargó a su mayordomo que saludara en su nombre a la señora General, rogándole tuviera la bondad de acompañar a su hija de paseo, ya que él no podía hacerlo.

Aquella noche Amy estaba ya vestida para asistir a un banquete.

La mayoría de los invitados al banquete eran ingleses. Una vez sentados en la mesa, la pequeña Dorrit no dejaba de observar a su padre, ya que al salir de casa su cara no demostraba mucha salud. Cuando ya se acercaba la hora de los postres, la pequeña Dorrit recibió una nota de la anfitriona, rogándole que acudiera inmediatamente, pues su padre parecía indispuesto.

Sin apenas ser notada, Amy avanzó presurosa hacia la extremidad opuesta de la mesa y en aquel instante su padre, que aún la creía en su sitio, se levantó gritando:

-¡Amy! ¡Amy, hija mía!

Una sola vez preguntó el señor Dorrit si Tip estaba libre; pero después de eso el recuerdo de su hijo pareció borrarse de su memoria. No así el de Amy, que tanto hiciera por él y a quien tan mal recompensó después. El anciano creía estar en Marshalsea, pensando que Amy desempeñaba las mismas funciones de entonces y como la necesitaba a cada instante no sabía moverse de un lado a otro sin su auxilio. En cuanto a la pequeña Dorrit estaba continuamente junto al lecho de su padre y hubiera dado su vida por salvar al anciano.

Así pasaron diez días, Amy rendida de cansancio y el anciano perdiendo las fuerzas a cada segundo; las arrugadas facciones del enfermo comenzaron a quedar tersas y el castillo imaginario que había construido desapareció completamente de su imaginación. Poco a poco su fisonomía rejuvenecida por la proximidad del fin se pareció más que nunca a la de la pequeña Dorrit, y al fin el anciano quedó sumido en el sueño eterno de la muerte.

CAPITULO XII

Gracias a ciertas indicaciones de Panks, el señor Clennam, que acababa de desembarcar en Calais procedente de Londres, dirigíase a buen paso en busca de cierta calle y cierto número grabados en su memoria.

La casa tenía un aspecto lúgubre y el albadón al sonar produjo un eco sordo y triste. La puerta de la calle se abrió y Clennam fue invitado a pasar por la sirvienta que le había abierto.

-¿A quién debo anunciar, caballero?

-Al señor Blandois -repuso Clennam.

-Muy bien, señor.

A los pocos minutos abrióse una puerta que comunicaba con otra habitación y se presentó la señorita Wade, manifestando gran sorpresa al ver a Clennam y mirando en torno suyo como si buscara a otra persona.

-Dispense, señorita Wade -dijo Arthur-. Estoy solo. -Sin embargo, no me han anunciado el nombre de usted.

-No; ya lo sé. Discúlpeme. Pero sabía que con mi nombre es probable que no me hubiera recibido. Por eso me he permitido utilizar el nombre de la persona que busco. Un nombre que a usted no le es desconocido.

-No le comprendo, señor Clennam.

-Es muy fácil, señorita Wade. Ese Blandois es la persona que usted encontró en Londres hace algún tiempo, a quien usted dio cita cerca del Támesis... En Adelfi.

-¿Quién me vio, usted u otro?

-Yo mismo. Pero no se alarme, no es ése el motivo que me trae a esta casa. Vengo a pedirle un favor.

-¡Ah, viene usted a pedirme un favor!

Clennam le comunicó la desaparición de Blandois y le enseñó uno de los avisos que hizo imprimir su madre, y preguntóle si no podría darle noticias del paradero de aquel individuo con el que, estaba seguro, le unía alguna relación.

-No sabía yo todo eso -replicó ella, fríamente, devolviendo el anuncio.

-Usted no me cree -añadió ella con un gesto desdeñoso- y, sin embargo, le digo la verdad. En cuanto a las relaciones personales yo no soy menos que su madre y a ella la creyó cuando le dijo que no lo conocía.

Esas palabras y la sonrisa con que fueron acompañadas, encerraban una insinuación tan clara, que la sangre de Clennam pareció afluir a sus mejillas. Satisfecha del resultado obtenido, la señorita Wade prosiguió, diciendo:

-Señor Clennam -replicó-, tenga presente que yo no supongo nada respecto a ese hombre. Afirmo sin paliativos que es un miserable, capaz de cualquier cosa si le pagan, y presumo que cuando un individuo así va a alguna parte es porque le necesitan. Si yo no le hubiera necesitado, esté seguro que no me hubiera visto en su compañía.

La insistencia de su interlocutora en mantener la sospecha que ya se había despertado en su espíritu, hizo que el señor Clennam guardara silencio y después de unos segundos se pusiera en pie para despedirse. Pero la señorita Wade le retuvo preguntándole con expresión colérica:

-¿No era ese hombre el compañero del amigo de usted, Henry Gowan? ¿Por qué no le pide a él algún informe?

-El señor Gowan no ha visto a Blandois desde el viaje de éste a Inglaterra y nada sabe de él; además, no es más que un simple conocido de viaje.

-Lo comprendo, su amigo necesita encontrar conocidos en sus viajes porque tiene una mujer muy sosa... ¡y yo la odio! Pero más que a su esposa le odio mucho más a él, porque en otro tiempo cometí la necedad de amarle y era conmigo con quien tenía que casarse. Pero dejemos todo esto. Sólo me resta decirle que en Londres, como en Calais, sea cual fuere la condición de mi alojamiento, encontrará siempre a mi lado a Harriet. Tal vez no le disgustara saludarla antes de marchar.

Dos veces tuvo que llamar hasta que apareció la muchacha que en otro tiempo se llamó Tattycoram. La señorita Wade le preguntó si le podía dar algunos informes al señor Clennam respecto a Blandois, pero la muchacha sabía tan poco o menos que su ama.

Como Clennam estaba de pie cuando entró Tattycoram, la joven, suponiendo que ya marchaba, preguntóle con viveza: -¿Siguen bien, caballero?

-¿Quiénes?

Tattycoram iba a contestar «todos», pero dirigió una mirada a la señorita Wade y se limitó a decir:

-El señor y la señora Meagles.

-Estaban bien cuando recibí noticias de ellos la última vez. Ahora están viajando.

* * *

Cierto gobierno berberisco necesitó los servicios de uno de los ingenieros muy prácticos, capaces de construir con los elementos que tuvieran a mano cuantas máquinas necesitaran y Daniel Doyce fue uno de los ingenieros escogidos.

Se despidió de su socio, de los obreros y de Juan Bautista y marchó hacia el reino berberisco.

En la calma tranquila que sigue a una marcha, Arthur, sentado en su despacho, fija la vista en un rayo de sol, estaba absorto en sus reflexiones y por centésima vez repasó en su memoria las circunstancias que tanto le habían impresionado la noche que encontró a Blandois en casa de su madre. Pare-cíale estar viendo a aquel hombre en la puerta de la casona, tarareando la primera estrofa de una antigua canción que con frecuencia había oído a las niñas cantar a coro. Llevado de su pensamiento, Arthur repitió la estrofa sin darse cuenta de que lo hacía en voz alta ni de que Cavalletto, que se le había acercado, entonaba la segunda estrofa. Los dos hombres sonrieron al recordar sus años juveniles y aquellos niños que solían cantar la canción. Ello hizo pensar nuevamente a Arthur en aquel a quien se la había oído por última vez y, de pronto recordando otra frase de Blandois, la repitió maquinalmente:

-¡Rayos del cielo, señor mío; la impaciencia es propia de carácter!

-¡Cómo! -exclamó Cavalletto, palidencia de pronto.

-¿Qué le ocurre? -le preguntó Clennam.

-¡Ah, señor! ¿Sabe dónde he oído por última vez esa exclamación? ¿Se imagina cómo era el hombre que la pronunció?

Y con viveza característica de la gente de su nación, el italiano trazó una nariz, ahucóse el cabello, dilató su labio superior para representar un grueso bigote y echó sobre sus hombros la extremidad de un capote imaginario, imitando una sonrisa siniestra mientras ejecutaba una pantomima con increíble rapidez. Cuando hubo terminado Cavalletto permaneció inmóvil y pálido delante de su protector.

-¡En nombre del cielo! ¿Qué quiere decir esto, Juan Bautista? ¿Conoce usted a un hombre llamado Blandois?

-No. *Altro! Altro!* -exclamó el italiano enérgicamente.

-Espere -repuso Clennam, desdoblando el anuncio y extendiéndolo encima de la mesa-. ¿Era éste su hombre? Venga, lea.

Juan Bautista se acercó y después de leer con impaciencia hasta el fin, puso ambas manos abiertas sobre el impreso como si quisiera aplastar un animal dañino y exclamó mirando a Clennam:

-¡El es Rigaud! ¡Es él!

-Rigaud o Blandois es el mismo. ¿Dónde le conoció?

-En Marsella.

-¿Qué hacía allí?

-Estaba preso... y a mí me parece que era... ¡Un asesino!

El italiano refirió entonces el motivo de su estancia en la cárcel de Marsella, cómo había ocupado la misma celda que un hombre que entonces se llamaba Rigaud, cómo había encontrado al infame asesino en una posada de Chalons, donde le dijo que no le llamara por otro nombre que el de Lagnier y donde le propuso asociarse, pero de donde él corriendo para no estar en tratos con tan peligroso criminal. Al terminar su relato, Cavalletto volvió a poner las manos sobre el anuncio y exclamó con energía:

-¡Es él; es el mismo asesino!

- Cavalletto -dijo vivamente Clennam-. Si puede averiguar lo que ha sido de ese hombre o encontrarle, u obtener algún indicio de él, me dispensará un gran servicio y le estaré más agradecido de lo que usted puede estarlo de mí.

-No sé dónde buscarle -replicó el italiano besando con efusión la mano de Arthur-. Ni siquiera se me ocurre por dónde empezar a buscar, ni adónde ir; pero... ¡valor! Sus deseos son órdenes y ahora mismo empezaré.

-Ni una palabra de eso a nadie.

-*¡Altro!, Altro!* -exclamó Cavalletto, alejándose.

La revelación de Cavalletto, aportando nueva luz a sus ideas le decidió a proceder con mayor energía. Aquella misma noche puso su plan en ejecución y la primera contrariedad fue encontrar a Flintwinch sentado en la escalerilla con la puerta abierta. No dejaba de ser un contratiempo, porque ahora no podía hacer ninguna pregunta a Affery. Se limitó a saludar al anciano y preguntarle si había noticias del extranjero. El señor Fintwinch respondió que no con acento poco alentador.

Arthur subió a la habitación de su madre y después de los saludos de costumbre procedió a hablar del asunto que le interesaba, sin más dilación.

-Madre, he sabido hoy algo respecto a los antecedentes del hombre que encontré en esta casa que supongo usted ignora, y me creo en el deber de comunicarle.

-Yo no sé nada de ese hombre, Arthur.

-Mi informe es exacto, pues lo he tomado de buena fuente. -Y bien: ¿de qué se trata?

-Ese hombre ha estado preso en la cárcel de Marsella. -No es extraño -contestó la señora Clennam con la mayor sangre fría.

-Sí, pero advierta que no estaba preso por un simple delito, sino por un asesinato.

La paralítica se estremeció al oír esta palabra, pero preguntó con acento sereno:

-¿Quién ha dicho eso?

-Uno de sus compañeros de celda.

-¿Conocías los antecedentes de ese individuo antes de que te hiciese la confidencia?

-No.

-Y sin embargo, le conoces.

-Sí.

-Pues bien, ése es mi caso y el de Flintwinch con ese otro hombre, y aún la comparación no es del todo exacta porque tu individuo no te ha sido presentado por un corresponsal en cuya casa hubiera depositado dinero. ¿Qué dices ahora? No debes apresurarte en condenar a los demás, Arthur. Te lo advierto por tu interés.

Había energía en su mirada y tanta firmeza en su voz que si Arthur pensó poder ablandarla por un momento, hubo de abandonar aquella ilusión.

-Madre, espero que esto quede entre nosotros.

-¿Es una condición que .me impones?

-Sí.

-En ese caso no olvides que eres tú quien hace un misterio de este asunto y no yo, Arthur; que eres tú quien después de infundir sospechas y pedir explicaciones, viene ahora con secretos. ¿Qué me importa a mí lo que ha sido ese hombre ni dónde ha estado? Sépalo

quien lo sepa, me es completamente indiferente. Y ahora demos por terminado este asunto.

Clennam aprovechó la oportunidad de que Flintwich había sido llamado a su despacho, para pedir a Affery que le iluminara mientras bajaba las escaleras.

-Affery, quiero hablar con usted respecto a lo que está pasando en esta casa -le dijo en mitad de la escalera.

-No se acerque usted, Arthur, porque Jeremiah podría vernos -replicó la anciana tapándose la cabeza con el delantal.

-No nos verá si entramos en el gabinete para hablar un momento. ¿Por qué se oculta el rostro? ¿Qué es lo que le causa miedo?

-Esta casa está llena de misterios y secretos, y de ruidos extraños. No he conocido otra así -replicó la mujer sin quitar el delantal de la cabeza- y estoy segura de que me moriré de espanto, si Jeremiah no me estrangula antes, lo que me parece muy probable.

-Mi buena Affery, su marido está en el despacho, se ve luz todavía, quítese el delantal de la cabeza y lo verá.

-No me atrevo, Arthur.

-Pero, mujer, le aseguro que no tiene nada que temer. Vamos, Affery, quiero saber lo que sucede aquí; quiero aclarar los misterios de esta casa.

-No sé nada. No me pregunte nada.

-Le ruego a usted que hable, Affery. A usted que es unode los pocos recuerdos agradables de mi juventud. Se lo pido en nombre de mi madre y de su marido y en interés de todos. Estoy seguro de que sabe algo de ese hombre que ha desaparecido.

Inútil fue que Arthur suplicara. La anciana no había dejado ni un momento de temblar, se hizo la sorda y corrió a abrir la puerta amenazando al señor Clennam con llamar a Jeremiah, si seguía intentando hacerle decir lo que ella no podía saber, puesto que no hacía otra cosa que soñar todo el tiempo.

* * *

Habían transcurrido tres meses desde que los hermanos Dorrit fueron sepultados en la misma tumba en el cementerio de los extranjeros en Roma cuando en Londres sucedió algo que llenó de consternación a toda la nación.

Estaba la señora Merdle invitada a comer en casa del médico de la familia, y en la mesa se veían varias notabilidades. Pero la silla del señor Merdle estaba vacante.

Durante la comida, los invitados del doctor hicieron sabrosas alusiones al título de par que iba a honrarse al espíritu del siglo próximamente, la señora Merdle que comprendía perfectamente aquellas alusiones guardó silencio afectando no comprenderlas. Pronto los convidados no tardaron en retirarse, dejando sólo a su anfitriona.

El reloj del despacho del señor Merdle marcaba ya la medianoche menos algunos minutos cuando un fuerte campanillazo le distrajo de su ocupación. Como era hombre de costumbres muy sencillas, había dado permiso a sus criados para que se acostaran y por ello tuvo que ser él mismo quien abriera la puerta, encontrándose ante un hombre en mangas de camisa que parecía muy agitado.

-Caballero -dijo-, vengo del establecimiento de baños de la calle vecina.

-¿Qué puedo hacer yo por los baños?

-¿Tendría la bondad de venir inmediatamente? Vea lo que hemos encontrado sobre la mesa.

El hombre entregó un papel al doctor en el que se leían sus señas y nombre, trazado con lápiz. Examinó más de cerca aquella escritura y lanzó otra ojeada al mensajero. Fue a buscar su sombrero y, cerrando con llave la puerta de su casa, siguió a aquel hombre hasta el

establecimiento de baños, donde la gente no hacía más que ir y venir, como si estuviera acechando su llegada.

-Que todo el mundo se quede aquí -dijo el doctor al dueño de la casa- y usted -añadió dirigiéndose al mensajero- venga conmigo para enseñarme el camino.

El criado condujo al doctor hasta la extremidad de una galería deteniéndose ante una puerta entornada y mirando a través de la rendija. El doctor imitó el ejemplo del criado.

En el ángulo se veía una bañera de la que se había hecho salir el agua, y en su interior, se veía el cadáver de un hombre mal formado de cabeza obtusa y facciones innobles. En el fondo de la pila de mármol veíase una especie de líneas rojas que infundían espanto y en la mesita inmediata, cerca de la mano fláccida del muerto, una botella que había contenido láudano y un cortaplumas de mango de concha, manchado de sangre.

-Sección de la yugular... muerte rápida... -murmuró el doctor-. Por lo menos hace media hora que está muerto. El eco de esas palabras recorrió todas las galerías y habitaciones. La mirada del doctor se fijó en las ropas que estaban sobre la mesa. Cogió una carta que sobresalía de la cartera y después de leer el sobre murmuró:

-Esta carta es para mí.

El doctor manifestó después que no tenía que dar ninguna orden. La gente de la casa sabía muy bien cuál era su obligación: tomaron posesión del difunto y de cuanto le pertenecía y el doctor les dejó, considerándose feliz al poder respirar unas bocanadas de aire puro.

Inmediatamente, el doctor se dirigió a casa de un amigo, una notabilidad en el foro. Le enseñó la carta que acababa de encontrar y aunque sólo contenía unas cuantas líneas le parecieron muy dignas de su atención. Después de enterarse del contenido de la carta, la notabilidad del foro manifestó su sentimiento por no haber adivinado antes aquello, pero el doctor habíase encargado de comunicar la noticia, y el abogado no se sintió con fuerzas para trabajar después del trágico descubrimiento, por lo que se dispuso a acompañarle a la calle Harley.

La aurora comenzaba a despuntar, cuando el doctor y su acompañante llamaron a la puerta.

Un criado, que aún esperaba a su amo, acudió a abrirles pero los visitantes hubieron de esperar todavía a que se despertara el mayordomo, antes de poder exponer el asunto que les llevaba. Cuando por fin consiguieron que debían despertar a la camarera de la señora para que ésta la preparara lo más suavemente posible.

-Tengo que comunicar una mala noticia a la señora Merdle -dijo el doctor-, su marido ha muerto.

-Siendo así me despediré el mes entrante -contestó el mayordomo.

-El señor Merdle se ha suicidado -rectificó el doctor.

-En tal caso, y como ese acontecimiento puede perjudicarme, me marcharé hoy mismo.

-¡Vive el cielo! Si la noticia no le conmueve, manifieste por lo menos alguna extrañeza -dijo el doctor mirando al impasible mayordomo.

Caballero -replicó el mayordomo con la mayor tranquilidad-, el difunto no fue nunca una persona decente y no me sorprende nada lo que ha hecho. Pero en obsequio a usted antes de mi marcha, daré algunas órdenes.

La noticia de la muerte del gran hombre fue pronto conocida por todo el mundo y cada cual atribuyó a una causa distinta aquella catástrofe. Se supo luego que la carta que el banquero había dejado a su médico estaba en poder del tribunal y de ella sólo podía esperarse un golpe terrible para aquellas personas a las que el banquero había engañado.

Desde aquel momento se supo que el gran banquero era el más infame falsario y el más insigne ladrón que jamás escapó de la horca.

* * *

Librodot

Anunciado por su respiración afanosa y sus apresurados pasos, Panks se precipitó en el despacho de Arthur Clennam. Al ver a Clennam, Panks se detuvo y adoptó la misma posición que Arthur.

Durante unos minutos los dos permanecieron silenciosos pero al fin fue Panks quien tomó la palabra:

-He sido yo, señor Clennam, quien le ha inducido a colocar sus fondos; ya lo sé, tráteme como quiera. No podrá dirigirme más injurias de las que yo mismo me he dirigido.

-Por favor, Panks -repuso Clennam-. No me hable de lo que usted se merece. ¿Y yo? ¿Qué me merezco? He arruinado a mi socio hundiéndole en la miseria y el deshonor.

-Hágame todos los reproches que quiera, señor Clennam. Los merezco.

-Desgraciadamente, Panks, he sido un ciego dejándome guiar por otro ciego... pero, ¿qué será de Doyce?

-¿Lo ha arriesgado todo?-Sí, todo.

-Es preciso que tome mi partido inmediatamente -dijo Clennam, enjugándose unas lágrimas silenciosas-. Es indispensable que la reputación de mi socio quede a salvo despojándome de cuanto poseo y entregando a nuestros acreedores la dirección de los asuntos de que he abusado. Trabajaré hasta el fin de mis días para que se olvide en lo posible de mi falta... o de mi crimen.

-Pero al menos consulte usted con algún abogado -indicó Panks que sudaba de angustia-. Con Rugg. ¿Quiere usted que vaya a buscarle?

-Si no le sirve de molestia se lo agradeceré.

Panks se puso el sombrero y salió corriendo en busca del abogado. El agente volvió muy pronto con su amigo, encontrando a Clennam en la misma postura en que lo había dejado.

Arthur expuso al abogado que sólo quería conservar sus efectos, sus libros y el poco dinero que llevaba encima, apresurándose a inscribir su balance personal entre las cuentas de la casa.

La publicación de aquella declaración suscitó una tempestad espantosa.

-Es preciso que sufra las consecuencias de mis actos -dijo Clennam-. Cuando vengan los agentes me encontrarán aquí.

Así ocurrió y los agentes le condujeron inmediatamente a la prisión de Marshalsea, donde fue recibido por los Chivery, padre e hijo, que le manifestaron su disgusto por encontrarle en tal situación. Por consideración fue alojado en la misma habitación que en otros tiempos ocupó el señor Dorrit.

Todos estuvieron de acuerdo, al contemplar aquellos muros y a Clennam encerrado en ellos, que era preferible que la pequeña Dorrit no estuviera allí para ver lo que le había sucedido a su protector.

-Es algo por lo que debemos dar gracias al cielo -repitió la señora Plornish-. Esperemos que al estar lejos la pequeña Dorrit no llegue a enterarse de esta noticia. Si ella hubiera estado aquí, esté seguro que al verle en la desgracia y la pena su corazón hubiera sufrido demasiado.

En aquel momento, Arthur se dio cuenta que la señora Plornish mientras hablaba le miraba con afectuosa malicia.

Oprimido por la tristeza, Arthur buscó alivio en el llanto murmurando con dulzura:

-Cuánto te amo, ¡mi pequeña Dorrit!

* * *

Hacía un mes que Clennam estaba en la cárcel sin mezclarse con los otros detenidos por lo que se ganó fama de orgulloso y taciturno.

Una mañana le notificaron que un «gentleman» deseaba verle.

-¿Pregunta por mí? -inquirió Clennam-. ¿Está seguro?

-Sí, señor. Ya se lo he dicho, aunque eso no entre en mis atribuciones.

-Seguramente debo verle -dijo Clennam con aire de cansancio.

-¿Me autoriza pues a darle esta contestación?

Arthur estaba sumido en sus pensamientos cuando un puñetazo aplicado a la puerta, abriéndola de par en par, le sacó de su abstracción y en el umbral apareció Blandois; aquel Blandois que tanto había inquietado con su desaparición al preso.

-¡Salud, compañero de cárcel! -exclamó el recién llegado-. Parece que deseaba usted verme: aquí estoy.

Arthur quedó indignado y sorprendido y antes de haber podido responder Cavalletto penetró en la estancia seguido de Panks.

-Estos dos imbéciles me han dicho que usted deseaba verme -añadió Blandois-. Vamos, ya me tiene usted aquí.

Y apoyándose en un mueble, con las manos en los bolsillos, lanzó una mirada desdeñosa a su alrededor.

-¡Pájaro de mal agüero! -exclamó Arthur-. Ha hecho recaer una horrible sospecha sobre la casa de mi madre. Quiero desvanecer esas odiosas sospechas -continuó Clennam-. Le llevaron allí para que le vean, pero también quiero saber el motivo que le llevó a esa casa la noche que tantos deseos tuve de arrojarle por las escaleras. ¡Oh! No se moleste en fruncir el ceño, le conozco ya lo suficiente para saber que es un cobarde.

Blandois palideció hasta los labios y se acarició el bigote, murmurando:

-Las palabras y nada, señor, son lo mismo. Nunca han cambiado el valor de una jugada de dados. ¿Lo sabía usted? Pues bien, yo estoy empeñado en una partida en la que las palabras nada pueden cambiar. Y a mí no me obligarán a ir a ninguna cárcel ni a ninguna parte -continuó Blandois con aire de triunfo-. ¡Vayan al diablo tribunal, usted y sus amigos! ¿Acaso no tengo una buena mercancía para vender...? Usted es un pobre deudor y aunque ha entorpecido mis planes momentáneamente, no conseguirá lo que usted desee. Oye, usted: Anda, Cavalletto, dame una pluma, papel y tintero.

«A la señora Clennam:

»Se espera contestación.»

Blandois escribió una carta a la señora Clennam ordenando a Cavalletto que se la llevara y trajese al instante contestación.

Durante el tiempo que puso Cavalletto para cumplir tal misión, Blandois se estuvo mofando y burlando de Clennam.

Fue Flintwinch quien trajo personalmente la contestación al cabo de un rato. La señora Clennam había contestado lo siguiente dirigiéndose a su hijo:

«Espero que te bastará con haberte arruinado. No intentes arruinar a los demás, Jeremiah Flintwinch es mi mensajero y representante.»

Arthur leyó dos veces aquel papel sin pronunciar palabra y luego lo hizo trozos, mientras que Blandois sentado sobre la cómoda le miraba con aire socarrón.

CAPITULO XIII

La salud de Arthur empezó a resentirse en la cárcel. Las inquietudes y los remordimientos son unos tristes compañeros cuando se está en prisión.

Desfallecido por la falta de sueño y la dieta, pues había perdido el apetito, se abrió

suavemente la puerta y en el umbral se detuvo una mujer, con apariencias de niña que dejó caer el manto que ocultaba su vestido, era la pequeña Dorrit con el mismo vestido de antaño.

Arthur despertó y lanzó un grito de sobresalto. La joven se adelantó y se arrodilló a su lado llorando y llamándole por su nombre.

-¡Querido señor Clennam, mi mejor amigo! Ya está de vuelta su niña.

En el tono de aquellas palabras había un inefable consuelo y en la mirada de la joven una inefable ternura cuando volvió a decir:

-No me habían dicho que estaba enfermo.

Su brazo había rodeado suavemente el cuello de Arthur *y* cuando éste pudo hablar, exclamó conmovido:

-¡Cómo! ¡Es posible que haya venido a verme con este vestido!

-Estaba segura que le agradaría más verme con este vestido que con el vestido más hermoso o elegante. Por eso lo guardé a fin de no olvidar nunca... y, sin embargo, comprendo que no era necesario. Además, no he venido sola, como usted puede ver, me acompaña una antigua amiga.

Al volver la cabeza, Arthur vio a Maggy lanzando suspiros y gritos de alegría.

-Llegué ayer tarde con Edward -estaba diciendo Amy- e inmediatamente envié a preguntar por usted a casa de los Plornish, para que le avisaran de que yo no había llegado. Solamente entonces me enteré que estaba aquí.

Arthur cogiendo en sus brazos a la pequeña Dorrit como si fuera su hija, le dio un beso, rogándole que ya no tenía valor para pedirle que le olvidara, pensara en él tal como era ahora, insistiendo en hacerle ver que ella ya no tenía nada que ver con aquella prisión.

La campana anunció que era hora de que se retiraran los visitantes y Arthur cogió el chal de la joven, obligándola con amorosa solicitud. Luego, dándole el brazo, bajó con ella aunque antes de la visita apenas podía tenerse en pie.

* * *

Había llegado el día en que Blandois debía de celebrar una entrevista con la señora Clennam.

Nadie había visitado a la viuda, pero hacia la caída de la tarde, tres hombres pasaron por la puerta cochera dirigiéndose a la sombría mansión de Clennam y Compañía. Rigaud o Blandois iba delante y entró el primero, seguido por Cavalletto y Panks que no le perdían de vista.

-¿Quiénes son estos hombres y qué vienen a hacer en mi casa? -preguntó la anciana, sorprendida, al ver entrar a los compañeros de Blandois.

-Creo que son amigos de su hijo, el prisionero -respondió Blandois.

-Usted mismo nos ha dicho en la puerta que no nos marchemos -le hizo observar el señor Panks.

-Querida señora, permítame presentarle a dos espías, pagados por nuestro amigo el preso. Si usted no quiere que asistan a nuestra conferencia no tiene más que decirlo. A mí me es completamente indiferente.

-Escuche usted, Panks -dijo la viuda, fijando en el agente una mirada colérica-, hágame el favor de ocuparse de sus propios asuntos. Y ahora márchese con ese otro que le acompaña.

-Gracias, señora -replicó Panks-, pero lamento dejarla en esa compañía. Vámonos, Cavalletto.

Después de que se hubieron marchado, Jeremiah trató de echar de allí a su mujer, pero ésta, por primera vez, se atrevió a plantarle cara.

-Señora -empezó Blandois-, yo soy un caballero...

-Un caballero -interrumpió la viuda- que ha estado preso en una cárcel de Marsella como criminal.

-Como le decía -continuó Blandois-, soy un caballero que desprecia el tráfico mercenario, pero que no tiene escrúpulos en aceptar dinero. Por eso anteriormente le comuniqué que tenía algo que vender, algo que si usted no quisiera comprar podría comprometer a una dama que yo profeso gran estimación.

-Efectivamente -contestó la viuda-, pidió mil libras.

-Muy bien. Pues ahora necesito dos mil.

-Le repito a usted -contestó la señora Clennam- tal como le dije la última vez, que nosotros no somos tan ricos. Me faltan los medios para satisfacer sus exigencias.

-¿Se empeña usted, pues, señora, en que cuente un poco de historia doméstica de esta reunión familiar? Bien. Se trata de la historia de un casamiento singular, de una madre más singular todavía, de una venganza, de una sustitución y una supresión... ¡Vaya! ¡Vaya! Parece que mi historia comienza a interesarle. Supongamos -siguió diciendo- que esta casa estuvo habitada hace tiempo por dos personas, el tío y el sobrino, un muchacho; el primero, anciano rígido, enérgico; el sobrino, humilde y sumiso. El tío severo, ordenó a su sobrino que se casara con una dama sin compasión, sin amor, implacable, vengativa y más fría que el mármol.

»Una vez celebrada la boda -seguía diciendo Blandois-, los jóvenes esposos vinieron a residir a esta deliciosa mansión. Muy pronto la dama hizo un enojoso descubrimiento, de resultas del cual ardió en deseos de vengarse; y concibió un proyecto inicuo, obligando diestramente a su infeliz esposo a cargar con toda la responsabilidad. Quiso anonadar a su rival y lo logró. ¡Qué inteligencia tan superior! ¡Aquella mujer era un genio!

La sangre fría de la viuda no pudo resistir tantos sarcasmos; en su boca se dibujó un pliegue y sus labios temblaron entreabriéndose a pesar de los esfuerzos que hacía por mantenerse impasible. Al fin, no pudiendo dominarse por más tiempo, su cólera estalló y exclamó impetuosamente:

-¡Yo no soy la madre de Arthur!

-Perfectamente -repuso Blandois-, ya veo que está entrando en razón.

Hizo retroceder la silla para estirar las piernas y con los brazos encima contempló impasible a la viuda, que seguía hablando:

-Nadie puede imaginar lo que es en una educación severa como la que yo recibí. Cuando el anciano señor Gilberto Clennam propuso a mi padre darme por esposo a su sobrino, mi padre me aseguró que mi futuro esposo había recibido una educación tan severa como la mía. Al año de casados descubrí que mi esposo había pecado contra el Señor profiriéndome un agravio por sus relaciones culpables con una mujer.

»Cuando obligué a mi esposo a darme el nombre y las señas de aquella mujer, o cuando la acusé y cayó a mis pies, no le hablé de mis agravios ni le reprendí su falta en mi nombre. Le exigí una penitencia; ¿sabe cuál? «Tiene usted un hijo –le dije-,y yo no; usted le ama; cédamelo, creerá que es mío y pasará por tal. Yo me encargaré de su hijo. Todos deben ignorar su paradero y si ello le place podrá pasar por una mujer honrada ante los ojos del mundo, de todos, menos de los míos... Eso es todo.»

»La presencia de Arthur -siguió diciendo- era un continuo reproche para su padre, y si la ausencia de Arthur aumentaba las angustias de su madre, era la justicia de Dios. También podrían decir que la volví loca; cuando fueron los remordimientos los que la hicieron perder la razón. Cuando murió el padre de Arthur, me envió este reloj con su inscripción: «NO OLVIDES». Pues bien, yo no olvidé aunque no lea esta frase con los mismos sentimientos que él.

-Sea por lo que fuere -la interrumpió Blandois-, y por más que usted diga, lo cierto es que yo tengo, y a buen recaudo, esa adición lacónica al testamento del señor Gilbert o Clennam, escrito de puño y letra de una dama aquí presente, con su firma y la de ese viejo intrigante. Esa es la verdad y ustedes dos lo saben. Vamos, señora, despache usted porque el tiempo urge. Usted sabe que suprimió el acto y se guardó el dinero.

Librodot

-¡No fue por el dinero, miserable! -la señora Clennam hizo un esfuerzo por levantarse y, en su energía, llegó casi a ponerse en pie-. Si Gilberto Clennam, reducido a un estado de imbecilidad, pudo tener remordimientos en su lecho de muerte y me dictó a mí, en un momento de debilidad, un codicilo destinado a compensar los inmerecidos padecimientos de aquella desgraciada...

-Señora -replicó secamente Rigaud, haciendo castañetear sus dedos ante el rostro de la anciana-. El anciano tío dejó mil libras a la hermosa niña que el protector de aquélla pudiese tener, o en el caso de no haber ninguna, a la hija de menor edad de su hermano, un recuerdo de la desinteresada protección que habría dispensado a una joven huérfana y sin amparo. Tenemos pues, un total de dos mil libras esterlinas. ¿Llegaremos por fin a la cuestión del dinero?

-En fin, ese Frederick Dorrit -repuso la anciana- fue la causa de todo. Si no hubiese sido tan aficionado a la música y no hubiera proporcionado los medios para que esa joven saliera de su humilde posición, no la hubiera precipitado en el abismo de la iniquidad. Pero como la joven tenía buena voz, creyendo hacer una buena obra tal vez, ese Frederick Dorrit le enseñó música para que fuera cantante. Después, el padre de Arthur, seducido por las llamadas «artes» conoció a Dorrit y así fue como una persona huérfana, de la que se quería hacer una cómica, llegó a prevalecer sobre mí. Así se me traicionó... no a mí -añadió ella, sonrojándose-, digo mal, pues esos agravios no me importan, nunca he pensado sino en las ofensas cometidas contra el Señor.

Jeremiah Flintwinch, que se había ido acercando al canapé, colocándose junto a la viuda sin que ésta lo notase, hizo una señal negativa al oír las últimas palabras.

-En fin -continuó la señora Clennam-, pues ya llego al final de mi historia, de la que no volveré hablar nunca más... Cuando yo suprimí el codicilio, con conocimiento del padre de Arthur...

-Sí, pero no con su consentimiento -interrumpió Flintwinch-, ya lo recordará usted.

-Yo no he dicho: con su consentimiento... -explicó la señora Clennam, que al ver tan cerca de ella a Jeremiah se apartó con creciente desconfianza-. Usted, que sirvió de intermediario entre nosotros, cuando el padre de Arthur quería obligarme a publicarlo, sabe lo que pasó. Cuando suprimí ese documento no hice nada para suprimirlo. Lo guardé en esta casa durante mucho tiempo, pues como el resto de la fortuna del tío Gilberto recaía en el padre de Arthur, érame fácil, en un momento determinado, entregar las dos sumas a los herederos, fingiendo haber encontrado ese papel por casualidad. Durante mi larga enfermedad, no he tenido ningún motivo para divulgar lo que hasta hoy había mantenido oculto. Obedecer las malas inspiraciones de un momento de delirio, hubiera sido dar su recompensa al pecado. He cumplido estrictamente la misión que me fue encomendada y he sufrido, entre las cuatro paredes de esta habitación, cuanto el Señor le plugo hacerme sufrir. Cuando el codicilo quedó destruido (al menos así lo creí), la protegida de Frederick Dorrit había fallecido hacía ya mucho tiempo y su protector, en justo castigo a su maldad, estaba arruinado y reducido a la imbecilidad. No tenía hijos, pero sí una sobrina; y lo que he hecho por ella valía más que pagarle una suma de dinero de la que no se hubiera aprovechado.

La señora Clennam quedó un momento pensativa, y al cabo de unos instantes de silencio, como si se dirigiera al reloj, dijo:

-Esa joven era inocente, y tal vez no habría olvidado dejarle el dinero a la hora de mi muerte.

* * *

En resumen, he aquí como sucedieron las cosas. Al regresar Arthur Clennam y empezar con sus preguntas indiscretas, la señora Clennam indicó a Jeremiah el lugar donde estaba escondido el codicilio, en el sótano en medio de una serie de viejos registros y que le ordenó quemar en su presencia. Pero Jeremiah escamoteó el codicilio y lo que quemó fue un papel sin importancia, guardando de esa manera el codicilio, que podría servirle como arma contra su asociada. Para mayor seguridad se lo entregó a su hermano Efraim, junto con otros papeles comprometedores, sin tener en cuenta que su hermano era un hombre borracho y un degenerado.

La señora Clennam escuchó las explicaciones de Fintwinch acerca de lo que había sucedido y oprimiéndose la frente con la mano se volvió hacia Blandois.

-¡Explíquese, explíquese, miserable!

Ante aquel fantasma rígido que hacía tantos años no podía moverse, Blandois retrocedió y bajó la voz, como si presenciara la resurrección de una difunta.

-La pequeña Dorrit -explicó Blandois- está ahora junto al prisionero, cuidándole con solicitud. Antes de venir aquí he dejado en poder del carcelero un paquete y una carta en la que induce a esa joven lo que debe de hacer en interés de su amigo Arthur Clennam. Le repito que el tiempo urge. Cuando la campana haya tocado ya no estará en venta el paquete, pues pertenecerá a la señorita Dorrit.

La viuda pareció luchar consigo misma.

-Espéreme aquí -le gritó a Blandois y salió corriendo.

* * *

Cuando ya hacía poco que había atravesado el puente se le ocurrió preguntar por el camino a un muchacho de aire dulce y tranquilo, y éste le dijo:

-¿Busca la cárcel de Marshalsea? Yo estoy de guardia. Traviese la calle y sígame.

La señora Clennam apoyó la mano en el brazo de aquel joven, que la condujo al otro lado. Apenas llamó, abrióse la puerta, que se cerró tras ellos inmediatamente.

En la portería, una luz amarillenta luchaba ya con las primeras sombras de la noche. El carcelero se volvió hacia su hijo, que era el joven que la había acompañado, y le preguntó:

-¿Qué ocurre, John?

-Nada de particular, padre. La visitante es una señora que no conocía el camino y yo la ayudé. ¿Qué desea, señora? -¿Está todavía aquí la señorita Dorrit?

-Sí, aún no se ha marchado. ¿Tiene la bondad de decirme su nombre?

-La señora Clennam.

-¿La madre del señor Arthur Clennam?

Los labios de la viuda se apretaron, y después de vacilar un momento, contestó:

-Sí, más vale decir que soy su madre.

La señora Clennam, completamente perturbada, contemplaba aquella prisión tan distinta de la suya, cuando de pronto la estremeció una exclamación proferida por una suave vocecita.

Ante ella estaba la pequeña Dorrit.

-Dorrit, ¿sabe usted algo del paquete que debía serle reclamado a Arthur si nadie lo reclamaba?

-¿Se refiere usted a éste, señora? -preguntó la muchacha presentándole el paquete.

-Sí. Ábralo, por favor, y lea la carta que va dentro. Me ahorrará tener que confesarle muchas cosas.

Dorrit la leyó y ella dijo:

-Ahora que la ha leído, ya sabe usted lo que hice -dijo la anciana-. Le devolveré a usted

todo lo que nosotros le quitamos. Pero perdone mi falta.

-Le perdono a usted de todo corazón, señora Clennam -dijo la pequeña Dorrit.

-Voy a pedirle otra favor -solicitó la anciana-. Que oculte esto a Arthur hasta después de mi muerte.

-Se lo prometo, señora.

-Usted ama a Arthur. En su nombre le suplico que me acompañe hasta mi casa, a fin de que el hombre que ha señalado un precio a su silencio sepa que usted ya lo sabe. Tal vez así rebaje la cantidad.

Avanzaron por callejuelas desiertas y silenciosas. Iban a franquear el umbral de la puerta cochera de la casa de la señora Clennam cuando se detuvieron asustadas al oír un ruido semejante a un trueno.

Acompañando al ruido cayeron junto a ellas unos ladrillos fragmentados y por espacio de unos instantes vieron derrumbarse la vieja mansión donde Blandois se deleitaba con el cigarro en la boca.

* * *

En aquel fortuito accidente murió Rigaud aplastado bajo las ruinas. Jeremiah, ausente en aquel momento, desapareció con los fondos de la familia Clennam.

Tras lo ocurrido, Panks se culpó una vez más de que el señor Clennam estuviera preso por su culpa. «¿Qué podría hacer por él?», se preguntaba. Añadiendo a la pregunta esta otra: «¿Qué podría hacer por librarme del trabajo que me da ese buitre de Casby?»

En la siguiente entrevista que ambos sostuvieron, éste apremió:

-Hay que apretar a esos inquilinos, amigo mío. Que me abonen los recibos, pues yo le pago a usted para eso.

Una hora después, en el barrio donde se encontraban las casas de Casby, volvieron a encontrarse los dos hombres.

-¿Usted por aquí? -le dijo Casby-. ¿Supongo que habrá apremiado a...?

-Nada de eso, señor Casby. He venido porque sabía que le encontraría. Y delante de todos los vecinos a quienes usted expolia voy a gritar que es usted un tirano, un explotador, un ladrón.

-¡Bien dicho! -gritaron los vecinos que se habían ido concentrando.

-¡Es el peor casero de Inglaterra!

A tanto llegaron las cosas, que Casby tuvo que batirse en retirada.

* * *

Mientras, Arthur, que había enfermado, era atendido por Dorrit. La cual había informado ya al señor Meagles de todo lo ocurrido por ser éste el único amigo de que Arthur podía disponer. Y Meagles, que continuaba ausente, contestó:

«Lo más conveniente, querida amiga, es recuperar los documentos originales de la señora Clennam. Le prometo no regresar a Inglaterra sin haber hecho lo posible por hallarlos.»

En efecto: Meagles efectuó varias gestiones, visitando también a la señorita Wade, en Calais, sin resultado alguno. Cuando de regreso a Londres llegó a Marshalsea, Meagles exclamó:

-¡Caramba! Si es Taty. Nosotros aguardábamos a la pequeña Dorrit y apareces tú.

-Perdóneme -dijo ella. Y alargándole un cofrecillo, añadió-: Aquí tiene el cofre que Blandois robó. Lo tenía en custodia la señorita Wade. Son documentos originales de los Clennam.

* * *

Tattycoram volvió al hogar de los Meagles quienes comenzaron a gestionar la libertad de Arthur y el regreso del socio Doyce. Pocos días después, la pequeña Dorrit fue a ver a Arthur.

-Debo confesarle algo, Arthur... Y es que soy tan pobre como usted. Mi familia confió su fortuna a las mismas manos que le arruinaron a usted.

La pequeña Dorrit y Arthur fijaron la fecha de su boda. Y poco después, Meagles le recibió:

-¡Hola, amigo mío! -exclamó-. Doyce ha triunfado en el extranjero. Prepárese para recibir una sorpresa...

-¡Cuánto me satisface esto, señor Meagles!

Meagles se dirigió a la puerta, hizo una señal y apareció Doyce en persona. Meagles y Doyce arreglaron los asuntos de Arthur y al día siguiente, la pequeña Dorrit ordenó a Maggy que quemara «un papel».

-¿Por qué? -preguntó ésta.

-Haz lo que te digo.

Pronto el papel doblado en cuatro se convirtió en una brillante llama.

Momentos después, cruzaron el patio, solitario a aquella hora, aunque más de un preso les observaba escondido detrás de las cortinas. En la portería encontraron a John.

-¡Adiós, mi buen John! -dijo la pequeña Dorrit ofreciéndole su mano-. Le deseo tanta felicidad como la que usted quisiera para mí.

Desde la cárcel se trasladaron a la iglesia próxima donde Daniel Doyce les estaba esperando en su calidad de padrino de la novia. Allá se efectuó una sencilla ceremonia mientras el sol les iluminaba a través de la imagen del Señor pintada en uno de los vitrales. Después entraron en la sacristía para estampar sus firmas en los registros y así confirmar su matrimonio legalmente. Allí estaba Panks, convertido en primer empleado de la casa Doyce y Clennam y que en su calidad de testigo daba galantemente el brazo derecho a Flora y el izquierdo a Maggy. En último término se encontraban los Chivery, padre e hijo, con los demás carceleros que se habían ausentado unos instantes para ver a la feliz hija de Marshalsea.

Cuando los recién casados hubieron firmado, todos se apartaron para dejarles pasar. Al salir de la iglesia, la pequeña Dorrit y su esposo se detuvieron en los escalones de la puerta para contemplar la perspectiva de la calle envuelta en los dorados rayos del sol otoñal. Descendieron lentamente y comenzaron a vivir...

* * *

Y vivieron una larga existencia feliz.

Librodot